

# SÁBADO DIEZ DE LA MAÑANA

El taller literario en voz de sus protagonistas

Ricardo Sigala  
Coordinador



*Sábado, diez de la mañana* reúne veintisiete años de historia del Taller Literario de Casa de la Cultura de Ciudad Guzmán. La primera parte está narrada polifónicamente por treinta y dos autores que han pasado por la mesa del taller, cada uno con diferentes enfoques y estilos cuenta desde una mirada interior su experiencia: el tiempo, las historias, los proyectos y hasta los chistes, en suma una compilación de anécdotas que juntas nos dan una imagen múltiple de la forma en la que el taller se ha ido desarrollando en sus casi tres décadas de existencia.

La segunda parte de este libro la integran colaboraciones de personas externas al taller que a través de los años han sido testigos del desarrollo y de los resultados que contribuyen al actual ecosistema literario del sur de Jalisco.

Araceli Gutiérrez

En el momento de escribir estas palabras, el Taller Literario de la Casa de la Cultura de Ciudad Guzmán, ya ha cumplido veintisiete años de actividad y quiero hacer un reconocimiento y un agradecimiento a todos los que nos aportaron sus experiencias por escrito para conformar esta historia a varias voces, este ejercicio colectivo, en momentos muy documentado, en momentos muy personal, íntimo, emotivo, y en ocasiones humorístico y carnavalesco. Estas características en el fondo hablan de la pluralidad reinante en el taller. Reconocer también a todos los que con sus obras y sus trayectorias contribuyen a darle prestigio, a todos los que han pasado, aunque sea de manera ocasional, porque son ellos quienes hacen que a la distancia se haya convertido en una entidad que tiene su propia historia.

Ricardo Sigala



H. AYUNTAMIENTO CONSTITUCIONAL DE  
ZAPOTLÁN EL GRANDE, JALISCO



PUERTABIERTA  
EDITORES

# SÁBADO, DIEZ DE LA MAÑANA

## El taller literario en voz de sus protagonistas

Ricardo Sigala  
Coordinador

Alejandra Alonso/ Alejandro Robalo/ Alejandro Valdovinos/  
Alejandro von Düben/ Arturo Isaías/ Azucena Rodríguez/ Bladimir Ramírez/  
David Izazaga/ Edgardo Aguilar/ Elvia Pérez/ Gilberto Callela Larios/  
Gilberto Moreno/ Héctor Alfonso Rodríguez Aguilar/ Héctor Israel Rodríguez/  
Héctor Olivares Álvarez/ Hiram Ruvalcaba/ Isaac Álvarez/ J. Jesús Juárez Martín/  
Jaime Jordán Chávez/ Jesús Vargas Quezada/ Jorge Manríquez/  
José Emmanuel Navarro/ Juan Valdovinos/ Julio César Aguilar/  
Luis Alberto Pérez Amezcua/ María Nieves Moreno Jacobo/ Martín Rojo/  
Milton Iván Peralta/ Oscar David Cajén/ Paulina Velázquez/  
Pedro Valderrama Villanueva/ Rafael Gandhi Magaña/ Ricardo Sigala/  
Rosa Ramírez/ Salvador Manzano Anaya/ Silvia Quezada/  
Teresa Gómez Cervantes/ Ulises Araiza/ Yair Ascensión



Gobierno Municipal  
Zapotlán el Grande, Jalisco  
Administración 2021-2024



PUERTABIERTA  
EDITORES



Gobierno Municipal  
Zapotlán el Grande, Jalisco  
Administración 2021-2024

Presidente Municipal: **Alejandro Barragán Sánchez**

Regidora: **Marisol Mendoza Pinto**

Director General de Construcción de Comunidad: **Luis Lino Hernández Espinoza**

Coordinador de la Unidad de Cultura: **Leonardo Franco Medina**

**SÁBADO, DIEZ DE LA MAÑANA**

**El taller literario en voz de sus protagonistas**

Primera edición, 2023

© **Ricardo Sigala, como coordinador**

D.R © **Gobierno Municipal de Zapotlán el Grande**

D.R © **Puertabierta Editores, S. A. de C. V.**

Ma. del Refugio Morales No. 583, Col. El Porvenir, Colima, Col.

Para México: [www.puertabierta.com.mx](http://www.puertabierta.com.mx)

Para España: [www.puertabiertaeditores.com](http://www.puertabiertaeditores.com)

ISBN: 978-607-8865-55-0

Fotografía de portada: Karla Patricia Valdovinos Mendoza

Diseño editorial: Ana Martínez Alcaraz

Impreso en México / *Printed in Mexico*

---

© Todos los Derechos Reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, la fotocopia o la grabación, sin la previa autorización por escrito de los editores.

---



# ÍNDICE

Presentación. **Ricardo Sigala**..... 8

## MIRADA INTERIOR

**I. Los tiempos recientes (2012-2022)** ..... 14

Sobre la mesa de disección. **Alejandra Alonso** ..... 15

Un sábado, todos los sábados. **Bladimir Ramírez**..... 31

Sobre mi experiencia en el taller literario  
de Ricardo Sigala. **Jesús Vargas Quezada**..... 35

La necesidad de los barandales.  
**José Emmanuel Navarro** ..... 40

Donde puedan ir los soñadores. **Rosa Ramírez** ..... 43

En el taller se lee de otra manera.  
**Oscar David Cajén** ..... 45

El taller de Sigala. **Jorge Manríquez**..... 47

Convertir los sucesos en ideas:  
tal es la función de la literatura. **George Santayana**..... 47

Una maleta cargada de sueños.  
**María Nieves Moreno Jacobo** ..... 51

Ala de mosca. **Azucena Rodríguez**..... 53

Las malas memorias. **Alejandro Valdovinos** ..... 58

Periplo sabatino. **Edgardo Aguilar** ..... 60

Hombre Sur. **Paulina Velázquez** ..... 61

Era un pajarillo de blancas alas. **Isaac Álvarez**..... 68

La lengua de las bestias. **Yair Ascensión** ..... 71

Para el niño que llevaba al taller  
sueños de cipreses. **Jaime Jordán Chávez**..... 76

La peor manera de echarse un polvo. <b>Alejandro von Düben</b> .....	77
LMetamorfosis literaria. <b>Gilberto Callela Larios</b> .....	80
Sábado de gloria. <b>Arturo Isaías</b> .....	82
La buena suerte. <b>Alejandro Robalo</b> .....	87
La traición. <b>Héctor Israel Rodríguez</b> .....	90
El evangelio según Ricardo Sigala. <b>Martín Rojo</b> .....	92
<b>II. Los primeros tiempos (1995-2011)</b> .....	95
Tallereando una historia literaria. <b>Milton Iván Peralta</b> .....	96
Escribir a oscuras. <b>Juan Valdovinos</b> .....	109
Tenemos un taller literario...	
<b>Salvador Manzano Anaya</b> .....	115
Crónica de un romance anunciado. <b>Ulises Araiza</b> .....	128
Taller literario Casa de la Cultura. <b>Hiram Ruvalcaba</b> .....	132
Recuerdos. <b>Elvia Pérez</b> .....	135
Hacia atrás. <b>Teresa Gómez Cervantes</b> .....	137
Un momento por favor. Taller literario.	
<b>J. Jesús Juárez Martín</b> .....	140
De la literatura al cine y del cine a la literatura. <b>Rafael Gandhi Magaña</b> .....	143
La poesía, mi segunda patria: un ejercicio para la memori. <b>Julio César Aguilar</b> .....	145
Avatares, escrituras y relecturas. <b>Gilberto Moreno</b> .....	151
MIRADA EXTERIOR	
Letras de puertas abiertas: <i>Indicios. Atisbos de literatura actual en el Sur de Jalisco.</i> <b>Luis Alberto Pérez Amezcua</b> .....	173
<i>Indicios</i> , de Ricardo Sigala.	
<b>Pedro Valderrama Villanueva</b> .....	178

*Indicios. Atisbos de literatura actual en el Sur de Jalisco.* **Silvia Quezada** ..... 184

Cómo leer *Indicios. Atisbos de literatura actual en el Sur de Jalisco* y no morir en el intento. **Héctor Olivares Álvarez**..... 189

Palabras en la presentación de *Indicios. Atisbos de literatura actual en el sur de Jalisco*, de Ricardo Sigala. **David Izazaga** ..... 196

EPÍLOGO SOBRE EL ORIGEN

Noticias acerca de la creación del taller literario de Casa de la Cultura. **Héctor Alfonso Rodríguez Aguilar**..... 202

## PRESENTACIÓN

Ricardo Sigala

El contexto era el del 25 aniversario del Taller Literario de la Casa de la Cultura de Ciudad Guzmán, y el plan fue hacer, primero, una antología que mostrara algo de la producción literaria de aquellos asistentes al taller desde su fundación, y, segundo, elaborar una historia del taller. El primer resultado fue *Indicios. Atisbos de literatura actual en el sur de Jalisco* (2021), en tanto que el otro, concebido como una segunda etapa del proyecto, fue originalmente planteado como un ejercicio de memoria y de documentación en el que se escribiría una especie de crónica en la que incluiría los acontecimientos más relevantes en torno al taller: proyectos emanados de él, trayectorias de los asistentes, anécdotas y curiosidades. Sin embargo, tras pensarlo bien, y sobre todo tras ver el potencial de escritura que muestran los miembros y ex miembros del taller, se pensó que sería más atractivo y dinámico elaborar una historia a muchas voces, convocar a los protagonistas del taller para que nos contaran su propia experiencia.

La convocatoria fue dirigida inicialmente a todos los participantes de *Indicios...*, posteriormente también se abrió la invitación a otros miembros y exmiembros del taller que habían tenido una estancia significativa en él, aunque no hubieran tenido una inclinación por la escritura pero sí por la lectura, también se encontraban en este grupo los que tuvieron un paso más bien fugaz por el taller, pero que lo recordaban positivamente. Se les invitaba a escribir un texto de cualquier género: testimonio, crónica, remembranzas o memorias, pero también estaba



la posibilidad de escribir un cuento, un ensayo o un poema. La respuesta fue tan variada como diversos son los perfiles de la suma de asistentes que ha tenido el taller.

Finalmente se recibieron 32 textos, los cuales conforman la primera parte del volumen bajo el título “Mirada interior”. Algunos escribieron textos muy personales, nos comparten cómo llegaron al taller, la forma en que influyó en su formación como escritores o como lectores, otros encontraron una veta en la idea de grupo, nos entregaron textos más comunitarios; algunos son anecdóticos, otros analíticos o históricos, y están también los deliberadamente imaginativos y por demás creativos. Los hay, pues, informativos y los hay literarios, aunque casi todos navegan en ambas aguas. Encontramos crónicas literarias, remembranzas, relatos, poemas, ensayos.

El primer apartado del libro, “Mirada interior”, está a su vez dividido en dos partes: I. Los tiempos recientes (2012-2022) y II. Los primeros tiempos (1995-2011). El volumen se abre con textos de los asistentes más recientes. Aquí se agrupan veintiún colaboraciones. Los once restantes corresponden a antiguos miembros, aquellos que estuvieron presentes durante la primera década del siglo XXI y el último lustro del siglo XX. El apartado cierra con un texto de Gilberto Moreno, quien es el único miembro que transitó las dos épocas.

La segunda parte del libro, titulada “Mirada exterior”, está conformada por contribuciones de personas externas, ellos han dirigido una mirada al taller a partir de la lectura de *Indicios*. Durante la primera mitad del año 2022, en distintos foros, presentaron el libro y escribieron importantes documentos que aquí se recuperan. Se trata de Luis Alberto Pérez Amezcua, Pedro Valderrama Villanueva, Silvia Quezada, Héctor Olivares Álvarez y David Izazaga. Ellos nos proporcionan las miradas desde el punto de vista académico, el estudioso de la literatu-

ra estatal y regional, desde el escritor y editor, desde el lector agudo, analítico, profundo. Finalmente, el libro cierra con un epílogo, un texto que Héctor Alfonso Rodríguez Aguilar publicó en su blog con motivo del 25 aniversario del taller, agradecemos a ellos las facilidades para su publicación en esta edición.

En el momento de escribir estas palabras, el Taller Literario ya ha cumplido veintisiete años de actividad y en días pasados alguien me comentaba que ya era posible hablar de la “biblioteca del Taller”. En efecto, desde los ya remotos años noventa en que algunos asistentes comenzaron a publicar sus libros, pienso en Teresa Gómez Cervantes o Julio César Aguilar, hasta los más jóvenes —Hiram Ruvalcaba, Alejandro von Düben, Bladimir Ramírez, Paulina Velázquez, Alejandra Alonso y Jesús Vargas Quezada, todos han publicado libro este 2022—, se han editado una buena cantidad de libros por parte de sus miembros, pero esos logros les corresponden a cada uno de ellos. Un taller literario no es ganador de premios o concursos, tampoco es editor de libros, son los autores los que crean las obras y son ellos quienes logran los merecimientos en torno a las mismas. En todo caso el taller es un promotor de la pasión y el compromiso por la lectura y la escritura literaria. Las páginas de este volumen evidencian de algún modo esto.

Quiero hacer un reconocimiento y un agradecimiento a todos los que nos aportaron sus experiencias por escrito para conformar esta historia a varias voces, este ejercicio de historia colectiva, en momentos muy documentada, en momentos muy personal, íntima, emotiva, y en ocasiones humorística y carnavalesca. Estas características en el fondo hablan de la pluralidad reinante en el taller. Reconocer también a todos los que con sus obras y sus trayectorias contribuyen a darle un prestigio, a todos los que han pasado, aunque sea de manera ocasio-

nal, porque son ellos quienes hacen que a la distancia se haya convertido en una entidad que tiene su propia historia.

En los últimos tiempos, en diversos foros, se ha hablado del tema de la longevidad del taller, hay quienes han dicho que es uno de los más antiguos en el estado de Jalisco, otros dicen que incluso del país. La edad no es importante en sí. Lo que sí veo digno de destacar a este respecto es el hecho de que en una ciudad media del sur de Jalisco haya sido posible mantener el interés en un espacio de esta naturaleza durante casi tres décadas, y cuando digo interés me refiero a las decenas o cientos de asistentes, pero también a las autoridades municipales que no creyeron prescindible un espacio para la creación literaria.

Leo los escritos incluidos aquí y encuentro que el taller ha tenido ciertas etapas. En los primeros años, mediados de los noventa, la labor era la del estímulo de la escritura, también la de la formación de lectores, la de establecer la idea de que es más importante ser lector que escritor y, además, la necesidad de desacralizar la literatura, dejar claro que es un oficio como cualquier otro, tan digno y natural, pero también que requiere, como los demás, una dedicación y preparación permanente, más allá de los viejos prejuicios fundados en la escritura como inspiraron o iluminación.

Los inicios del siglo XX fueron los de los proyectos editoriales, el de la búsqueda de espacios para hacer visibles los textos de nuestros asistentes. Aquí Milton Iván Peralta hace un detenido recorrido por una página electrónica, una especie de blog que llevó el nombre de *Palimpsestos*, primero, y *El faro*, más tarde. También él cuenta la historia de *La Jirafa* que inició como una columna en el *Diario de Zapotlán*, después una página y finalmente un suplemento cultural. El proyecto de *La Jirafa* culminó en un concurso de cuento y en un libro publicado por el CUSur en el año 2012. También es importante destacar la

colección *Estación Sur* (2006) que se publicó en colaboración con el Archivo Histórico de Zapotlán el Grande, se trataba de *plaquettes* con óperas primas y se llegó a seis números. A este respecto también resulta muy valioso el texto que entrega Julio César Aguilar, en el que hace un ejercicio de memoria de su trabajo, pero a la vez nos muestra que el impulso de Milton Peralta tiene claros antecedentes en la labor editorial que hizo el entonces joven poeta en las postrimerías del siglo XX.

La última etapa del taller se ha caracterizado por el gran número de reconocimientos que sus miembros y exmiembros comenzaron a recibir. Primero fueron los concursos regionales: Los Juegos Florales de Zapotlán, los concursos de cuento que se organizan en Sayula y San Gabriel, el de “La Jirafa”, el “Refugio Barragán de Toscano”, el “Alfredo Velasco Cisneros” y los concursos literarios del CUSur. Luego vinieron los reconocimientos estatales y nacionales, y en algunos casos internacionales. Todo lo anterior ha llevado a la publicación de varios libros de estos autores, publicaciones derivadas principalmente de los premios obtenidos o por convocatorias de publicación. También se puede hablar de jóvenes autores que están conformando una trayectoria literaria y de otros, más jóvenes, que ya comenzaron a dar las primeras señales.

Aunque este es un texto de memorias del taller, es esencialmente un libro literario. Quiere ser un libro que se lee no como un ejemplar de historia regional sino como una antología de textos literarios. Esta es la vocación y el espíritu del Taller Literario de la Casa de la Cultura de Ciudad Guzmán desde sus inicios.

En los últimos veintisiete años me he encontrado con incontables personas que me preguntan sobre el Taller Literario, en qué consiste, a quiénes va dirigido, qué se requiere para asistir, en dónde se imparte. Luego de dar las respuestas, remato

diciendo “Sábado, diez de la mañana”, ya casi como un eslogan. Las sesiones del taller han sucedido, desde su creación, en la calle Victoria número 22, los sábados a las diez de la mañana.

El 17 de diciembre de 2021, el Ayuntamiento de Zapotlán el Grande entregó reconocimientos a algunos miembros del Taller Literario de la Casa de la Cultura. Todos ellos habían publicado un libro, habían ganado un premio, obtuvieron una beca o ganaron un apoyo institucional de publicación, durante el 2021. Los galardonados fueron Bladimir Ramírez, Alejandro von Düben, José de Jesús Vargas Quezada, Alejandra Alonso, Edgardo Aguilar, Alejandro Mauricio Robalo Vázquez, Kevin Martín Aguayo (Martín Rojo) y Jaime Jordán Chávez. También hubo un reconocimiento especial a la trayectoria a Hiram Ruvalcaba, quien fue miembro del taller hace unos años. Durante la sesión alguno de los homenajeados habló de la inminente publicación de *Indicios. Atisbos de literatura actual en el sur de Jalisco* que publicaría el Centro Universitario del Sur. Entonces el presidente municipal comentó que el Ayuntamiento de Zapotlán el Grande debía publicar un libro del Taller Literario, puesto que éste forma parte de la oferta de talleres del municipio. Ahora el libro se hace realidad.

Agradecemos al Ayuntamiento de Zapotlán el Grande, en particular a Alejandro Barragán Sánchez, Presidente Municipal, y a Leonardo Franco Medina, Coordinador de Unidad de Cultura, por el interés y el apoyo brindado para la publicación de este libro.

# MIRADA INTERIOR

## I. LOS TIEMPOS RECIENTES (2012-2022)



## SOBRE LA MESA DE DISECCIÓN

Alejandra Alonso

Hasta entonces no tenía otro interés  
literario que el cuento y me parece  
significativo que mi primer ejercicio  
de no ficción se ocupara de mi  
maestro en la ficción

Juan Villoro

Nadie se atrevía a confesarle la verdad, quizás era porque nos daba pena decirle la gravedad del asunto. Todos nos quedábamos callados cuando él preguntaba:

—¿Qué opinan?

Luego como vio que no le contestábamos se dirigió al doctor Sigala:

—¿Qué opina, doctor? Ya dígame algo.

El doctor se quitó los lentes y se acarició la barba.

—Hay que amputar. Dijo mirando al autor.

El autor bajó su texto de la mesa de disecciones y lo hojeó con sus manos temblorosas.

—¿En dónde está el daño, doctor?

—En el desarrollo. Tantas descripciones innecesarias le han provocado una gangrena. Por ejemplo, no es necesario describir todo lo que hay en el baño. Recuerda lo que decía Chejov “Uno nunca debe poner un rifle cargado en el escenario si no se va a usar”.

—Sí, tiene razón, creo que voy a reescribirlo.

El autor miró las correcciones que se le habían hecho a su texto y luego bajó la cabeza como la bajan los padres a los

que se les dice que su hijo tiene obesidad o diabetes. Y es que uno como escritor siempre se encariña con lo que escribe, es por eso que ahora me tiemblan un poco las piernas porque mi texto es el siguiente en pasar a la mesa de disección. El doctor Sigala mira la hora en su celular y luego voltea a vernos con sus expresivos ojos cafés de venado.

—¿Quién sigue? —pregunta.

—Sigo yo, —contesto haciéndome chiquita en la silla.

—¿Te parece si lo revisamos después de la pausa? Es que quiero ir a comprar un café.

—Sí, está bien.

El doctor toma su cartera y sale por la puerta. Yo aprovecho ese momento para darle una lectura rápida a mi texto. Reviso cada palabra, cada punto, cada coma. Mi pasión por la escritura es tan grande que soy capaz de salir corriendo de aquí si algo de mi texto no me gusta. Es por eso que siempre sigo los consejos del doctor Sigala, que en realidad es mi mentor, mi Virgilio, mi maestro de literatura. Le digo doctor porque él siempre sabe cuándo algo no anda bien en un escrito. Aunque esa no es la única de sus habilidades, también tiene el don de despertar en sus alumnos el amor por la literatura. Eso me pasó a mí cuando lo conocí en la carrera de Letras Hispánicas y tomé su clase de poesía en primer semestre. Me encantaba la forma en que nos leía los poemas de Gironde, Pessoa, Vallejo y Borges. Los leía pausadamente, se detenía en cada metáfora para después explicárnosla. Verlo leer era como ver comer a alguien lo que más le gusta. Disfrutaba cada libro acompañado de su termo negro con café. A nosotros se nos antojaba y corríamos a las bibliotecas o a las librerías a buscar los libros de los que nos había hablado. Sin duda alguna Sigala es una de las bibliotecas más grandes que he conocido. Gracias a él supe de muchos libros que hoy son mis favoritos. Siempre nos

decía que si queríamos ser escritores debíamos tener una dieta balanceada en literatura

—Hay que leer de todo —expresaba.

Recuerdo que la clase que más me gustaba en la secundaria era la de Biología, me fascinaba porque la maestra nos llevaba al laboratorio para ver la epidermis de una capa de cebolla a través del microscopio. Pero eso no se compara a cuando en sus clases de literatura, el doctor Sigala nos enseñó a usar el microscopio que tenemos en la mente, con él pudimos ver cosas que uno a veces no capta a simple vista. Cuando observamos la epidermis de los cuentos de Juan José Arreola, vimos un montón de símbolos moviéndose entre los párrafos. Después me asusté un poco cuando el maestro nos mostró la epidermis de *José Trigo* de Fernando del Paso, en ella vimos a un *Pedro Páramo* escondido que aparecía y desaparecía entre los capítulos de la novela. Lo mismo pasó con el cuento “Las ruinas circulares” de Borges, ahí vi al rey rojo de *Alicia en el país de las maravillas* disfrazado de un padre que soñaba a un hijo.

Los semestres pasaban y yo admiraba cada vez más las clases de mi maestro. Me fasciné al doble cuando tomé su clase de Narrativa en taller en donde estudiábamos la anatomía de los textos literarios. Él tomaba su bisturí y en una mesa abría un cuento para que nosotros viéramos la forma en que estaba construido. Observamos inicios ingeniosos, desarrollos espectaculares y finales inesperados. A veces era necesario traer una toalla en la mano porque cuando el doctor metía el escalpelo entre los párrafos, la tinta salía volando y nos salpicaba a todos la cara. La mejor parte de la clase fue cuando el doctor nos dijo que escribiéramos un cuento y lo lleváramos de tarea. Cuando se llegó el día y lo llevamos, resultó que todos habíamos creado puros fenómenos, algunos escribieron cuentos sin conflictos: sus cuerpos eran planos y delgados como una carretera recta

y aburrida. Otros daban miedo por su cabezainicio enorme y sus pequeñas patasfinal. No podían pararse, eran como un Gregorio Samsa chafa. Los que no tenían lógica empezaban con iniciomosca y final sirena.

—¿Eso te lo sacaste de la manga, verdad? —preguntaban en el salón.

Poco a poco me fui dando cuenta que un texto hermoso tiene que ver con la simetría. Aunque hay excepciones, como la crónica ornitorrinca o el ensayo centauro, pero creo que al final de todo, un texto siempre debe mantener una estructura. El doctor Sigala decía que para evitar traer al mundo textos no deseados, se debe tomar antes varias cápsulas de literatura. Recuerdo que un día llevé a la clase de narrativa un cuento en donde los diálogos de mis personajes parecían ser de plástico. Para ese mal, mi maestro recomendaba escuchar con atención las conversaciones de la gente que nos rodeaba. Yo siempre seguía sus consejos porque en esa clase había decidido intentar ser escritora. Empecé a amar la narrativa porque para mí esa palabra era sinónimo de juego. Cuando narraba las historias me sentía como una niña armando un rompecabezas. Pasaba horas y horas pensando en una idea para un cuento. Pero a pesar de eso, siempre estuve consciente de que tal vez nunca llegaría a ser una buena escritora, ni mucho menos famosa, sin embargo, seguía escribiendo porque me divertía mucho hacerlo. El doctor siempre decía “diviértanse” y yo me divertía más de la cuenta. Una vez me encontré con un gran fragmento de Gabriel García Márquez que me recordaba lo que me estaba pasando:

El día que descubrí que lo único que realmente me gustaba era contar historias, me propuse hacer todo lo necesario para satisfacer ese deseo... No se imaginan ustedes la cantidad de trucos, marrullerías, trampas y mentiras que tuve

que hacer durante mis años de estudiante para llegar a ser escritor, para poder seguir mi camino, porque lo que querían era meterme a la fuerza por otro lado.

Y efectivamente así me pasaba a mí, día a día protegía mi sueño de ser escritora. Muchas veces escuché a personas decir que me moriría de hambre por querer dedicarme a la escritura, pero como ya dije, mi intención no era ser famosa. Lo mío era puro amor a la ficción y fue por eso que en varias ocasiones falté a clases para terminar de leer un libro interesante, para terminar un cuento, un poema. Cuando la clase de narrativa terminó yo me sentí muy triste porque ya no iba a poder sentirme Victor Frankenstein creando historias, y lo peor de todo era que ya no iba a poder leerle mis historias al doctor Sigala. Así que tuve que esperar hasta el siguiente año para volver a tomar Narrativa. Bueno, en total la tomé cuatro veces, incluso después de egresar de la carrera. No sentía pena porque ahí me encontré con otros compañeros que también repetían la clase. Hasta que un día una compañera me dijo que por qué no iba al taller de literatura que el maestro impartía los sábados en la Casa de la Cultura, “Sabía que había un taller de literatura en esa casa, pero no tenía idea de que lo impartía Sigala”, le contesté.

Cuando se llegó el sábado sin duda pensé en asistir al taller, pero antes me informé de lo que se necesitaba para ingresar. En la oficina de la Casa de la Cultura, las secretarías me dieron un tríptico que decía que al taller podían asistir personas a partir de los quince años. Eso me hizo pensar que tal vez el taller estaría lleno de adolescentes y me daría vergüenza porque yo ya estaba por cumplir los veintitrés. Pero hace unos años que escucho la voz de la literatura en mi cabeza, entonces ella me dijo: ve, ve, ve, y yo la obedecí. Le pregunté a una secretaria que en dónde estaba el taller y ella me dijo que en la sala dos.

Caminé despacio y con algo de nervios, cuando estuve a punto de llegar vi que estaba la puerta abierta y pasé de largo. Alcancé a ver que, en el fondo, al final de una larga mesa, estaba sentado mi maestro, a su alrededor había varias personas sentadas. Aquella imagen me hizo recordar a la pintura de Leonardo Da Vinci *La última cena*. No entré al salón y me senté en una banca de madera porque me ganó la timidez. Además, me sorprendió que el taller no fuera como lo imaginaba. Ahí dentro vi rostros juveniles, adultos y ancianos. Luego vi a mi maestro salir del salón. Yo le hablé y le dije que una amiga me contó sobre su taller. “Ah, pásate”, dijo. “Creo que mejor para el otro sábado”, le contesté. Él insistió que me pasara, pero yo me fui del lugar.

Al siguiente sábado regresé más animada para entrar al taller. Cuando me metí todos me miraron de manera extraña. Yo también los miré así porque me di cuenta de que los integrantes no eran los mismos que vi la primera vez que fui. “Todo es extraño aquí”, pensé. Otra de las cosas que me dejó desconcertada fue que ahí todo el mundo llegaba a la hora que quería, la entrada era a las diez de la mañana, pero algunos llegaban a las once, a las doce o a la una. Pero lo más sorprendente fue que en ese lugar mi maestro no era el mismo que conocía en la universidad, en el taller era aún más brillante porque nos compartía conocimientos de diversa índole: hablaba de poesía, medicina, crítica social, pintura, música, literatura, ciencia, política, gastronomía, futbol, historia, etcétera. “Qué interesante y divertido”, pensé. Aquí mi maestro es Sigala al cubo. Además, no sólo él hablaba de tantos temas, también se le sumaban sus alumnos y se formaba en el aire una aglomeración desbordante de conocimientos. Sin duda alguna el taller me recordaba a uno de mis libros favoritos: *Palinuro de México*. Eran similares porque en los dos había un exceso de cultura. La razón era que al taller iban personas de distintas profesiones u oficios. Asistían



alumnos de letras, de prepa, de secundaria, médicos, maestros, comerciantes, ingenieros, físicos, pintores, músicos, psicólogos y otros más. Todos ellos creaban una conversación desmesurada que a veces se alargaba horas y horas, incluso después de las dos de la tarde, la hora de salida. Cuando eso pasaba el encargado de la Casa de la Cultura iba y nos tocaba la puerta del taller para decirnos

—Ya vamos a cerrar.

La dinámica del taller era sencilla, primero el maestro nos leía un cuento, un poema o una crónica. Después comentábamos el texto y algunos decían si les gustó o no. Lo que me gustaba de esta primera parte es que a diferencia de la universidad en donde se nos leían más textos de literatura clásica, acá el doctor nos compartía por lo general más textos de autores contemporáneos que a mí me llamaban mucho la atención. Por ejemplo, los cuentos de Fleur Jaeggy, Marina Perezagua, Selva Almada, María Fernanda Ampuero, Alejandro Zambra, Sergio Ramírez y Alejandra Costamagna. Las crónicas de Juan Villoro, Fernanda Melchor y Juan Pablo Villalobos. Los poemas de Balam Rodrigo, Bob Dylan, Joan Margarit y algunos fragmentos de las novelas *Solenoide* de Cartarescu, *En el lejero* de Evelio Rosero, *Kentukis* de Samanta Schweblin y *La mujer loca* de Juan José Millás. A mí me encantaban estos y otros libros que nos compartía el maestro porque aprendía de las nuevas técnicas que usaban los escritores actuales. Me sentía genial porque sabía que me serviría mucho para mi formación de escritora.

Después de leernos un texto, el maestro pasaba a la segunda y más tensa parte de la sesión

—¿Quién trae texto para tallerear? —nos preguntaba con su voz grave de Morgan Freeman.

Los que traían, nos entregaban una copia de su texto. Después lo leían en el orden en el que fueron llegando. Los textos a

veces eran buenos y a veces malos, su clasificación me recuerda a algo que dijo el escritor Juan José Arreola sobre los textos que le llevaban a su taller:

El mejor texto para un taller de literatura es el texto regular que puede llegar a ser bueno. Ese es el mejor porque hay textos, naturalmente, insalvables. Y el texto bueno bueno, pues nomás es cosa de revisar detalles, pero el texto regular con posibilidades es el más fértil.

Así eran los textos que llegaban al taller, buenos, malos y regulares. De los buenos sólo se le decían cosas al autor como “Te quedó chido”, “Está genial”, “Me gustó mucho tu texto” o el maestro por lo regular le decía “Felicidades”. Con los malos casi todos nos quedábamos mudos como haciendo un minuto de silencio por el texto moribundo o casi muerto. Si el autor volteaba a ver a los integrantes como para preguntar qué opinaban, algunos preferían desviar la mirada al infinito, o se agachaban para mirar el celular. El doctor era el que casi nunca perdía la fe en el texto, pensaba que tal vez se salvaría y le recetaba al autor ocho horas de lectura y escritura diarias. Hubo casos insólitos en los que algunos textos lograron resucitar, regresaban al taller como lázaros resplandecientes. De los textos insalvables se hablaba mucho porque todos le encontraban un mal distinto. Una de las frases que usaba el doctor para decir sutilmente que no le gustaba tu texto, era la de “Te sirve como ejercicio”. Eso significaba que no lograste tu objetivo, que como en la primaria habías hecho una plana de bolitas y palos y que aun así no habías logrado escribir bien.

Los textos regulares, como dice Arreola, eran siempre los más fértiles. A estos se les hacían un montón de recomendaciones hasta que lograban mejorar. A mí me pasó que un día llevé un cuento así, entonces el doctor me dijo que mi cuento

andaba desnutrido, que narrara más los sucesos. Le dije que sí y me puse a engordar el cuento. Al final creció tanto que de tener cinco hojas pasó a diez. Cuando lo volví a llevar al taller mi maestro me dijo “Quedó mucho mejor” y yo me sentí la mujer más feliz del mundo.

Otra de las virtudes del maestro era que podía ser un periódico andante. Cuando llegábamos al taller nos hablaba sobre los escritores que se ganaban premios literarios en la semana. A veces pasaba que los que se sacaban los premios eran integrantes del taller y mi maestro los felicitaba en público. También nos hablaba sobre los eventos culturales y charlas o conversatorios literarios que se organizarían en la ciudad. El doctor siempre lo sabía todo sobre la Feria Internacional del Libro de Guadalajara. Nos informaba sobre quiénes serían los autores que se presentarían en la feria y de las presentaciones de libros que habría. Recuerdo que una vez se trajo una grabadora al taller para escuchar el discurso del premio FIL, estaba muy emocionado como cuando un papá ve que su equipo favorito va a meter gol. Otra de las veces que lo vi emocionado fue cuando nos dijo que el músico y poeta Bob Dylan obtuvo el premio Nobel de Literatura. Los ojos le brillaban y se trajo todos los libros que tenía del poeta para leernos sus letras. A mí me fascinaron, fue una sesión inolvidable. Creo que al doctor le gustó mucho que ganara Dylan porque él también era músico, escritor y poeta. En su juventud formó parte de un grupo que se llamaba “Los maderos de San Juan de Dios”. También escribió los libros *Parátplos*, *Periplos*, *Extraño Oficio y Domar quimeras*. En los primeros dos se habla de viajes alucinantes y exóticos al paraíso, están escritos con un lenguaje sublime que evoca a Dante y a Christopher Marlowe. Un día me reveló que el rock fue lo que lo acercó a la literatura cuando apenas tenía la edad de doce años. Se asombró leyendo la biografía de Jim Morrison y escuchó sus canciones.

Los meses pasaban y yo permanecía en el taller. Aunque casi no convivía con los integrantes poco a poco los fui conociendo. Los clasifiqué como los que sólo fueron una vez y jamás regresaron, los que iban sólo cuando escribían un texto y querían tallerearlo para meterlo a un concurso o los que iban cada dos meses. Pensé que el taller era como la metáfora del río de Heráclito porque las aguas nunca eran las mismas. Aunque también estaban los integrantes fieles que iban casi todos los sábados. Entre ellos se encuentra la señora Carmen, una mujer de lentes y cabello corto. Ella lleva historias de personajes que por lo regular tienen destinos trágicos. Primero escribió un libro de cuentos de historias de mujeres y después escribió uno sobre hombres. Rosa es otra de las señoras que asistían al taller, era la primera en llegar y venía desde Zapotiltic, traía cuentos y capítulos de una novela que estaba escribiendo. Nos contaba que primero escribía sus textos a mano y luego se los llevaba a la chica del ciber para que se los pasara a Word. Lo chistoso era que a veces esta chica se los transcribía mal y Rosa se ponía muy enojada. Don Jesús era otro de los integrantes del taller, él era un hombre de entre setenta u ochenta años. Era alto, muy delgado y su rostro era como el de una tortuga. Todos decían que él era el integrante más antiguo del taller y que durante su asistencia escribió dos libros. Yo lo conocí muy poco y un día pensé en preguntarle sobre cómo fueron las primeras sesiones del taller, más nunca me atreví porque era un hombre muy serio y parecía ser gruñón. Dije, después le pregunto y cuando menos lo pensé se murió. Alejandro Von Düben es un poeta con muchos reconocimientos, cada vez que ganaba uno provocaba el efecto tambor entre sus admiradores, ellos iban de un lado a otro diciendo: Von, Von, Von, pero no todo era ruido porque en el taller Von Düben era muy callado, mientras el maestro nos leía un cuento, Von Duben aprovechaba para

comerse sus galletas o donas. Sus cabellos eran como los de Bob Patiño y su rostro era blanco y delgado. Paulina Velázquez o Evangelina Bolitocha es un arcoíris que de vez en cuando entraba al taller. Llegaba tarde y usaba ropa colorida con lentes fosforilocos. Sus cuentos transmiten un ambiente cálido y han sido premiados. Alejandro Valdovinos es un doctor de mejillas coloradas al que le gustaba escribir cuentos de humor y novelas de aventura y fantasía. Recuerdo que una vez llevó al taller un cuento en el que un hombre sin piernas ni brazos lograba conseguir un trabajo de pisapapeles. Nieves es una maestra que venía desde El Rincón, escribía cuentos, poemas, calaveritas y publicó un libro en donde habla sobre la gente, las costumbres y las leyendas de su pueblo. Chuy Quezada es un escritor de cuentos y ensayos que también ha ganado reconocimientos. Le gusta la crítica literaria y la filosofía. Es alto como Gulliver en Liliput y en sus manos casi siempre hay un libro o una *tablet* en donde guarda más libros. En una ocasión le pregunté qué era lo que opinaba del doctor Sigala y el taller. Él contestó lo siguiente:

De Sigala, opino que es un profesor de literatura buenísimo, que ha leído muchos libros y que sabe extraer conclusiones de esas lecturas, que para cada autor y época de la literatura tiene una opinión y sabe ciertas cosas que por lo regular sirven de guía y recomendación para el curioso, que es, además, un escritor consciente de su tradición (tal como lo refleja en sus libros) y alguien que constantemente publica y se actualiza en lo referente a temas literarios, que es una persona generosa que funge como tutor de muchos de los que nos iniciamos en la literatura y en la investigación literaria, que es un lector de literatura excepcional. Del taller, opino que es un espacio idóneo para exponer nuestros primeros textos literarios, que hay crítica constructiva

e incisiva, que propicia la creación literaria consciente, pensada, seria, que los alumnos de ahí y el profesor Sigala se fijan en aspectos imprescindibles y muy importantes de los textos y, por lo tanto, ayudan a reflexionar sobre el propio texto, a discernir lo que vale de lo que es paja y a formar una postura literaria personal y nunca una postura literaria dogmática e impuesta.

Bladimir Ramírez es un escritor de cuento y poesía que ganó varios reconocimientos. Uno de sus cuentos que más me gusta es el del “Señor dama”. En el taller, Bladi fumaba tinta con su cigarro imaginario, lo disfrutaba mientras el maestro nos leía un cuento. Una vez me contó de la primera vez que fue al taller, me dijo que al principio Sigala le había parecido serio y que prefirió no contarle sobre que le gustaban los libros del Marqués de Sade y *El beso de la mujer araña* de Manuel Puig. Pero después Bladi se dio cuenta que el maestro era bien chido y ahora los dos no paran de hablar de todo lo que leen. Emmanuel Rocha es un poeta que siempre llegaba al taller con su guitarra. Escribía canciones y poemas en donde a veces los animales tenían características de humanos y los humanos tenían características de animales. Mariana Vergara era una estudiante de preparatoria que asistía regularmente al taller. Tiene el cabello corto, usa botas negras, le gustan los arándanos y protege a los animales. En las primeras sesiones fue muy callada, pero después empezó a hablarme y me contó que le parecía muy interesante todo lo que se hablaba en el taller, que le gustaban los cuentos de Poe, la filosofía de Hegel y Sartre. Alejandro Arenas es un poeta que también ganó varios reconocimientos. Él dice que sus poemas residen en una selva oscura porque hablan sobre la muerte, el tiempo, el amor no consumado y la nada. En el taller, Alejandro nos lee sus poemas con tanta elocuencia, que la señora Carmen dice



que su forma de leer le recuerda a la forma en que leía Juan José Arreola, pero Alejandro no sólo escribe, también prepara chocolate artesanal que nos vende en tablillas envueltas en papel brillante. Edgardo Aguilar es un escritor de cuentos y poesía que ganó varios reconocimientos. Entre sus cuentos se encuentra el de un tipo que se sale de la carretera y llega a una casa que está en medio del bosque, ahí conoce a una familia extraña. El de “Muñequita” que habla sobre un señor que se dedica a convertir a las niñas en muñecas. Y el del laberinto de espejos en donde se reflejan cosas perversas. Carlos Arturo es un arquitecto al que le gustaba narrar lo que le ocurría en sus viajes, también nos leyó fragmentos de su novela *El pequeño inversionista*. Yair Ascensión es el nuevo François Rabelais del taller, sus cuentos tienen un humor escatológico que siempre nos hace reír. También es pintor y fotógrafo. Una vez pintó un mural en donde aparece el rostro del maestro Sigala. Su forma de vestir es peculiar porque él mismo se fabrica su ropa, usa suéteres y camisas coloridos. Felipe Arroyo es un escritor de cuentos, en sus historias aparecen paisajes agrestes en donde habita gente humilde, olvidada, violenta, sensible y poderosa. Uno de sus cuentos que más recuerdo es el del “Taray”, se trata de un pueblo rural en donde se aparece un fantasma. A Issac Álvarez le decimos el norteño, él nos leyó su novela llamada *El año más caliente*. Issac explica que su novela trata sobre “La violencia a la que se recurre cuando la justicia no es tan justa”. Aunque también aparecen momentos cómicos, como cuando se habla de las uñas de los tiburones. César Anguiano es un escritor colimense que había ganado algunos premios literarios. Cada vez que iba al taller hablaba de lo mal que estábamos en México, de los asesinatos y de los desaparecidos. Sus cuentos eran realistas y de una gran extensión. Algunos sabíamos que cuando él asistía y oía nuestros cuentos era seguro que nos iba

a decir que “Así no”. Incluso nos regañaba más que mi maestro y se ponía rojo cada vez que se enojaba. Llegué a pensar que yo le caía mal porque mis textos eran fantásticos, y al parecer a él no le gustaba ese género.

Un día le dije al maestro que yo escribía fantasía porque casi no tenía vida, ni había viajado, por eso se me hacía más fácil inventar cosas. El me respondió:

—Conozco gente que ha viajado por todo el mundo y es bien gris.

Eso me hizo sentir mucho mejor porque el doctor me dio a entender que no se necesita viajar para escribir literatura. No sé cómo, pero Sigala siempre me decía algo que hacía que me dieran más ganas de seguir escribiendo. Una vez me dijo:

—Si quieres gustarle a todos sé una Coca Cola.

Eso fue porque le dije que a nadie le gustaban mis cuentos, quiso decir que no a todos les gusta lo mismo “Hay gente que odia a Borges o a Rulfo”, decía.

Lo que me gustaba de la casa en donde se encontraba el taller es que era espaciosa y semejante a un paraíso. A veces me salía al baño nada más para recorrerla. Tenía varias salas en donde se impartían clases de música, pintura, danza, canto, teatro y literatura. La puerta de la entrada y las ventanas tienen grandes cristales que me hacían sentir dentro de una pecera. En una esquina hay un auditorio en donde a veces se organizaban eventos. Al centro estaba una fuente rodeada de árboles. En los pasillos se encontraban largas bancas como las que hay en el templo. Por toda la casa se veía deambular a los padres que esperaban a que sus hijos salieran de clases. A mitad de la mañana se escuchaba una mezcla artística de sonidos en el aire: se oían pianos, violines, música clásica del salón de ballet, cantos de niños, gritos de los alumnos de teatro y nuestras voces argumentando sobre algún cuento o poema.

Cuando esto pasaba, me imaginaba que todos los del taller éramos como niños porque discutíamos por personajes o situaciones ficticias que para nosotros en ese momento eran reales. Nos metíamos en las historias de nuestros compañeros. Viajábamos juntos a lugares desconocidos. “Es el pacto con la ficción”, decía mi maestro. Esto me traía a la memoria un fragmento que escribió uno de mis poetas favoritos, Fernando Pessoa:

La niña sabe que la muñeca no es real, y como tal la trata, hasta llorar por ella y disgustarse cuando se le rompe. El arte de los niños es el de irrealizar. ¡Bendita sea esa edad equivocada de la vida, cuando se niega la vida por no existir el sexo, cuando se niega la realidad por un juego, tomando por reales cosas que no lo son!

Una vez me dio curiosidad por saber sobre el origen del taller. Le pregunté a mi maestro que cuántos años tenía impartiendo, él me contestó que veintitrés años. Yo me asomé y me puse a pensar en la gran cantidad de historias que ha escuchado. Imaginé que el taller era una especie de *Las mil y una noches* en donde las historias eran infinitas y nosotros éramos los Sherezados que le contaban cuentos al sultán Sigala Schahriar. Lo más insólito era que en verdad mi maestro parecía ser un árabe porque tenía rasgos únicos que no se ven aquí en México. Sus ojos son muy expresivos. Su barba es un bosque negro y sus cejas son tupidas y abundantes. El color de su piel es como la arena aluzada por un sol rojo.

Después seguí investigando más sobre el origen y decidí realizarle a mi maestro una pequeña entrevista en dónde le pregunté, cómo, cuándo y por qué había venido a Zapotlán a dar el taller. Él contestó lo siguiente.

En 1995 la Secretaría de Cultura me invitó a dar un taller literario en la Casa de la Cultura de Zapotlán el Grande,

yo contesté que sí, y me vine desde Guadalajara para impartirlo. Cuando fue la primera clase sentí nervios porque sabía que me encontraba en la tierra del escritor Juan José Arreola. Pensé que en el taller habría mucha gente lectora y culta, pero en la primera sesión me encontré con un grupo en su mayoría compuesto de profesores que fueron sólo para que yo les diera clases de ortografía. Tiempo después me vine a vivir a Zapotlán porque me invitaron a ser maestro y fundador de la carrera de Letras Hispánicas.

Definitivamente mi maestro no se imaginaba que después de ese grupo de profesores, llegarían generaciones de escritores y amantes de la literatura que lo admirarían mucho y que iban a querer escribir sobre él. Dentro del taller existen algunos compañeros que están planeando el *Sigalarío*, un libro en donde se escribirán todos los chistes ingeniosos que dice cada sábado, porque otras de sus cualidades son el humor y la capacidad para hacer juegos de palabras. Es como un Lewis Carroll o un Ambrose Bierce. Hace poco me dijo que él no era un doctor, que él era un paciente ¿Por qué?, le dije. “Porque soy paciente con sus textos”, contestó.

Una vez leí en *Palinuro de México* la siguiente frase “Un médico, hermano, es nada menos que el sacerdote obligado a guardar el secreto profesional, al que le puedes confesar todas tus vergüenzas”. Y así fue como imaginé a mi maestro cuando llegó a Zapotlán, como un maestro de la literatura de escasos veintiséis años que había llegado para ser el sanador de los textos enfermos, pero que también había venido para ser el sacerdote al que le confesaríamos todos nuestros inventos y confabulaciones.

Ahora escucho unos pasos, es él, vuelve con un café en la mano. Preparo mi texto, lo pongo sobre la mesa de disección.

## UN SÁBADO, TODOS LOS SÁBADOS

Bladimir Ramírez

### I.

Tengo quince años. Es sábado por la mañana, debe ser primavera porque nadie lleva abrigos. Entro a un cuarto blanco con sillas naranjas. No conozco a nadie y no sé qué esperar. Soy muy joven e ingenuo para entender que ese día va a cambiar mi vida, mis deseos, mis horarios. Me siento a una o dos sillas de distancia del “Maestro”. Veo a un hombre que es al mismo tiempo risueño y serio, tímido, incluso. Algunos le hablan de usted y otros, sin ningún problema, le hablan de tú. Son las diez de la mañana con quince minutos, tengo sueño y hambre, preferiría estar en un lugar más familiar, pero no, estoy en el Taller Literario de la Casa de la Cultura que dirige Ricardo Sigala.

### II.

A medida que envejezco en el taller, me doy cuenta que la literatura es posible. Que no todos los escritores nacieron hace miles de años, que algunos, incluso, están vivos. Son personas reales. Conozco poetas primerizos, unos muy malos y otros muy ambiciosos. También conozco, por primera vez, cuentistas jóvenes. Ellos también escriben sus historias, pero, a diferencia mía, las comparten a un selectísimo público lector. Como soy hablador por naturaleza, poco a poco pierdo el miedo. De vez en cuando opino de cuestiones que no puedo entender. Escribo las recomendaciones de libros y autores que surgen en cada una de las sesiones. Leo a algunos, a otros no logro entenderlos. Por supuesto, no llevo un texto propio. La idea de imprimir

una historia y pedir a otros que la lean me parece una locura que no estoy dispuesto a cometer.

### III.

Los sábados pasan. Ahora tengo dieciséis. Los sábados por la tarde —y la noche y la madrugada— soy mesero en fiestas y eventos especiales. Por la mañana voy al taller, muchas veces, disfrazado de mesero. A veces me voy antes que la sesión termine porque la fiesta ya casi empieza. Mientras doblo manteles, preparo los vasos y los cubiertos, pienso en las interesantes conversaciones que escuché durante la mañana. En esta época, mi charola y mi cuaderno son igual de importantes para que un sábado se sienta completo. Escribo más que antes, historias muy cortas y, qué vergüenza, poemas en servilletas. No llevo nada al taller.

### IV.

Me esfuerzo por ocultar mi pasado y mi presente. A estas alturas, ya sospecho que los hombres me gustan tanto o más que las mujeres, pero prefiero no admitirlo. Tampoco reconozco que cuando terminé con Karinna me encerré a escribir una novela porque mis amigos ya se habían cansado de escucharme. Poco a poco voy platicando de los libros que estoy leyendo y en el taller dicen que son buenos autores. El maestro, sobre todo, dice que tengo buenos gustos. No sé si creerles.

### V.

Me gradúo del bachillerato y no sé qué hacer con mi vida. Además de ser mesero, trabajar en un ciber, vivir solo, leer, ver películas, jugar turista y billar con mis amigos, no sé a qué podría dedicarme. Se me ocurre que podría estudiar Antropología

o Sociología o cualquier carrera que se trate de personas. Me interesa la gente y lo que dicen, los meseros somos chismosos de manera involuntaria. Mi familia quiere que sea médico o abogado. Ninguna de las dos opciones me parece viable. Lo malo es que, para ser antropólogo, tendría que mudarme a otra ciudad, vivir solo pagando renta, los gastos escolares y otro montón de cosas. Y tengo poco dinero. Muy poco, para ser honesto.

## VI.

Acepto que quiero ser escritor. Aunque no lo digo, lo pienso y me imagino cómo sería serlo. Entro a la carrera de Letras Hispánicas y muy pocos quieren ser escritores, peor aún, muy pocos quieren ser lectores. En la universidad, con frecuencia me siento solo. Pero los sábados hablo de las cosas que leí para mis clases y sobre lo que estoy aprendiendo. A mis amigos — que no leen y no les interesa la literatura—, los mareo usando una jerga muy compleja que no comprendo pero que disfruto manipular. Sigo siendo mesero y ahora también soy cuentista. Mientras preparo bebidas y voy de un lado a otro con platos de birria y *cordón blue*, pienso en el cuento que voy a llevar el siguiente sábado.

## VII.

Ahora me da asco la novela que escribí hace muchos años. No quiero saber nada de ella, ni corregirla ni leerla, es más; me gustaría que no existiera en lo absoluto. Quiero escribir un libro de cuentos y cada sábado, casi sin fallas, llevo un cuento al taller. A las señoras mis cuentos les parecen un poco irrespetuosos, les parece que son historias descaradamente homosexuales. Los señores —que por suerte son pocos— dicen que mis cuentos son malos y repetitivos. Y tienen razón.

## VIII.

Además del taller de la casa de la cultura, voy al taller de “Los naufragos de la palabra”. Ahí no hay señoras, pero mis cuentos tampoco les gustan. Pienso en dejar de escribir, pero algunos amigos, al igual que el maestro, creen que mis historias “podrían ser” interesantes. El maestro ahora también es mi amigo, me da clases en la universidad y conversamos mucho. En la radio, en los pasillos, en el taller, en su pequeñísimo auto rojo. Conversamos.

## IX.

Según yo, escribí un libro de cuentos. En realidad, al libro le faltan todavía tres años para ser “publicable”. Aunque no tengo idea de lo que tengo que hacer para que un libro se publique. Mis textos aparecen en algunas revistas, voy a congresos literarios y conozco a muchos escritores jóvenes. No me siento tan solo como antes, aunque los salones de mi facultad estén vacíos. Mis maestros son mis amigos y me apoyan. A veces llego desvelado y con poca paciencia al taller, lo admito. Otros días, con tres tazas de café encima. En ambos casos, disfruto la sesión.

## X.

Tengo veinticinco años. Ahora la gente dice que soy escritor y que soy Licenciado en Letras Hispánicas. Ambas distinciones me parecen sumamente vacías y abstractas. Me da risa y pánico, pero lo acepto. Insisto en que yo no me hice escritor; me hicieron. El taller de la Casa de la Cultura me hizo escribir.



## SOBRE MI EXPERIENCIA EN EL TALLER LITERARIO DE RICARDO SIGALA

Jesús Vargas Quezada

### Liminar

Aunque sé que en esta colección habrá escritores talentosos —entre ellos, buenos narradores y mejores poetas—, me atreví a narrar mi experiencia en el taller literario que preside el maestro Ricardo Sigala. Debo decir que me hubiera gustado embellecer de algún modo mi escrito; por ejemplo, expresarme con algunas metáforas inteligentes o por lo menos utilizar un lenguaje poético decente. Incluso, me hubiera gustado estructurar coherentemente mi texto o tan siquiera escribirlo con una prosa armónica. Pero no he logrado este objetivo. Con cierto malestar, decidí hacer, al menos, un texto sincero. Un escrito cuyo referente sea mi breve y modesto paso por el taller. Tienes aquí, lector, el resultado.

### Excurso

Para empezar, diré que antes de emprender la creación de este texto tuve una duda fundamental: ¿cuál género elegir? Hace unos meses, el maestro Sigala nos invitó a participar en un volumen de testimonios con motivo de los 25 años del taller de la Casa de la Cultura. Entonces, imaginé cómo contaría mi experiencia, cuál sería el molde formal en el que plasmaría mis palabras. Descartadas la novela (por lógicos motivos de extensión) y la poesía (por mi nula competencia al respecto), mi mente evocó tres géneros literarios: el cuento, el ensayo y la crónica.

Por ello, la primera certeza fue que mi texto estaría sujeto a uno de estos formatos.

Pero inmediatamente recordé que nunca había escrito una crónica y que soy un ignorante del género. Reflexioné asimismo que una crónica es, a grandes rasgos, la narración cronológica de lo sucedido en un contexto espacio-temporal muy específico. Por lo tanto, pensé en dos opciones: narrar alguna sesión sabatina completa o contar someramente algunos recuerdos de cada una de las muchas ocasiones que he asistido al taller. Debido a mi corta memoria, dicha idea, francamente, me pareció espantosa.

Las opciones restantes eran el cuento y el ensayo. Recuerdo haber llevado al taller algunos textos de ambos géneros. Creo que han sido más cuentos que ensayos. Creo que ambos con más ganas que resultados. Sin embargo, escribir un cuento sobre el taller tiene ciertos inconvenientes que ni mi pudor ni mi habilidad narrativa pueden sortear. Por ejemplo, ¿cómo hacer un cuento donde el maestro Ricardo Sigala, Alejandro von Düben o Gilberto Moreno (por mencionar algunos de los miembros más destacados) sean personajes? ¿Qué rasgos físicos y psicológicos podría señalar para convertirlos en personajes complejos y eminentemente literarios? ¿En qué circunstancia relacionada al taller los situaría? Y lo más importante: después de esto, ¿podría conservar el trato respetuoso que hasta ahora mantengo con ellos? Estas y otras fueron cuestiones que preferí no responder.

Por eso, más bien escribí una especie de ensayo donde critiqué (en el buen sentido del término) lo que conozco del taller. Sin más preámbulos, a continuación, dejo mi escrito.

### **Crítica al taller literario**

El Taller Literario de la Casa de la Cultura es como un libro. Creo que esta metáfora (un poco torpe) me sirve para com-

prender mejor un fenómeno tan complejo. Según Jesús G. Maestro, un libro contiene algo que se cuenta, una forma como se cuenta y unas ideas implícitas en los dos primeros elementos. Con esta lógica, trataremos de leer el taller de literatura.

El contenido del taller es la literatura, en el más amplio sentido de la palabra, desde autores consagrados hasta las creaciones, más o menos logradas, de los asistentes del taller. Esa es la materia primordial de donde surgen todos los diálogos y las opiniones que ahí se comparten. Particularmente, y no sin algún recuerdo feliz, yo conocí allí a escritores como Carver, Onetti y Borges, mucho antes de entrar a la Licenciatura en Letras. Cosa que es una circunstancia agradecida, pues estoy seguro de que a los autores mencionados (así como a tantos otros) no los hubiera leído o me hubiera tardado muchos años para conocerlos.

Por otra parte, el contenido del taller es, a mi juicio, importante, original y bien pensado. Importante porque, sin un espacio como éste (sumado a la facultad de Letras del CUSur), estoy seguro de que Zapotlán no tendría la prosperidad literaria que ahora tiene. Y original y bien pensado porque los libros y los autores que allí se comparten están seleccionados por el criterio de un lector inteligente y dedicado como lo es Ricardo Sigala. Él ha conversado de literatura en Ciudad Guzmán cada sábado, casi sin interrupción, durante más de veinticinco años.

Ahora bien, ¿cómo se expresan los contenidos del taller? Más allá de los ratos donde la charla literaria se transforma en una plática colectiva sobre los más diversos temas, el taller de literatura se caracteriza por un tratamiento crítico de los textos leídos. Soy testigo de que allí no sólo se habla de las obras literarias desde la subjetividad (lo emocional que cada uno siente al leer un texto determinado), sino que también se critica a partir de términos estrictamente literarios (como los géneros, las figuras retóri-

cas o los componentes estructurales). Asimismo, he visto cómo una lectura casi siempre suscita en alguien una o más referencias; de esta forma, un texto nos lleva a otro y éste a otro, realizándose así lo que podríamos llamar docta lectura hipertextual.

Por otro lado, ¿qué ideas he logrado inferir de mi tiempo en el taller? ¿Cuáles son los principios que han estado presentes cuando leemos, interpretamos y compartimos la literatura? Son muchos, indudablemente, pero dos son esenciales. El primero, y creo que el más importante, es que la literatura no nace con nosotros. Esta es una lección que he escuchado a través del maestro Sigala, y de hecho cada sesión es una reafirmación y una puesta en práctica de dicha sentencia. Cuando leemos autores del pasado, nuestros textos pierden valor que creíamos tenía y muchas veces (cuando bien nos va) se convierten en ínfimos homenajes a nuestros padres literarios. Particularmente, trato de tener presente este principio cuando intento traducir mis pensamientos en palabras.

La otra lección es que la genuina literatura sólo puede crearse después de haber escrito y leído mucho. Los aprendizajes en el taller me permitieron conocer varias mentiras, como el mito de la inspiración divina o la existencia de genios espontáneos tocados por la gracia. Supe que no hay fórmulas, ni atajos, para escribir literatura. Y entonces deduje que si las grandes obras, por lo regular, se han escrito con la ingente formación de literatos más dotados que nosotros (recordemos, simplemente, *El Quijote*), es muy posible que nuestros enredos textuales estén muy lejos de ser valiosos para la historia de la literatura. Con esta certeza, me quedó claro que la constancia y el trabajo son los factores decisivos, y también los únicos métodos para escribir (algún día) algo que valga la pena.

Como dije al inicio, me hubiera gustado escribir un texto más acabado. Pero esto es imposible, al menos en esta etapa

de mi vida. Primero, porque mi conocimiento del taller está limitado por el corto tiempo que llevo asistiendo a éste (cinco años, más o menos, de los más de veinticinco en total); segundo, porque planeo continuar asistiendo regularmente, durante no sé cuánto tiempo más, y esto supone que mi experiencia al respecto todavía no está finalizada.

Pero si quisiera definir sucintamente al taller, ahora,10 de marzo del 2020, podría decir que es un espacio donde se conversa la gran literatura de forma crítica e inteligente, se comparten autores y textos de gran valor literario y se presta una atención (casi siempre generosa) a los incipientes textos de los literatos de la ciudad y sus alrededores. Esto, a mi juicio, tiene un valor extraordinario. Y, por lo cual, yo, al menos, estoy agradecido.

## LA NECESIDAD DE LOS BARANDALES

José Emmanuel Navarro

Esta es la segunda vez que escribo un texto titulado “La necesidad de los barandales”. La primera fue hace casi seis años. Era un viernes por la tarde y yo caminaba por mi pueblo natal. Un pueblo caliente y feo al cual amo. Sayula es atravesado por un río completamente seco. Para cruzar el río hay puentes. Para que los puentes no sean una calamidad tienen barandales. Eso bastó para inspirar mi primer texto literario. Un día después lo llevé a tallerear con el maestro Ricardo Sigala.

Recuerdo el nerviosismo que manifestaban mis manos temblando, mi voz temblando, mi pecho, si es posible: temblando. Al momento de leer mi trabajo recuerdo que no miré a nadie. No miré a las mujeres adultas cuya solemnidad era imponente. No miré a las muchachas guapas que inquirían con la mirada. No miré a los muchachos también guapos que juzgaban a regañadientes, o regañaban con los dientes, o dentaban con regaños, o al revés. Tampoco miré al maestro Sigala, aunque, estoy seguro, él me miró todo el tiempo. Cuando terminé de leer no podía respirar, o más bien, no quería respirar. No recuerdo exactamente lo que pasó a continuación, pero, en términos de hacer de este texto más mío, lo organizaré de la siguiente manera: Una chica, quizá de mi edad me dijo que le había parecido un texto muy gracioso, muy tímido, minúsculo, pero enternecedor. El aire volvió a mi pecho. Un bato, mucho más alto que yo, más robusto que yo, más guapo que yo, fingió que el texto era suyo pues yo no lo había firmado cuando repartí las hojas. Entonces se dio las de grandeza diciendo que

miraran su texto, fresco, jovial, encantador. Lo miré furioso, pero luego entendí que hablaba de lo que yo había escrito. Entonces, de pronto, como la ira de Dios en la tormenta: La voz de Sigala. No transcribiré de memoria lo que me dijo. “Escribes bien, Navarro”. Más o menos. Y luego me dijo que siguiera con lo que estaba haciendo. Fue de los mejores días de mi vida. Al salir del taller, al hablar con un poco menos de formalidad, otros miembros del taller me dijeron que les había gustado mi trabajo, que los había hecho reír. Que, en algún modo, había movido algo en su interior. Hoy en día, con los años que han pasado, con lo mucho que he seguido trabajando y leyendo, sé que de eso se trata la literatura, causar algo en alguien más.

El primer “La necesidad de los barandales” era más bien una reflexión lacrimosa de la poca importancia que se le da a un instrumento cuya finalidad es la de hacer sentir mejor al transeúnte de cualquier sendero de altura. Jugaba con la idea de que en algún momento un barandal deseando ser libre, abandonaría su responsabilidad de proteger al peatón y saldría volando como mariposa o como gaviota, o como esos dinosaurios que volaban, y se posaría sobre un cerro, o debajo del agua, o en Australia (donde de seguro tienen sus propios barandales) y sería mucho más feliz. Era un texto inocente, que no esperaba mucho, pero que fue tan bien recibido que me motivó a seguir una vida literaria. La vida que escogí para mí. El camino que ahora es mi norte y mi sur.

El yo de ese entonces jamás habría escrito esta segunda versión de “La necesidad de los barandales”, porque no sabría todo lo que estaba a punto de aprender. Como, por ejemplo, escribir usando el mismo título de mi primer texto literario. Y mucho menos habría pensado en darle el giro que estoy a punto de dar: Los talleres literarios son como un barandal, por lo tanto, son necesarios.

El camino de un escritor es un trabajo arduo. Se sostiene en las lecturas infinitas de noches en vela. Cuelga de la escritura y la reescritura de una oración para que suene más o menos bien. Pero el barandal, aquel desprestigiado colega, te da la seguridad de que vas por buen camino. Que tus pasos no van hacia ningún lado. Que lo que estás haciendo está más o menos bien. Llegué a llevar muchos otros textos al taller de la Casa de la Cultura. Algunos muy bien recibidos. Otros tan criticados que me da vergüenza pensar en ellos. Pero siempre hubo un acompañamiento. Un sentirse a salvo. Esa es la finalidad de los talleres literarios. No tiene que ver con el ir a presumir un cuento glorioso. O recordarle a los demás que tienen que leerlos para sentirse mejor. Eso abunda, pero no sirve. Al final, la seguridad de que siempre podrás sostenerte de un barandal antes de caer es suficiente razón para estar ahí, intentando. Tal vez no lográndolo, porque eso es difícil y casi nunca depende de uno mismo. Pero sí intentándolo, como un sencillo barandal que vuela de una escalera chonchita con forma de caracol, que llega hasta un castillo, un castillo con una reina, que baja despacio una escalera, una reina con una mano rosada, con un anillo de oro raspando finamente un barandal.



## DONDE PUE DAN IR LOS SOÑADORES

Rosa Ramírez

Cómo se pueden guardar los sueños, me preguntaba cuando era niña. Cómo conservar para siempre una tarde de primavera. El aroma del campo recién llovido. El color de una nube a contra sol. Buscando cómo, metí en un frasco de vidrio vacío un suspiro. En otro, tres gotas de rocío mañanero. Los aires del verano quedaron atrapados en una caja de madera. Descubrí un día, con pena, que no se puede guardar lo intangible. Tenía seis años y no iba a la escuela. Crecí en un pueblo recóndito, en el campo. No conocía casi nada del mundo.

Corrí grandes aventuras de la mano de mi mejor amiga. Por la ribera del río, por veredas floridas. Trepé a todos los árboles para ver los techos de las casas. Recogí las piedras del color, forma y tamaño más bonito. Apedree a los perros callejeros con ellas. Me lavé el cabello con agua serenada de luna. Pero no supe cómo guardar todo eso.

El que busca encuentra, y yo lo encontré. Estaba tirado en un basurero. No tenía pasta ni índice, pero no le faltaba lo importante. Como no sabía leer, le pedía a una tía que me lo leyera, no quiso. Se lo pedí a una vecina, no tenía tiempo. A la catequista, no le gustaba leer en voz alta. A mi abuelo, pero ya no veía las letras chiquitas.

Bajo mi almohada durmió el libro un año entero. A los siete años entré a la primaria. Aprendí a leer muy pronto. Era todo lo que yo deseaba, leer el libro aquel: *Platero y yo*, Juan Ramón Jiménez

Entonces supe cómo se guarda la risa de un niño mugroso. El dulce de los albérchigos. El aroma del pan recién horneado. Empecé a escribir de todo lo bello que encontraba a mi paso, en libretas que luego se perdieron. Fueron tantas las palabras que se enredaban unas con otras. Las tenía amontonadas. No se entendían claramente. No sabía que no es sólo guardarlas, hay que saber cómo.

Se me pasó la vida, creí que mis palabras serían olvidadas. Soñaba que mis cuentos, mis poemas, emocionaran. Que alguien suspirara al leerlos. Me resigné a pensar que se me había ido el tiempo. Lo imposible de mis sueños me hacía tratar de olvidarlos.

Los milagros ocurren y yo encontré el mío. Una gran amiga (la maestra María Nieves) me habló del taller. “En Ciudad Guzmán hay uno. En la Casa de la Cultura. El maestro que lo da es catedrático en el CUSur. Había de ir, es bien bonito. ¡Va a aprender mucho!” Y así fue. Llegué con mis letras todas revueltas. Eran muy difíciles de entender. Por querer expresar lo más hermoso, adornaba demasiado. Poco a poco y con mucho tacto, el maestro y los compañeros me fueron guiando. Ahora, creo, soy un poco más clara.

Empecé tarde y el camino es largo. Espero que me alcance la vida. De todos modos, soñar no cuesta nada. Algún día, tal vez, vea mi nombre en la portada de un libro. Agradezco que existan lugares como éste. Donde puedan ir los soñadores.

## EN EL TALLER SE LEE DE OTRA MANERA

Oscar David Cajén

En una fiesta de Letras conocí a una compañera de la facultad, me contó acerca del “taller de Sigala”, decía ir a veces con su novio. Le dije, “¿seguro que escribes?”. Respondió que no, aunque su novio sí. Me sermoneó diciendo que no era necesario escribir para poder ir a un taller literario, algo de lo que me daría cuenta mucho después.

Desde entonces siempre tuve la intención de asistir al taller, por una razón u otra no había podido. Tarantina y Galgo, unos compañeros de la facultad, abrieron un pequeño restaurante cerca del centro donde empezó un modesto taller literario al que asistí. Tras un tiempo cerró y Tarantina dijo, “No te preocupes, ahí está el taller de Sigala”. Me pareció extraña la forma en la que describía el taller, “ahí está”, no “hay un taller”, como algo inmanente, como algo que ha estado ahí desde siempre. Con el tiempo descubrí que el taller llevaba mucho tiempo, que en él habían estado varios escritores reconocidos en la región y más allá, y pensé que la denominación era justa.

Aunque había postergado ir, incluso meses, finalmente fui y me di cuenta de algo muy importante cuando los vi leyendo y tallereando distintos textos. Recordé una de las sesiones del viejo taller de Tarantina en que usó la metáfora del relojero de Truman Capote, explicaba que escribir era tan distinto de leer como tan diferente era el leer las manecillas de un reloj que poder fabricar uno. Para escribir decía que se tenían que entender los mecanismos de escritura, parecido a como uno debería entender el funcionamiento de los engranajes de un

reloj si se fuese un relojero. A modo de epifanía pude entender por qué las personas del taller leían de una forma tan diferente a los demás en la carrera de Letras, porque al entender esos mecanismos podrían apreciar mejor el texto, como solamente un escultor puede apreciar una escultura. La verdad es que va más allá, aprender estos mecanismos cambia la forma en la que uno ve la realidad, se lee la realidad bajo nociones lógicas diferentes, como un escultor puede apreciar la figura de una mujer con una visión que escapa a la lógica cotidiana. En fin, esto es lo que me empezó a interesar, no escribir, sino lo que conlleva.

En el taller uno nunca sabe con lo que se va a encontrar, se puede empezar hablando de teorías narrativas, luego analizar en un cuento la forma en que funciona el recurso del agua de calzón como figura literaria y terminar hablando de futuros distópicos. En el taller hay miembros tanto mayores como jóvenes, escritores reconocidos que llevan años asistiendo y visitantes curiosos. La variedad de personajes que suscita el taller y la frescura con la que ven los textos hace que de una forma te vuelva el gusto por la lectura, incluso si eres como yo era, que llevaba años estudiando libros de una forma académica y más que un acto recreativo la lectura se había vuelto un acto de escrutinio perpetuo.

# EL TALLER DE SIGALA

Jorge Manríquez

Convertir los sucesos en ideas:  
tal es la función de la literatura.

George Santayana

## 1. Mi experiencia en el taller

No puedo hablar mucho de producción de textos literarios, porque no he llevado alguno. Lo que puedo mencionar es que al formar parte del taller he descubierto lo interesante que es leer e interpretar un texto. ¿Por qué hablo de la interpretación como parte de una experiencia? Las lecturas que realiza Sigala antes de tallerear, ofrecen la posibilidad de aprender a interpretar, buscar el significado y la intención que el escritor tiene para el lector.

Todo consiste en hacer uso de la razón como herramienta. Los compañeros son parte fundamental del trabajo, sus comentarios acertados construyen el significado de la lectura. Pareciera que entre todos arman un rompecabezas. Van construyendo el cuento hasta encontrar la idea que lo mueve.

Observar al maestro Sigala sacar un par de libros de su mochila es interesante. Cuando lo veo recuerdo al mago que miraba por televisión cuando era niño. Nunca terminaba de sacar cosas. Parecía que el sombrero tenía mucho espacio. Igual que la mochila. Aunque parece pequeña en ella caben algunos libros. Siempre hay algo que compartir. La mochila es parte del conocimiento, pensándolo bien, podría ser parte de una historia como personaje junto con el mago.

## 2. Celsa y los mensajes

Hablar de Celsa es recordar que la literatura permite observar nuestra realidad para transformarla en una historia. Es interesante pensar cómo con los personajes podemos llegar a sentir coraje o afecto por la personalidad que el escritor otorga. El caso de Celsa puede recordarse como un suceso divertido, porque encontró en una compañera una amiga. N nos demostró que la realidad puede transformarse en historias que podemos leer.

Recuerdo la discusión que tuvieron por mensaje, pareció divertida, porque en algunas ocasiones pregunté por Celsa y nadie dio razón. No llegué a sospechar de nadie, ni de N, una persona que es ocurrente y puede inventar historias. (Un día yo también fui parte de una cuando me confundió con mi hermano gemelo, le platicó todo lo que según él hacía en el taller.) Ahora R no puede ver a N por la molestia que le produjo este incidente. Los que son testigos recordarán los mensajes, en los que se podía leer la molestia por escribirle a una amiga.

Pasaron algunas semanas hasta que R explicó que tiene una amiga llamada Celsa. Creyó que N la estaba molestando, pero no entendió, al igual que yo, por qué estaba en el grupo de WhatsApp del taller. No supo quién le pasó el número de teléfono a N, y por qué éste la conocía. Sin duda es una historia que merece contarse porque es parte de los recuerdos. Puede parecerse mucho a lo que leemos. Algunas ocasiones los personajes de las novelas o cuentos suelen confundirnos y molestarnos. Creo que esto fue lo que pasó con R, Celsa y N la desesperaron para hacerla parte de su historia.

## 3. César Anguiano y las cuarenta cuartillas

César Anguiano es parte fundamental de la historia del taller por llevar textos extensos. Era muy interesante escucharlo pla-

ticar acerca de política mexicana y la situación del país. Se molestaba mientras platicaba. Algunos aprendieron de él, al igual que yo, la estructura de la narrativa, que para él siempre fue y sigue siendo muy importante. Recuerdo que una vez me tocó observar cómo ordenaba sus historias y los personajes que aparecían en cada una de ellas.

Leer sus textos resultaba entretenido, pero un poco complicado por la extensión. En el taller se aprendió, gracias a él, cómo debe dar inicio un cuento y las posibilidades que tiene el escritor para cerrarlo. Para él la literatura de Francia es importante y sobre todo los clásicos. Insistía en que este tipo de textos otorgan herramientas que el escritor puede poner en práctica. Gracias a él y a algunos compañeros conocí a Joyce Carol Oates y Eduardo Antonio Parra, ese gran narrador que, según César, utiliza la estructura a la perfección. César mencionaba que estos escritores saben en dónde inicia una historia y dónde acaba. Todo aquel que aspira a escribir cuento está obligado a leerlos. Sin duda fue un asistente importante, ayudó a observar la narrativa desde un punto de vista estructural y lógico.

#### **4. Mención honorífica: la del ciber**

Hablar de este personaje resulta interesante por la labor que realizó. Transcribía los textos de una compañera a máquina. En más de una ocasión cambió palabras. Muchos pudimos darnos cuenta mientras leíamos. Para la compañera resultaba molesto porque sabía que estaba escrito de manera diferente. Llegaba muy contenta porque podría dar una copia a cada uno para que leyera e hiciera correcciones. La calidad de las impresiones era mala, algunas veces no se podía leer por estar borrosa, otras por tener líneas negras entre los párrafos. ¿Pero qué pasaría si la del ciber hubiera decidido escribir su historia, qué hubiéramos leído, cuál sería el tema y cómo lo hubiera planteado?

La imagino trabajando, replanteando la idea principal mientras el texto se niega a dejar de ser auténtico. Por qué no pensar que grita, patalea y se resiste a ser vencido. Todo transcurre en un momento de inconsciencia, mientras se esfuerza por terminar el trabajo. Todo acabó cuando mi compañera decidió escribirlos a mano y sacar copias. Ahora se puede disfrutar del texto, aunque algunas veces no entienda la letra.



## UNA MALETA CARGADA DE SUEÑOS

María Nieves Moreno Jacobo

Durante años he estado asistiendo al taller. He llorado al leer las anécdotas, bonitas, y otras no tanto. He reído por las críticas de los compañeros, pero más que nada he aceptado desbaratar mis textos y volver a empezar.

Me doy cuenta de que ya tengo una década asistiendo los sábados a la Casa de la Cultura, aunque a veces me he quedado en casa por el clima que no es adecuado para mí; los días pasan, y en casa me quedo pensando que debo entregar este cuento, el sábado.

Las penas con pan son buenas. Ahora entiendo a mis abuelos cuando hablaban de estos dichos. Yo comencé a asistir al taller en 2011, y mi padre falleció el 21 de junio del 2012. Uno no está preparado para la partida de los seres queridos. Recuerdo que el día que regresé al taller el maestro Ricardo me dio el pésame y me sentí acompañada, pensé que mi dolor era menos porque lo compartí con mis compañeros.

Otra de mis grandes experiencias en el taller fue haber conocido a don Jesús Vázquez Barragán, siete años de conocerlo compartiendo los textos. Cuando comencé a hacer mi libro *Huellas en El Rincón*, él leyó el primer capítulo, le gustó y me sugirió que se lo mostrara al maestro Sigala para que él lo revisara después de salir del taller. Nunca pensé que se fuera tan pronto, y, porque lo extraño, le dedico este texto a mi gran amigo pintor... Se fue mi gran amigo.

Después de su muerte me enteré de que fue cantante, su hermana cuenta que le gustaba caminar por los parques, su

nombre de pila fue José de Jesús Vázquez Barragán. Se fue el amigo fiel y soltero a descansar, la calaca lo recibió muy bien sin pensar que llevaba cargando en sus años una cruz, por eso siempre en el grupo su luz brillará. Lo conocí un sábado en el taller literario, comentaban que en su juventud fue como un canario. El maestro Ricardo Sigala lo apreciaba demasiado por ser el alumno más fiel y aplicado durante más de veinte años. Llegaba a la Casa de la Cultura a compartir lecturas con los compañeros. Tenía el cabello plateado, siempre cargaba un portafolio verde de plástico. Era muy caballero y a todos saludaba, Yolanda Chávez Arroyo lo admiraba.

Querido taller Sigaleano, cuántas cosas he aprendido durante esta década, eres un roble con diferentes ramas de colores que semejan el vaivén del viento. A lo lejos se escuchan los cantos, las risas, los reclamos y las felicitaciones. Mi mejor regalo es una maleta cargada de sueños, poemas, canciones, cuentos, gracias por permitirme estar dentro de ella. Una década que he estado en este taller literario.

El taller cumple su aniversario veintiséis y es el mejor regalo para mi cumpleaños sesenta y cinco, en él, donde he compartido mis textos con los compañeros Bladimir, Yolanda, Valdovinos, Chuy, Gilberto, Leo, Alejandro, Yair, don Jesús, y demás.

## ALA DE MOSCA

Azucena Rodríguez

Escribo desde la experiencia ajena, o tal vez desde mi voz confesional. Puedo escribir desde la revelación unánime o particular, desde la denuncia recóndita y perdida. Escribir desde el sarcasmo o la burla, la ironía y la mentira, desde la vil falsedad. Escribo desde la invención que aletea como un pensamiento que habita en lo cotidiano y absorbe de él la congruencia o la incoherencia. Se escribe para leer, enunciar, alzar la voz en una sala o leer en la privacidad que otorga el silencio. Escribir para narrar lo que en boca del otro se puede contar, se escribe para no callar. En cualquiera de sus formas la escritura es la evidencia de que algo está vivo y tal vez muerto; tiene forma y es amorfo; se bifurca y se entronca; evoca un sentir, un pensamiento que a su vez rememora una vivencia.

¿El solo hecho de vivir da para escribir? ¿Toda experiencia es escribible? ¿La narración de una mosca volando importa? Ramón López Velarde en la sexta estrofa de su poema “La última odalisca”, alude precisamente a ese insecto

Voluptuosa Melancolía:  
en tu talle mórbido enrosca  
el Placer su caligrafía  
y la Muerte su garabato,  
y en un clima de ala de mosca  
la lujuria toca a rebato

La escritura es un atrevimiento. La escritura plasmada en un texto es el desdoblamiento del pensamiento. El pensamien-

to es la escritura privada y personal que surge en el cerebro y comulga con la conciencia, está ahí contándonos una historia, a veces llega sin forma, pero con algo de contenido, otras veces no tiene cuerpo, pies ni cabeza, o al menos eso creemos. Un pensamiento recurrente es la reescritura de algo que ya se había escrito de forma íntima “voluptuosa melancolía”, es ese acto de edición cerebral que a la escritura le viene bien, que esclarece ideas y da lugar a las palabras.

Todas las palabras tienen su lugar en la escritura, en el pensamiento y en la vida misma. Son las palabras las que le dan nombre a todo lo que nos rodea. Enuncian a las personas, las acciones y las cosas, les dan cualidades y nos especifican su número, género, lugar y tiempo. La escritura se materializa en el texto, deja de ser mero pensamiento y trasciende la frontera de lo personal y privado, dispuesta ahora como un cuerpo literario para ser leído, observado y tal vez analizado.

Analizar un texto desde su interior es volcarse en él, leerlo y releerlo. Editar un texto es enunciarlo en voz alta, repetirlo, escudriñar cada una de sus palabras para desmenuzar su contenido más allá de la estructura, ya sea cuento, ensayo, poema, crónica, dramaturgia o novela. La edición de un texto que se ha tallereado es el aleteo de una mosca alzando el vuelo hacia otras superficies en las que su autor no había aterrizado. Se puede editar un texto de forma personal, no hay duda, pero el que otros lectores escuchen y lean un texto en construcción abierto a críticas para su mejora, es la opción idónea para aquellos lectores a quienes la escritura llama. En el taller literario del maestro Ricardo Sigala, al que me he sumado recientemente, se hace un ejercicio de introspección entre la lectura y la escritura.

Para llegar a la escritura hay un solo camino, el de la lectura, es el grito ecuánime de mi maestro. Las recomendaciones literarias de Sigala abren la sesión de cada sábado, sentados en

torno a una mesa se encuentran aquellos a los que la literatura en cualquiera de sus formas también llama, importa, habita. Ricardo, como nunca le decimos, tiene dentro de su mochila al menos cuatro libros para cada encuentro sabatino, todos los ha leído y releído, los conoce bien y siempre son recomendaciones diferentes. Son libros de su vasta biblioteca personal, me han contado que en su biblioteca hay una casa. Él mismo es una biblioteca andante, y a su vez es el mejor bibliotecario fugitivo que conozco. Es a través de los escritores y las lecturas que lo apasionan la forma en la que comparte su mundo literario, a él le escuché parafrasear la frase de Borges que dice “uno llega a ser grande por lo que lee y no por lo que escribe”.

Escritor y lector ávido, de esos lectores que no se encuentran ni en las universidades, el profe Sigala rompe el molde con su cátedra, alejada de las aulas normativas. Ha elegido por más de veinticinco años, un lugar en donde prevalezca la lectura y la escritura por sobre cualquier aspiración de dominio entre profesor y estudiante. En el taller, somos lectores a los que nos gusta escribir. Apreciamos que Sigala nos sorprenda con una nueva lectura y que, entre todos los presentes, los que acudimos a su taller, se puedan “tallerear” los textos de nuestra autoría, esos que nos atrevemos a compartir. Nos despojamos de toda esperanza, sabemos que el texto va a ser leído con voz crítica sin llegar a la despreciable adulación, porque la intención del taller no es sentirnos fragatas a pleno vuelo, más bien somos moscas limpiando las alas.

Al texto se le harán sugerencias, recomendaciones de quienes ese día den su opinión mediados siempre por nuestro maestro, los textos son leídos y releídos, vueltos a leer, es el aleteo de la mosca encontrando sentido al vuelo. Porque en el taller no solo llevamos los textos para que sean despedazados o desmenuzados, los compartimos precisamente para eso, para

darle oportunidad al texto de resignificarse a los ojos de otros lectores.

El panorama lector en los textos que se tallerean, siempre encuentra los mejores comentarios: los que matan al texto. Los que testifican de qué parte cojea, pero sobre todo los que atienden algo importante: lo que le sobra al texto. Eso que está ahí pudiendo no estar, eso que no tiene sentido o propósito. Aquello que al autor hace sentir culto, ensimismado o certero, tal vez único. Pero no solo se mata al texto, se le resucita para que no vuelva a morir a la vista de otro lector. Hay algo interesante en el taller literario, a nadie se le dice cómo escribir, y todas las observaciones que se le hacen a los textos, pueden ser o no tomadas en cuenta. Y entiéndase como muerte el que el texto se quede ahí y no vaya más allá del papel o que no trascienda el lugar en el que se escribió; y no me refiero solo a que sea publicable, sino que sea leído por otros lectores y genere algo. Porque como lo dice Leila Guerriero “Leer ficción entre otras cosas adiestra el oído, desarrolla el sentido del ritmo, ayuda a encontrar un estilo propio, produce humildad y omnipotencia —y, por tanto, ganas de escribir”.

Porque si leemos y encontramos entre nuestros recovecos algo que decir, algo que enunciar o algo que escribir, entonces vamos por el buen camino del sufrimiento, el que nos conduce a escribir nuestros pensamientos. Aquello que nos inquieta, que nos vuela en la cabeza y al volcar en el texto lo que en nosotros existe como ese “clima de ala de mosca” que Velarde visualizó, tal vez entonces también podamos ver a la “lujuria tocar en rebato”. Pero como la misma Guerriero clama y pide, salvándonos de “esperar que lo que escribo —o digo— le importa a mucha gente”.

Entre tantas gentes que he conocido, al profe Sigala lo conocí hace diez años, en un aula del Centro Universitario del

Sur, tú pintas ¿verdad? Fue la pregunta que me hizo. Es directo y sus emociones siempre las detona la literatura, recuerdo de él otra cita de Borges que llamó mi atención: “el lujo me parece una vulgaridad”, nos explicaba el movimiento Kitsch, plagado de excesos, en una de las clases de la asignatura “Taller de poesía” que era una materia optativa y que solo porque Sigala la impartía, todos los estudiantes la cursamos, al menos los de la generación 2012-2016, ahí estuvimos atentos a la voz de nuestro maestro. El taller literario del profe Sigala es ese lugar al que se puede llegar sin previa cita y en el que siempre son bien recibidos los lectores y aquellos que aspiran a la escritura.

## LAS MALAS MEMORIAS

Alejandro Valdovinos

Del taller sabatino de literatura sólo tengo malas memorias, o, dicho con otras palabras: recuerdo muy poco. Aunque considero que haberme preguntado a mí fue un terrible error es algo que agradezco. Me faltaba ejercitar mi oxidada memoria. Empezaré por lo seguro. Y es que recuerdo bien dos o tres cosas. La primera es que el tema central era la literatura, pero por favor no me preguntes la definición de esa palabra porque esa es una duda que siempre tuvimos. La segunda certeza es que se llevaba a cabo los días sábado. Lo que no recuerdo es si asistí uno o seiscientos sábados. Es algo irónico ya que en ese taller aprendí que la función de un libro era la extensión de la memoria. Pero de lamentos están llenos los panteones y usted no vino aquí a llorar. Volvamos al taller. En estos momentos no me atrevo a asegurar si era en la Casa de la Cultura o en la Casa del Arte. Más de una vez me confundí. Debo reconocer que no me queda claro ni quién asistía ni cuántos éramos. ¿Hubo sesiones de dos personas? Posiblemente. No recuerdo si llegamos a ser tan pocos que sólo el eco sugería abordar el desenlace con mayor audacia, un inicio más contundente o no caer en el error de usar las triadas. Pero a veces éramos muchos, quizá cientos. Unas veces fuimos mesas cuadradas, otras jugamos a ser redondos. Y, aunque no recuerdo bien, Arturo me dijo una vez que también nos acomodábamos como el centro de una esfera sin diámetro. La única figura que soy capaz de reconocer sin dudar es el rectángulo. Casi siempre blanco. ¿Lista de asistencia? Creo que no usábamos. No era necesaria. Asistíamos porque queríamos y nos íbamos cuando nos corrían. Solíamos



estar presentes en cuerpo y mente. Otras a veces en cuerpo y otras nomás en la mente. Imposible distinguirlo sólo por el recuerdo. Porque de nosotros nunca escribíamos.

Hay quienes se fueron y dejaron su sombra, otros sus palabras y de otros sólo nos quedamos su silencio. No recuerdo quiénes, pero constantemente venían a visitarnos forasteros en forma de fantasmas y se colaban como aire por debajo de la puerta y de la misma forma se marchaban. Algunas veces se contoneaban entre nuestras gargantas, amenazando con palabras filosas y atemorizantes sentencias de desesperanza. Nos hablaban de un mundo imposible pero que tenía que ser verosímil. Se mezclaban los límites de la intención con la interpretación. Y el ayer con el hoy, y el hoy con el mañana y el mañana nunca (y siempre hay que evitar los nunca). Las palabras formaban arcos venenosos, beatos, transparentes, luciferinos, gloriosos, humillantes o por resumir a falta de tinta: humanos.

De esos fantasmas ponzoñosos tampoco recuerdo quiénes estaban muertos y quiénes vivían, por qué llegaban o cuándo se irían. De ellos recuerdo sólo su voz. Y es que era común que algún miembro del taller muriera, pero su resurrección era inevitable. A veces dejan sus huellas como las cicatrices enmarcadas en madera. Tengo una vaga sospecha: creo que fabricábamos libros. Recuerdo que llegaban despedazados y despedazados volvían. Había libros con pies pero sin cabeza. Libros con dudas, libros respuesta. Libros espejos y libros ajenos. Y aunque podíamos ahogarnos en el papel, recuerdo que de algo más hablábamos. No recuerdo bien de qué era. Pero es seguro que no era solamente literatura. También mal recuerdo un piano desafinado y diez gargantas y cien guitarras que aplaudían. También olía a flores, a café, a tierra fértil, o hierro golpeado.

Y aunque no recuerdo si asistí una o seiscientas veces, de lo que estoy seguro es que Ricardo nunca faltaba.

## PERIPLO SABATINO

Edgardo Aguilar

Hoy les compartiré uno de Borges ya descansaremos bien a bien cuando estemos muertos riqui ran riqui ran los maderos de San Juan como dijo Homero ¡cerveza! está abierta la convocatoria hoy nos portaremos solemnes porque tenemos nuevo ganador uno de nuestros miembros se encumbra si alguien cree que hablo en doble sentido que venga y me lo pruebe maestro qué no la poesía tiene más de un sentido ¿alguien quiere más café? yo traigo galletitas como que algo aquí me hace ruido parece un verso del siglo XVIII mucho lugar común a la prima se la rima ¿Nietzsche murió loco o nació loco? Dios ha muerto cuándo fue el velorio *Indicios* fue el último libro que prologó yo señores soy de Zapotlán el grande y cabezón agarra la onda la cosa no va por ahí como que al final se te cae desde el principio no se sostiene buen uso de la lengua me recordó a Nandino sí es muy bonito sobre todo me gusta la parte del conejito rasurado falta alargarlo para que sea más disfrutable el tamaño no importa ni el género qué te hace sentir ¿profundidad? dices que le falta profundidad cuántos libros has publicado no-vato también humildad lo importante es encontrar tu propia voz sos un pelotudo no me buhques sha hay dos clases de escritores umbilicales e ingeniéricos ¿20 poemas son suficientes para construir una casa? y un final inesperado yo siento que trata de decir una caca benemérita ¿Son necesarios cinco narradores para una minificción? el autor no importa cambiar el título ¡ganó el Atlas! Cuántos textos faltan metáforas muy rebuscadas historia inverosímil ya no alcanzamos a revisar todos ya pasa de las dos puntos suspensivos nos vemos el siguiente sábado...

## HOMBRE SUR

Paulina Velázquez

Doctor, los locos sólo somos otro cosmos,  
con otros otoños, con otro sol.  
No somos lo morboso; sólo somos lo otro, lo no ortodoxo.  
Otro horóscopo nos tocó, otro polvo nos formó los ojos,  
como formó los olmos o los osos o los chopos o los hongos.  
Todos somos colonos, sólo colonos.

Oscar de la Borbolla

El sonido entró y mi sangre se agitó como bebé recién nacido; la batería se escuchaba lenta, el bajista cerraba los ojos, musitaba el zigzag sanguíneo, el guitarrista rasgaba con una garra filosa, tal vez de gato tal vez de perro salvaje. El bar se sentía igual; pesado y lento. Estaba borracha, pasaban de las cuatro de la mañana. Mis amigos estaban dispersos en los polos del lugar; en el subterráneo, el dj y las mesas para bailar, enfrente el bule; luces nebulosas, mujeres desnudas y cubetas con ampollitas; aquí, una banda que narraba las *vocales malditas* de la acústica: ¡*Los locos somos otro cosmos!* Todos estábamos dispersos como si nos hubiéramos convertido en sonido y ritmo. Dispersos como es la vida animal, nuestra vida. Dispersa, dije. Pensé en aquel sábado por la mañana y como si todos los sábados por la mañana fueran música, vino el Hombre Sur a mi memoria. La imagen de él con su gran oreja que aleteaba tratando de encontrar el ritmo en nosotros. El Hombre Sur era un ser de acústica, su sangre tenía la forma de notas y letras, y es que la Literatura siempre entra como una canción. El Hombre Sur rascaba su barba, después acariciaba el oráculo que siempre

tenía forma de libro, observaba detenidamente qué le deparaba a esta región llena de iglesias, cuetes y lagunas oníricas que se extienden y enredan en la cabellera del nevado. Pero qué sé yo, dije, qué sé yo de él, los seres como el Hombre Sur se conocen fragmentados, sólo eso.

La baqueta rozaba lentamente el platillo, ondulando el sonido como si fuera una llama. La verdad es, me dije mientras di un trago tibio a una cerveza aún más, después de tantos sábados en el santuario del Hombre Sur, no lo conozco, no conozco a nadie. Nunca he visto sus rostros, porque cuando cargas un vicio tan corrosivo andas entre sombras, cuando te enajenas y enfermas de Literatura la realidad se estropea, con el calor se hace líquida y con el frío se cristaliza. Estoy segura que la historia del Hombre Sur era un pergamino antiguo, borrado y carcomido. El tiempo en el santuario del Hombre Sur siempre nos redujo a cenizas, no importaba quiénes éramos o de dónde veníamos, sólo importaba el ritmo y la Literatura, las transformaciones ficticias de la realidad, todo lo demás ha sido intrascendente. Como cada sábado el Hombre Sur danza, el danzar no es otra cosa que leer las páginas más anheladas de su ombligo. Su voz relató *Zapotlán* de Guillermo Jiménez, nos hizo gustar de un escritor que estaba escondido entre el adobe de alguna ruina o entre la costilla de algún Cristo del siglo XIX. Para el Hombre Sur no basta hablar de Rulfo o Arreola, no basta decir que la literatura es compleja y plural, habrá que nombrar las voces encerradas en todos los libros; los de moda, los medievales, los griegos, los latinoamericanos y hasta los nórdicos ¿por qué no?... incluso los que no se han escrito.

Y es que, todos los que asistimos al santuario tenemos lepra literaria, lo que Vila-Matas definiría como el “Mal de Montano”. Así, con esa lepra en la sangre y los ojos, estoy aquí, a punto de bailar con el viento del sur, y es que la lepra literaria

no se esfuma cuando sales del santuario o cuando te desnudas, más bien se intensifica. Siempre quieres más, se instala un hambre que nunca queda satisfecha, se alborota el instinto y con este la tragedia, la ansiedad, nos convertimos en Penélope, tejiendo y destejiendo las letras, esperando, esperando que Ulises nos convierta en su Ítaca, que Ella, la Literatura, nos haga suyos, nos penetre todos los orificios como Palinuro a Estefanía, o siquiera, con un poco de piedad y suerte, nos señale con su dedo de creación, de soplo y costilla. Tenemos lepra, dije lentamente como lentamente sentí que el sonido del rasgueo llegaba al fondo de la madriguera, atravesaba un espejo donde tal vez nos multiplicaríamos.

Pasaba de las cinco de la mañana y mi cuerpo entumido por el frío se convirtió en una estatua de sal, no veía de lejos a Sodoma, sino dentro de la ciudadela, yo soy de las que no mira atrás a la distancia, soy de las que vive en la melancolía, me dije, los leprosos somos melancólicos y salados. Habría que decidir un camino; irme a dormir y terminar de amanecer en cama, o seguir envuelta en la música y la neblina de la laguna que ya había entrado al bar. Siempre hay que decidir un camino, dijo una mano que me tendió un cigarro. Un cigarro que desee que hubiera sido Delicado y no Chesterfield, siempre la melancolía. Yo también había escogido algunos caminos, por ejemplo, la mañana que conocí al Hombre Sur en los pasillos de la universidad, había escogido el camino de las letras. En el rostro del Hombre Sur se vislumbraban las profecías de aquella región crístera, el entusiasmo infinito por contagiarnos la lepra. Pero en aquel tiempo yo era una simple peregrina, que miraba de lejos el santuario. Tuvieron que pasar muchos desastres y batallas para que escogiera el camino que siempre me ha asediado con su sombra. Mi intuición, aunque maltrecha me había advertido, les temía a las sombras de la cueva, al golpe de su látigo, a dar-

me cuenta como Capote, que hay una gran diferencia entre escribir bien y mal, pero existe un abismo entre la buena escritura y el arte verdadero ¿Por qué no entraste al santuario al séptimo día? pregunta un zapato que extiende otro Chesterfield. La Literatura es un toro bravo, un toro indómito, te enviste con toda su fuerza, y con sus grandes cuernos afilados te atraviesa los órganos, a veces, te despelleja en un instante, respondí mientras mi vejiga me ordenaba desalojar.

Muchos caminos me llevaron por senderos espinosos antes de volver a tener un encuentro con el Hombre Sur. Y es que uno siempre se dispersa antes de encontrar su destino. Los músicos estaban en silencio, ahora la música era invisible. El tiempo nos hace invisibles, digo más borracha que antes. Recuerdo al Hombre Sur en las épocas que mi vida se derretía en borracheras espesas en que nadie sabía cuándo o dónde terminaríamos. Ahora estaba demasiado ebria, pero no me encontraba en aquella época, hoy sabía exactamente dónde terminaría, tenía la certeza que el próximo sábado entraría al santuario del Hombre Sur. Tuve una visión del futuro o del pasado; vi al Hombre Sur disfrazado de juventud con un bajo y una camisa psicodélica tocando en un grupo que se hacía llamar Los Maderos de San Juan de Dios. Siempre anduvo en busca del ritmo y el sonido. San Juan, repito sentada en la taza de baño viendo mi cara demacrada a la distancia; San Juan, San Juan, Susana San Juan, Juan, Juan, Juanito, Juan José, Juan Nepomuceno, Ju, Ju, Ju, Jorge Cuesta, Jorge Borges, Julio Cortázar, Juan Gelman, Joyce, Joyce Carol Oates, J, J.J nado entre las jotas como si fueran olas.

Me siento en la barra a ver mi reflejo en el espejo que multiplica botellas, me pregunto como si le preguntara al otro yo de Borges (que también me lo enseñó el Hombre Sur) ¿cómo era el santuario?... guardo la tensión y el suspenso, como el

Hombre Sur enseñó. Era un matadero, responde mi otro yo, era una corrida interminable donde todos tratábamos de cansar a la literatura para poder dar la estocada. Un coliseo donde cada sábado intentábamos a través de papel y tinta entretener al emperador, no el Hombre Sur, sino la Literatura misma, la altiva Emperatriz. Porque no hay que olvidar, la Literatura tiene muchos rostros. Nunca hemos logrado dar más de tres estocadas en una sesión. Hemos tenido corridas épicas, pero la gloria nunca nos ha mirado a los ojos. Cuento las monedas en mis bolsillos, no me alcanza, susurro mientras el barman que antes era baterista anuncia que en algunos minutos apagará las luces. En esto de las borracheras tengo suerte, incluso podría decir que no sólo en las borracheras, tuve suerte al cruzarme con el Hombre Sur. Un viejo amigo me dice que él pagará tres cervezas, sólo si me quedo como en viejos tiempos.

¿Cuáles son los viejos tiempos? Aquellos, responde, cuando hablábamos de cosas que no entendíamos, pero hablábamos y la madrugada se convertía en un plato de chilaquiles y películas al anochecer. Le doy un gran trago a una cerveza más que fría. Mi viejo amigo pregunta, ¿por qué estás hablando de toros y ruedos? Porque para un gran toro, un gran torero. Ríe y como si leyera mi mente enciende un Chesterfield. Te estoy esperando, dice el vegano, que tiene horas esperando que yo termine mi última cerveza que se ha convertido en diez. Y es que todos estamos en las *Cumbres de Babel*, todos hablamos con lenguas distorsionadas ¿Todos? Sólo nosotros tres, porque el barman ya se ha ido. Sólo dos, porque el vegano, que era mi rai, ha terminado por constatar que mi límite es la definición de incierto. Sólo queda mi viejo amigo, recargado en la barra con los ojos en el sueño de música. Sé que aún resta un ritmo en la acústica del sonido, en el bar desolado, un dejo, sólo un dejo en las uñas de mis manos, en el Sur. Se está agotando

como se agota la sangre en la vida, como se diluye su color rojo y violento. Por eso volvemos al ruedo, siempre volvemos al santuario. Nos gusta derramar sangre, nos alimentamos unos con otros, y si la herimos a Ella, bebemos sus gotas para poder seguir vivos. Y de nuevo Vila-Matas, somos vampiros literarios.

La verdad es que la Literatura nos está matando. La verdad es que terminó por hacernos sus esclavos, somos sus perras ¡Gracias al Poeta existe el Hombre Sur! Cada sábado como el guardagujas, con una pequeña lámpara que parece de juguete, nos indica el camino a la estación, nos cuenta que hay muchos trenes, que unos tardarán toda una vida en llegar, que tal vez moriremos en el viaje, por eso hay vagones capilla y cementerio, que tal vez nunca nos lleven al destino deseado... son trenes demasiado inciertos, dice el Hombre Sur y luego se transforma en otra cosa. Bebo la segunda cerveza y me doy cuenta que tengo cierta sobriedad. Sí, el Hombre Sur no nos promete a dónde irán a parar nuestros cadáveres, no lo sabe de cierto, pero supone que el destino no importa, que existe un placer más grande y no precisamente se encuentra en el fin. Sus ojeras pronunciadas son las marcas del juego de la Literatura, un juego, eso es. El viejo amigo hace la pregunta, la pregunta obligada ¿ya viste *Rick y Morthy*? No, respondo secamente. Entro al salvajismo de la borrachera y destapo la tercera cerveza. El viejo amigo se da un golpe en la frente ¿Por qué no? Pregunta como siempre lo hace. No quiero contribuir al borreguismo. Sonríe, me provoca e iniciamos la vieja discusión. Doy algunos matices diferentes para no sonar repetitiva (evitar lugares comunes, eliminar la paja, principios básicos del Hombre Sur). No me llama la atención conocer las aventuras de un científico loco, acompañado de un niño que le sigue la corriente, guiño un ojo a mi otro yo en el reflejo de la barra y digo, buena esa, para eso existe *El Quijote*, ya hemos hablado de él y Sancho,



vuelvo a soltar un guiño. De pronto el Mal de Montano llega, el vértigo de la lepra literaria, esa obsesión por ver todo a través de Ella, la esclavitud.

El bar ha cerrado y la claridad desconcierta suavemente. Es domingo. Hay ojos por todos lados, dice mi viejo amigo titiritando de frío, yo también titirito. Hemos llegado al fin. El fin es una palabra tan pesada y a la vez tan efímera, sólo dicta la circunferencia de un espiral. Eso es el Hombre Sur, digo con la nariz roja, el curso de la historia y el siempre volver a empezar. El hombre que ha venido a equilibrar la violencia de la Literatura. Y más que nada, es quien mantiene el equilibrio entre la vida y la Literatura, y sobre todo para que nunca olvidemos que Ella es sanguinaria, pero nunca miente.

## ERA UN PAJARILLO DE BLANCAS ALAS

Isaac Álvarez

Ella es como una de esas mujeres con ojos de gata, cuando te pasa un dedo por la espalda debes corresponderle con tu mano debajo de su falda. Luego te preocupas por preguntarle cómo se llama, de dónde viene, sus intenciones, su cumpleaños y esas chorradas. No hay otra cosa que deba importarte más allá de tenerla cuando ella te esté dando la oportunidad porque, tú no sabes, pero, quizá después se le vayan las ganas. Las oportunidades no vuelven. Las que tienen ojos de gata tampoco.

Es reacia, le gusta la parranda, la bronca, ser de aquí pero también de allá. Le gusta andar de mano en mano, de dedos en dedos. Por la noche se maquilla, se pone guapa, se va a beber como recién pagada y se va con el que tenga más agallas.

La conocí un sábado al poco tiempo de haber llegado. Yo quería confirmarme cuando todavía ni llegaba a la primera comunión. La noche turbia, el humo hediondo a cigarro, el piso pegostioso, las luces neón parpadeantes cegaban y yo bailaba, queriendo que ella llevara el compás que le marcaba. Terminé bailando a su cadencia, arrastrado entre el aire viciado y ese olor a fragancia barata de su melena. Nunca hice que bailará el son que yo quería. Cuando nos íbamos a dormir en la mañana llegué a intentar ponerle rienda. En vez de mascar el freno terminó masticándome a mí y decidiendo por dónde seguir. Y yo la seguí.

No todo fue malo, claro. Sí, de repente acababa con mis ánimos, de repente me desesperaba, la dejaba, me iba lejos. De repente la buscaba de nuevo. Ese perfume en su pelo siempre

me pudo más. En las mañanas de aquellos sábados hablaba con amigos que me daban consejos de cómo dominarla, de cómo hacer para ponerla a raya. Por la tarde lo meditaba y por la noche me fajaba bien los pantalones para ser el hombre de la relación; ella terminaba por desabrocharme los pantalones. Incluso terminó por decidir qué día sí y qué día no mis pantalones se desabrocharían. Maldita desgraciada, fue entonces cuando supe que quería casarme con ella.

Las muchas veces en que me alejé fue por cuestión de salud. Me di cuenta que no era bueno para mí colon seguir con ella. Llegué incluso a buscar a su hermana, no sé si con el afán de venganza o por creer (con honestidad, eso sí) que con esta otra tendría lo que la mayor nunca me dio. Después de aquello, mis amigos, esos que frecuentaba los sábados, siempre terminaban por decirme que le diera otra oportunidad, que me hacía muy bien estar con ella, que me veían futuro a su lado. Creo que fueron buenos amigos hasta ese día.

Tampoco quiero reprocharles el que me tuvieran tanta fe, pero la cuestión es que no debieron habérmela tenido. Aquel asunto se infló tanto que me llegaron a convencer de que legítimamente había para mí un futuro a su lado. Me lo tragué completito. Me convencieron de mi destino, uno luminoso y prometedor. Me convencieron incluso de tener fe en lo que hacía. Obviamente después de aquello me empezó a ir mal, comencé a ilusionarme al punto de creer fervorosamente en cosas como el arte, el amor o la monogamia, bendito Dios. Me avergüenzo de reconocer lo crédulo que me volví.

Tampoco pude enojarme con ella. Ella es así, a ella le gusta ser de aquí pero también de allá. Yo ya lo sabía. Incluso me lo advirtió cuando le dije que estaba enamorado, ese día ella dijo “no seremos exclusivos ¿de acuerdo?”, y yo, que estaba en ese sesgo esperanzado de mi vida dije para mis adentros *la haré*

*cambiar*. Qué fallo. Cuando no le daba atención se iba de sábado en sábado con alguno de mis amigos, pasando por todos, correspondiéndoles del modo en que conmigo nunca hizo. Ni siquiera entonces pude enfadarme con ella. No pude reclamarle nada. Supuse que era una prueba de resistencia o algo así y el reclamo caía siempre sobre mí ¿Acaso no soy suficiente para ella? Porque mira que irse con ese pedacito de hombre frente a mí..., ni la burla perdona.

Me cuestioné, me reinventé, me acoplé a ella, a su cadencia, a su paso. Le di la libertad que cualquiera hubiera querido. Nunca volví a intentar someterla. El sometido terminaba siendo yo. Cada sábado ella terminaba por reescribirme, tachonarme, corregirme, reacomodarme, borrar y volverme a escribir. Al final creo que le di demasiada libertad y ese fue el problema. Ella buscó otros brazos, unos más fuertes que los míos, unos que sí le pudieron asir la rienda como yo no pude. Terminó por quedarse con alguien y hasta su postura cambió. Alguien que le decía cómo hablar, qué palabras no usar, qué actitudes no tener. Alguien que le dijo “no hagas esto porque te ves mal” y ella obedeció. Tengo la esperanza de que un día de estos se dé cuenta que necesita la misma libertad que llegó a tener, que estaba mejor antes, que vuelva.

## LA LENGUA DE LAS BESTIAS

Yair Ascensión

Los días en honor a Saturno las bestias se juntan a realizar un extraño oficio. El lugar de reunión es una torre que emerge del centro del valle. A la cita llegan algunos changos con delirios de humanidad que afirman que *pertenecemos a una triste especie de insectos, dominada por el apogeo de hembras vigorosas, sanguinarias y terriblemente escasas.*

Se burlan de mi especie por ser estrictamente herbívora. Dicen de mí que soy inculto por amar el rugido de los tigres y el canto de los tucanes, quejumbroso por hacer evidente que los puercos se hacen patos, y me tachan de cabra loca por denunciar el exceso de estiércol que se junta en la punta de aquel cerro. Pero, cómo me van a entender esas bestias, si, como hace milenios, habitamos una torre sin una lengua en común, en un *pueblo multicolor y palabrero donde todos graznan y nadie se entiende.*

La única cabra de mi rebaño fue parida por una gaviota. Quizá eso explique su exceso de pico. Aunque conocemos a sus parientes cercanos, su genealogía es inexacta y en el llano sólo circulan rumores. Algunos afirman que sus antepasados descendieron de un barco con especímenes procedentes de Italia, otros, que en la pampa hay una misteriosa alimaña que camina con la frente marchita: afirma odiarse y lo celebra, mientras otros recuerdan que en una ocasión defecó en un lugar inapropiado. Por eso algunos borregos asocian sus cuernos con el maligno. Poseen la ingenuidad necesaria para confundirla con una serpiente.

La tarántula teje historias y se enreda entre tanto palabrerío. Con arranques de pintor expresionista, de su boca chorrea

nostalgia y desolación. Las vivió en carne propia cuando se arrastraba por la ensangrentada tierra caliente. El azar —eje rector de su vida— la llevó a viajar por la costa, donde sigue perdida en busca de sí misma: ¿por qué una tarántula escucha música para camaleones? ¿qué hace una tarántula en las playas del pacífico? Se pregunta luego de lanzar una bocanada que se funde con las nubes del incendiado atardecer marino. *El deseo es una carreta que viaja hacia la nada*, piensa mientras organiza otra rifa para su eternamente postergada travesía por *las europas*. Caminando por el boulevard de los sueños rotos, la tarántula sostiene interminables charlas con los alacranes. Les confiesa que su genio proviene de su ombligo. Tremenda desilusión se va a llevar cuando se percate de su condición ovípara.

Aquí ya no cambiamos gato por liebre, y es que el tonchi es nuestro pez gordo. Sus ojitos de panza de luciérnaga parecen llenarse de lejanía al recordar su pasado. Atrás quedaron los tiempos en los que fraternizaba con ratones de biblioteca, ahora se codea con distinguidas ratas del Mazo tricolor. Hace tiempo afirmaba que su maullido vertical no tenía competencia en estas tierras y su insaciable búsqueda de aventuras lo llevó a ronronear hacia el sur, pero se dio cuenta de que su verdadero hogar es este redondo valle envuelto en maíz. Aquí se dedica a arrancarle al mundo pedazos de fealdad.

Las bestias anteriores se aferran a su condición terrenal, sin embargo, este no es el caso de la coneja, un ser fantástico en toda la extensión de la palabra. Su reino no obedece a la aburrida lógica mundana. La ficción es su realidad. Ante cualquier amenaza de lógica terrestre, se autoexilia al país de las maravillas. Desciende a un abismo de fantasía y con un misterioso sombrero organiza fiestas privadas en su madriguera.

El oso comienza a hacerse notar en el valle, y no es por su pantagruélica figura, sino por su delicado gruñir parisino, que

lo llevó a viajar desde las islas de la penitencia hasta la tierra de los lagartos de jalea, donde alguna vez tuvo lugar la mítica Tenochtitlan. Al parecer estos cambios de hábitat afectaron su comportamiento, ya que pasa de ser un adorable osito de peluche a un depresivo y atormentado cazador en serie. Su inestable actitud tornasol no le impide mostrar al mundo su alma de siete colores.

El jirafón nos mira siempre por debajo del hombro. Y no es para menos: es de los pocos animales que arañan las cumbres. Con su bemólica voz de cíclope guía al resto de la manada. Por su distanciamiento con la tierra, hay quienes lo confunden con el altísimo, sobre todo la foca, que con su andar errante se hinca en cualquier pesebre y su único oficio es juntar en repetidas ocasiones sus manos ante cualquier cacaraqueo.

El chango llegó saltando entre los árboles desde la selva. De su boca emerge una mortífera fragancia que nos recuerda lo efímero de nuestra existencia. Muy mono, según él, nos delega su muerte con voz metálica mientras nos ofrece golosinas de su tierra.

En los rincones oscuros de la torre, se vislumbra la mirada inquisidora del buitre. Cada que las pollitas se acercan, y se resisten a ser devoradas, esta carroñera ave las ahuyenta con su discurso positivista. Su sensorial canto plagado de sentimiento es únicamente equiparable a la emotividad de los informes militares que tienen lugar en la hermana república de las moscas. Por sus invaluable contribuciones a la industria farmacéutica, y porque su canto hace de este mundo un lugar mejor, su obra merece el premio Nobel, pero de medicina, por sus innegables aportes a la lucha contra el insomnio.

Para contrarrestar las innecesarias, absurdas y acaloradas discusiones de las bestias indeseables, llegan las Nieves de ene-

ro procedentes del Rincón. Tuercen el cuello al buitre de engañoso intelecto, con la Luna como relevo de lujo reflejándose en *Los mares de plata*. A ella le debemos algunos aportes a la incipiente industria editorial de la región, gracias a los cuales se reducen al mínimo la cantidad de elementos en la plantilla de trabajo.

Es necesario esperar a que la tarde se aleje y la oscuridad llene los rincones de la torre para que del blanco techo descienda el murciélago, un diminuto espécimen pelón, con suelas firmes y afiladas garras. Su oficio es vigilar las huertas durante la noche. Por su aspecto de vampiro, corre el rumor de que es el chico temido de la manada, pero nada más lejano de la realidad. Es un pacífico y despreocupado animal de pocas palabras. Su único miedo es estar casado, pero ser cazado no le quita el sueño porque, según él, *no es otra cosa la vida, que la suma de muchas muertes*.

El pingüino presenta un rasgo distintivo en su comportamiento que lo asemeja al tigre: diario trae las mismas garras. Sempiternamente de traje al más puro estilo de los intelectuales del siglo XX, el saquito que porta con altivez —con las posaderas erguidas y el meñique levantado— cumple la misma función de la bata en los médicos: es un símbolo de categoría y un claro distanciamiento del vulgo, esa masa poco hábil para deconstruir los impulsos que subliman el inconsciente.

Hasta el fondo del zaguán, entre una humeante atmósfera de nicotina, la rana, ya entonada, entona sus composiciones. Sus inconmensurables ojos de pescado parecen sorprenderse de su entorno, sin embargo, su mente se encuentra a kilómetros de distancia, en estanques lejanos donde sin tapujos canta a los hombres que se visten de mujer.

Al igual que los cerdos, volteo pocas veces al cielo, sin embargo, me llega el halo de luz que emite el búho desde las



cumbres de Babel. De él se dicen muchas cosas, que devora mentalmente los textos de los animales antes de destruirlos y devolverlos en cachitos, con previa felicitación por el buen ejercicio, que voló más de 100 kilómetros al sur en un periplo digno de la literatura griega, que su llegada convirtió un valle descolorido y plagado de aguacates en un jardín de las delicias, que nunca duerme, y bajo sus ojos cuelgan un par de bolsas turcas capaces de almacenar interminables noches de lectura, o que Tiresias, el sabio que recientemente alcanzó la eternidad, lo vaticinó como el heredero natural de la corona de laureles.

Yo no lo sé de cierto, pero supongo que para hacer hablar la misma lengua a los animales, hay que tener ciertos poderes. La luz que emite el búho devolvió el resplandor al valle, lo hizo emerger de las tinieblas. Con su canto arrebató algunas perlas a los cerdos, sin dinero hizo bailar al perro y al ritmo de los maderos nos enseñó a domar quimeras.

PARA EL NIÑO QUE LLEVABA  
AL TALLER SUEÑOS DE CIPRESSES

Jaime Jordán Chávez

Verde, que te quiero verde.  
Federico García Lorca

Niño verde, tan verde  
que en cada mirada tuya  
puedo respirar la selva.

Tú que trajiste al taller  
sueños de cipreses  
en vez de copias de papelería,  
tú que eres arrancado del hombre  
como si fueras maleza,  
dame una sonrisa  
para que me sirva de luna.

Nunca te dejes domesticar;  
sigue hablando con los árboles,  
aquí hay sobrepoblación  
de ovejas mecanizadas,  
aquí faltan niños salvajes  
que hagan poesía en el lodo  
con los pies descalzos.

Prosigue con tu juego;  
dale vueltas y vueltas a la palabra  
como si fuera un reguilete.

## LA PEOR MANERA DE ECHARSE UN POLVO

Alejandro von Düben

La literatura trata de todo lo humano  
y los humanos estamos hechos de polvo;  
si uno desprecia mancharse de polvo,  
no debería ponerse a escribir.  
Flannery O'Connor

Este texto ni siquiera es una versión inicial:  
te quedaste sin lengua antes de escribirlo.

En realidad es un borrador  
al que le sobran las palabras.

Parece más un ejercicio  
para matar el tiempo  
de quien lo lee.

No sabemos cómo conseguiste escribir un cuento  
que no cuenta, el ensayo de un ensayo,  
un poema donde falta la poesía.

Dijo Fernando Pessoa  
que dijo Bernardo Soares  
que la literatura es la forma más agradable  
de ignorar la vida. Bien por ti,  
esto no es literatura.

Anda, mejor escribe números grandes,  
facturas indecibles, largas listas del mandado y publica mucho

en twitter, en facebook, mientras el resto  
ignoramos de buena gana  
lo que es vivir.

Pero si esta terca malvivencia es parte de tu estilo,  
entonces por favor no te comas más las comas,  
silencia la música que suena a ruido blanco,  
escribe algo con imágenes de mayor calidad, en hd.

Porque si lo miras bien  
desde aquí no ves nada,  
tu texto es un fantasma  
que sólo espera el amanecer.

Poco importa que sobre estas páginas  
derramaras durante días  
el café de tus ojos,  
queriendo fijar por escrito  
una flor oída en el aire.

O que en estas hojas caídas  
como en el otoño de otro mundo  
hubiera, anoche, al escribir en la oscuridad  
de la página en blanco, un enjambre de luciérnagas.

Tus oraciones  
no tienen dios  
que las respalde.

No obstante, en verdad valoramos que hayas traído esto  
aunque carezca de valor alguno. Entre nosotros  
terminaremos con las ruinas que construiste.

Si algo significa la libertad  
es el derecho a decirle a la gente  
lo que no quiere oír, dijo Orwell más libre que nunca.  
Recuérdalo cada sábado por la mañana,  
si es que vuelves para lamentarlo una y otra vez.

En algún momento dejarás de ser  
una especie de rey Midas  
que convierte en mierda  
todo lo que escribe.

Es cuestión de tiempo...  
o quizás no,  
para qué hacerte ilusiones.

De cualquier modo, si insistes con asistir  
tarde o temprano te darás cuenta  
que aquí no sólo hay sangre y vivisección:

también nos dedicamos a tallar y detallar  
el silencio escrito por una voz  
que entre todos hace eco.

## METAMORFOSIS LITERARIA

Gilberto Callela Larios

Mateo 7:7-12

Desde muy temprana edad  
yacían en mi memoria  
indicios del misterio, el silencio y la palabra

La contemplación de la vida  
ponía en juego mis sentidos  
y una capa de acero  
envolvía mi cuerpo  
oponiendo resistencia  
a lo mítico de mis días

Fue una mañana de verano  
lo recuerdo bien:  
el sol levantaba su vuelo  
y a su paso devoraba la nada  
mientras manos invisibles  
pintaban los tejados de mi pueblo

Inconscientemente busqué la metamorfosis  
me incubé en el tallo del valle de Zapotlán  
frente al dintel del sol  
cuando se sitúa en la parte alta del sur  
Nido de crisálidas, eso es  
un capullo con celdillas

práctica y escritura  
donde se desarrolla la oruga  
que pende y se alimenta de la imaginación  
rebrotos del sexto día  
que nacen a las 10 de la mañana  
cantos que alimentan lo  
que tal vez se convertirá en lepidóptero.

## SÁBADO DE GLORIA

Arturo Isaías

1

Paso a paso. Primero un pie.

2

—Arturo, ¿puedes venir un momento por favor?

Me sacó del trance. Detesto las interrupciones. Era la dueña de una cafetería a la que suelo acudir. Recuerdo haber leído “Es cierto que tengo muchos soldados comprados y no necesito otro. No quiero que cambies. Necesito que sigas siendo el diablo. Mi diavolo”.

Fui con ella. Evité preguntar para qué.

—Maestro —dijo interrumpiendo al hombre del rincón—, quiero presentarle a Arturo. Quizás ya se conocen. Si no es así, permítanme presentarlos.

El maestro también estaba en trance, como duda, como anomalía.

Me niego a conocer personas nuevas. Me parece en exceso arrogante y violento. Con las conocidas es suficiente. Además, nuevas amistades significa nueva personalidad. Por tanto, el que alguna vez fui, jamás volveré a ser. Eso es muy triste. No deseo morir.

El maestro respondió con simulada alegría.

—Mucho gusto Arturo. No tenía el placer.

Me contó del taller de literatura que imparte. La señora del café lo puso al corriente de mi afición por las letras. Yo me limité a asentir con la cabeza. Él felicitó, no supe a quién. Parecía más una conversación entre ellos.



El maestro me invitó a su taller. “Si te gusta la literatura, ese podría ser tu lugar.” La señora agradeció. Me retiré.

Mi vida no era coherente. Quién podría saberlo. Durante las noches solía caminar las calles circundantes a mi departamento para despejar la mente y conciliar el sueño. En las tardes, escribía para nadie. Ir al taller de literatura sonó desagradable: Hombres mayores, jóvenes mayores. Niños grandes. Grandes con niños. Nada apetecible. Nada descorchable. Estaba angustiado. Eso era la existencia: angustia y sinsentido. La invitación quedó hecha. Si acaso llegaba a asistir, y encontrase agradable dicho taller, mataría esa realidad en la cual permanecía por gusto.

### 3

Paso a paso, llegó el sábado.

Desperté a las diez con quince de la mañana. Recordé la invitación. Dudé en levantarme. La cama era incómoda, pero no buscaba comodidad. Me puse de pie. Fui a la regadera. Tibié el agua. El tiempo del mundo es suficiente. Me bañé. “La cita es a las diez”, pensé.

Me estaba tardando más de lo común. El jabón espumaba. Para cuando terminé, el reloj marcaba las once, las doce, tal vez las tres de la tarde. Llegar resultaría imposible: Era mi deseo.

El reloj de pared marcó las once. Entre la ducha y vestirme se me fue una hora. Alisté mi maleta. Bajé las gradas. Llegué a la calle. Para cerrar la puerta desaparecieron cinco minutos.

### 4

Paso a paso.

Pedí permiso a un pie para mover el otro. No deseaba moverme. Sólo quería llegar lo suficientemente tarde.

“Debo desayunar”. Me dirigí al restaurante donde desayuno, como y ceno. Pedí huevos. Me molesta el ritual de los

meseros. Van, vienen, llevan la carta, se van, regresan. “Qué desea de beber”. Pido. Se va. Vuelve, sirve la bebida. Apunta. Se va. Pasa tiempo. Trae alimentos. Se va. Olvida los cubiertos. Los trae. Pasa tiempo. Pregunta si necesitas algo más, postre tal vez. En mi caso, no. Debo buscarlo para pedir la cuenta. Pasa tiempo. Por fin me mira. Hago la seña, “la cuenta por favor”. Asiente. Pasa tiempo. La cuenta parece larga, aunque solo pida huevos. Regresa. Deja la cuenta. Pasa tiempo. Lo más escalofriante es este momento. Se va. Dilata en regresar. Como si al comensal le costara una hora sacar el billete de su bolsillo para colocarlo en la bandeja. Como si estuviésemos revisando nuestras cuentas de banco, sacando balances, revisando la bolsa de valores, antes de elegir el medio adecuado de pago. Regresan. Se llevan la bandeja con el billete. Pasa tiempo. Este es el segundo momento drástico. En traer el cambio tardan más que en preparar tu platillo. Algunos logran vencer al comensal provocando el abandono de su cambio. Traen el cambio. Siempre con una cantidad incómoda de monedas: algo psicológico. El comensal se sugestionan, únicamente recoge los billetes. Sin pensarlo deja propinas elevadas. Siempre tomo todo. Detesto dejar propinas.

## 5

Paso a paso.

Salí del restaurante. Eran las once con cincuenta. Pedí permiso a un pie para mover el otro.

Según supe, el taller termina a las dos de la tarde. Aún puedo llegar, temí. No supe de qué otra forma perder el tiempo. Pero perderlo justificadamente. Despertarse es justificado. Bañarse es justificado. Desayunar, caminar, poner seguro a la puerta, atar el cabete al zapato... No se trataba simplemente de detenerme. Eso sería una negativa de mi parte para asistir. Si

en el futuro debo explicar mi ausencia, sería inmoral decir “no quise ir”. Sin embargo, cuando se falta con justificación, las personas correctas podemos argumentar que dormíamos, que el tiempo apenas nos fue suficiente para desayunar o no había agua en mi colonia y no quería apestar.

## 6

Paso a paso. Me vino la duda.

Desconocía en donde se impartía el taller. Si recuerdo bien, el maestro dijo Casa de la Cultura. En esta ciudad hay dos casas de cultura. Una nombrada Casa del Arte, otra Casa de la Cultura. Podría preguntar. Bastaría un mensaje de texto a la señora de la cafetería, pero eso sería apresurar las cosas. Si me equivoco, podré decir eso. “No supe en donde era”.

Llegué a Casa del Arte esperando lo peor. Ahí no era. El lugar estaba cerrado. Ya eran las doce con quince. Ahora lo sé: es en la otra casa. Con ese paso miserable me dirigí hacia allá. La distancia es corta. Tan solo transcurrieron dos pares de minutos.

## 7

Paso a paso. El camino se terminó.

Estoy afuera. Los escalones que separan de la entrada son varios. La puerta está abierta. Es ahí. Subo. “Si me decido, puedo no entrar, virar a la derecha y continuar conmigo mismo hasta el final de los caminos y de los tiempos. Sobrevivir”. No lo hago. Ni siquiera miró atrás. Continúo hasta cruzar la entrada. Hay un patio central con muchas puertas alrededor; algunas abiertas, otras cerradas. Me detuve para repasar imaginativamente cómo recorrería cada una. Primero el lado izquierdo. Puerta por puerta no abriría ninguna. Si acaso el taller se impartía en alguna de las abiertas habré terminado, caso contrario

podré decir con justicia: “maestro, acudí. Había puertas cerradas, no supe cuál cruzar.”

Comencé. La primera era una puerta abierta.

—Hola, Arturo —dijo el maestro—, bienvenido.

## LA BUENA SUERTE

Alejandro Robalo

Suerte: Encadenamiento de los sucesos,  
considerado como fortuito o casual  
RAE

Parece algo imposible pero la buena suerte se impuso en mi vida como un perro rabioso que parecía no querer soltarme, algunos podrían decir que eso no es un aspecto negativo, pero después de un largo tiempo comenzó a angustiarme. “Buena suerte en el juego, mala suerte en el amor” o, “no viene día que no venga tarde” son algunos de los refranes que me repetía cuando el azar me destinaba buena fortuna. Antes de lo que yo llamo “La temporada”, ganar en un juego de azar o en una rifa no era algo común en mi vida, aun así, me gustaba participar en todas las rifas donde el premio fuese un libro; Cumbres de Babel, La Espantapájaros Librería, las rifas hechas por amigos. Incluso llegué a comprar boletos de lotería un par de veces; por supuesto jamás resultaba ganador. Todo estaba bien, participaba y no gana, todo bien equilibrado.

Hasta que una tarde, al finalizar el Taller de Literatura, el maestro Ricardo Sigala sacó un ejemplar de *Cuentos de amor, de locura y de muerte* de Horacio Quiroga, una bonita edición en pasta dura, para rifarlo entre los presentes. De inmediato comenzó la algarabía, y el aula se llenó de una atmósfera positiva, cosa rara de ver entre un grupo de escritores que se mal organizaba para armar una posada navideña. Yo sabía que no tenía oportunidad de ganar, así que lo único que hice fue pararme para servirme un poco de café de aquella cafetera que

Alejandro Von Düben había gestionado por medio de un elocuente y formal discurso de diplomacia el día que el Gobierno Municipal otorgó reconocimientos al taller por su loable labor en pro de la cultura. Para cuando yo había acabado con mi café, había terminado al mismo tiempo de escribir los nombres de los participantes. Para ese entonces llevaba tres tazas, así que tanta cafeína me puso en un estado de euforia y, en contra de mi estatuto de perdedor de rifas, comencé a entusiasmarme y pensar en que en verdad podía ganarme ese libro. “Que el ganador sea el tercero”, dije de pronto. “Sí, el tercero para mayor emoción”, dijo alguien al otro lado de la mesa. “Qué así sea”, respondió en coro el resto. Una vez apoyada la moción se llevó a cabo la rifa. El entusiasmo me llevó a proponerme como el representante que pasaría la bolsa con los papelitos por cada uno de los participantes. Así salió el primero, se leyó: Gilberto. “La libré”, pensé; el segundo, Edgardo, “esta es la buena”, dije en voz alta; Alejandro, “Sí, a huevo”, salté de la emoción.

Así comenzó la racha de buena suerte y con ella mi martirio. Comencé a ganar sábado tras sábado. Como nunca he sido confiado en el destino comencé a sospechar que esta buena racha me traería su pequeña mala suerte. “Suerte en el juego, mala suerte en el amor”. Observé cada detalle de mi relación amorosa. Recuerdo haber ganado el libro de *Bestiario* de Juan José Arreola; lo primero que hice al llegar a casa fue leerlo completo en busca de algún indicio de mala suerte, cada detalle lo relacionaba con mi vida. Opté por cambiar los libros que ganaba y después regalárselos a alguien más, a modo de librarme del infortunio que ellos podrían traerme. Lo peor vino cuando en Cumbres de Babel gané *De profundis* de Oscar Wilde, “podría terminar en la cárcel”, pensé, entonces decidí no salir más de mi casa. Perdí el trabajo y casi arruino mi relación de muchos años por convertirme en un tipo paranoico con cada

suceso de mi vida. Todo comenzó a tener un sentido trágico. Lo que no logro entender es cómo aun así continuaba participando en todas las rifas que se hacían en el taller y en los programas de radio.

Por suerte, no hay mal que dure cien años. Y es que el sábado pasado, al llegar al taller todo volvió a la normalidad. Al ser el primero en llegar, me acomedí a arreglar el aula: acomodar las mesas, poner las sillas en su lugar, poner la mesita del café, y fue ahí que, mientras sacaba la cafetera, en un momento de descuido, la jarra de la cafetera salió volando como una epifanía, estrellándose en el suelo. Ahí estaba de pronto mi buena suerte, hecha pedazos. Desde ahora sólo me preocupo de la racha de mala suerte que comienza, pero no tengo más de que preocuparme de la buena suerte, que tantas desgracias me ha traído.

## LA TRAICIÓN

Héctor Israel Rodríguez

“Alguien de los aquí presentes me va a traicionar”, dijo Ricardo Sigala al llegar al taller un sábado por la mañana. No faltó la persona que creyó que todo era una mentira, una broma por parte de Ricardo, pero el ceño fruncido de Sigala demostraba todo lo contrario. Todos se observaron mutuamente para saber quién traicionaría a su maestro.

El reloj marcaba las diez con treinta, nadie se atrevía a salir del aula, algunos teorizaban quién era la persona que había cometido la traición. Por supuesto todos sospecharon de los poetas, de los Alejandro, los más obvios eran Robalo, Von-Düben y el cubano. Los dos primeros salen al descanso para compartir cigarros ¿qué maniático fuma a las diez de la mañana?, peor todavía, ¿a qué loco se le ocurre desayunar un cigarro? Robalo tiene la pinta de un asesino de ultramar, nadie puede asegurar que no lanzó a alguien por la borda; Von-Düben tampoco es la excepción, su manera de hablar, casi taciturna, provoca un estado de relajación incluso al más despierto, quizás, entre murmullos, planeaba su nuevo libro, *Veinte poemas para matar a tu maestro*; ni hablar del cubano, dicen que todos los cubanos son comunistas y todos los comunistas son malos, no por nada se la llevan tan bien con Rusia, quizás éste iba a ser el primer atentado de un cubano contra un mexicano.

A medio día llegaron Jesús Quezada y Jaime Jordán, tomaron asiento sin darse cuenta de lo que estaba pasando. Al platicar con la persona más cercana a ellos se dieron cuenta de toda la situación, sus semblantes cambiaron, ahora estaban



más serios, se les veía preocupados, probablemente ellos dos sean los traidores, ambos llegaron juntos y tienen casi la misma complexión física y con un solo golpe te pueden dejar noqueado. Quizás ellos aprovecharían su fuerza para cargar el cuerpo desmayado de Sigala y pedir un rescate, además Quezada aprovecharía para escribir un ensayo sobre el secuestro.

A la una de la tarde, Azucena Rodana, para romper la tensión, sacó de su bolsa un pequeño pastel que ella había horneado, Ricardo se disponía a tomar una rebanada cuando una mosca se posó sobre el exquisito manjar y a los segundos detuvo su vuelo en el aire, nadie quiso degustar del pastel. Alejandra Alonso era la única calmada entre todos, desde su lugar alcanzaba a ver todas y cada una de las expresiones de los presentes, sonrió de par en par como el gato de Cheshire, la cara de Alejandra se convirtió en una sonrisa sin rostro. Arturo Isaías era el principal sospechoso, él era amigo de Sigala dentro y fuera del taller, salían a comer y se les veía con frecuencia en ese restaurante argentino, no había alguien más sospechoso que él, además siempre la traición viene de personas cercanas.

A las dos de la tarde la única persona en levantarse fue el maestro, tomó su mochila y se retiró. Todos se miraron los unos a los otros, querían saber quién de ellos había conspirado contra el grupo.

## EL EVANGELIO SEGÚN RICARDO SIGALA

Martín Rojo

...vivo rodeado por sombras clásicas y benévolas  
que protegen mi sueño de escritor, pero también  
por los jóvenes que harán la nueva literatura mexicana.  
En ellos delego la tarea que no he podido realizar.

Juan José Arreola

La mañana del 23 de agosto del 2021 se conmemoró el ciento sesenta aniversario de la fundación de la Biblioteca Pública del Estado de Jalisco. Ricardo Sigala acudió a las inmediaciones del enorme edificio a presentar una ponencia titulada *El evangelio según Juan José Arreola*. La intención, *grosso modo*, fue emparentar la figura del zapotlense con la de Jesucristo. La piedra de toque se titula “De memoria y olvido”. Ricardo Sigala encontró allí un Arreola confeso. ¿El delito practicado? no haber tenido tiempo de ejercer la literatura, pero, en cambio, haberla amado y compartido diariamente. Tal como hizo el Mesías, que no dejó ninguna reflexión por escrito, pero siempre estuvo dispuesto a compartir su sabiduría con los discípulos.

El autor de *Períplos* y *Paraíplos* se preguntó ¿quiénes eran entonces los discípulos más destacados de Arreola? Concluyó que la lista era pequeña, no fueron doce, pero son fundamentales en cuanto que la historia de la literatura mexicana no se entendería sin ellos: Carlos Fuentes, Sergio Pitol, José Emilio Pacheco, Elena Poniatowska, Fernando del Paso, fueron asesorados y publicados por primera vez en *Los Presentes* o *Los cuadernos del Unicornio*, ambas publicaciones dirigidas por su maestro. Al listado tal vez podríamos agregar a Juan Rulfo y Amparo

Dávila que, si bien no obtuvieron el prestigioso premio Cervantes, sí figuran en sitios importantes de la literatura mexicana y acudieron a talleres y tertulias con el fin de escuchar las palabras y consejos del zapotlense.

En la ponencia, Ricardo Sigala hace una comparación entre los datos biográficos del Mesías y los de Juan José Arreola. Consigue por tanto la semejanza. Trazar una comparación del mismo tipo, pero entre Arreola y Sigala no se puede hacer aquí, porque el zapotlense no fue licenciado en Letras Hispánicas ni integrante de Los Maderos de San Juan de Dios. En cambio, sí se puede comparar la aportación literaria que hizo el autor de *Confabulario*, con la que está realizando el autor de *Domar quimeras*.

Las aportaciones de Ricardo Sigala no se limitan a su obra, cuya lectura es satisfactoria y amena, dicho sea de paso. El quehacer literario del tapatío trasciende la palabra escrita: del mismo modo en que Arreola contó a sus “discípulos” lo que aprendió en las horas en que su boca “estuvo gobernada por el otro”, Ricardo Sigala en el Taller de la Casa de la Cultura, recibió y recibirá a un montón de jóvenes ávidos de conocimiento y deseos literarios. Y ha puesto su confianza en ellos, como Arreola confió en quienes acudían a escucharlo.

Tal vez aún sea temprano para hablar de un Evangelio según Ricardo Sigala, incluso puede ser atrevido, arbitrario y más de uno dirá que son palabras lisonjeras, pero nadie puede negar que la lista de sus “discípulos” se va fortaleciendo con el pasar de los años. No son doce, ni cinco y ninguno ha ganado el Cervantes, pero son tres los más destacados y se están levantando con mucha fuerza: Hiram Ruvalcaba, galardonado en múltiples ocasiones y reconocido a nivel nacional; Alejandro von Düben, galardonado a nivel internacional y nacional; Bladimir Ramírez, becado y galardonado también dentro del país.

Son estos los nombres que encabezan el incipiente listado. Tras ellos caminan otros tantos que ahora es difícil mencionar por cuestiones de espacio y tiempo. En su lugar recomiendo echar una hojeada a *Indicios. Atisbos de literatura actual en el Sur de Jalisco* que acaso podría compararse con *Los Presentes* o *Los cuadernos del Unicornio*, al contener textos de diferentes autores, algunos de los cuales son todavía noveles.

El maestro y sus discípulos tenemos un sueño en conjunto (él empezó a soñarlo y nosotros fuimos congregándonos alrededor). En él, Ciudad Guzmán se edifica como uno de los epicentros actuales en el mapa de la literatura mexicana. ¿La piedra de toque? el taller de la Casa de la Cultura. Con suerte y dedicación, tal vez el futuro nos sonría y entre los jóvenes que asistimos a escuchar la palabra del maestro estén los nombres de la nueva literatura del país. Arreola lo consiguió, porque amaba la literatura por sobre todas las cosas, no sería extraño, pues, que Ricardo Sigala, quien profesa el mismo amor y tal vez con la misma intensidad, hiciera lo propio.

## II. LOS PRIMEROS TIEMPOS (1995-2011)

## TALLEREANDO UNA HISTORIA LITERARIA

Milton Iván Peralta

Llegué a la Casa de la Cultura en algún momento del 2001. Venía de pasar algunos meses en teatro, intentaba armar un monólogo porque en ese año saldría de la preparatoria y quería realizar uno contando algunas aventuras con los compañeros, no me interesaba el típico discurso, así que por alguna razón se me ocurrió realizar eso, aunque creo que era porque estaban de moda en televisión.

Después de algunos meses en teatro, de llevar —según yo— un guion para el monólogo, el maestro Ramón Olmedo Neaves me recomendó que me serviría más ir al taller literario —una forma elegante de deshacerse de un mal actor y un pobre intento de escritor—, entonces escucharía por primera vez un nombre que hasta la fecha me acompaña como llavero en el bolsillo: Ricardo Sigala.

Un sábado en que llegué a la Casa de la Cultura, con cierta timidez, tenía en ese entonces 18 ó 19 años, en la sala de espera estaban unas personas que a mi parecer eran “puros viejitos”, ellos eran: Juan José Elizondo Díaz (1929-2008), Jesús Vázquez (1939-2018), Ramón Rojas Chávez (1933-2018), J. Jesús Juárez Martín (1939), Marianela Puebla (1944). Me dirigí al que vi que tenía más años —Juan José Elizondo—, creyendo que él pudiera ser el maestro, en la lógica de que el maestro debe ser mayor que los alumnos, tiernamente, vestido de blanco y con un bastón me indicó que el maestro Sigala aún no llegaba, que lo estaban esperando —ufff, entonces ¿cuántos años debía tener el maestro?

Permanecí lejano, incómodo, con ganas de irme porque era claro que ese no era mi lugar, yo no llegaba a los 20 años y ellos eran personas mayores de 60, si ellos eran los alumnos ¿qué edad tendría el maestro? Salí como no queriendo la cosa y en frente se estacionaba un vocho color rosa, y bajó un joven que apenas pudo cerrar la puerta porque traía un “un bonche de libros y una maleta colgada al hombro”, subió apresuradamente los escalones y saludó disculpándose con los alumnos, que esperaban, por la tardanza. Juan José Elizondo, después de saludarlo le indicó que “ese joven lo está esperando, maestro Sigala”, señalándome con su mano.

Con dificultades estiró su mano y con una sonrisa se presentó, tímidamente lo saludé y le dije que el maestro Ramón Olmedo me había recomendado ir al taller. Con cierta timidez los seguí hasta al salón más pequeño de Casa de la Cultura, después llegarían algunos otros compañeros como Teresa Gómez (1949), Erika Sánchez (1972), seguía preocupado porque eran adultos y yo apenas un mocoso, pero no me atrevía a irme.

Pasaron algunas horas y llegaron dos de mi edad, los cuales me traerían un poco de tranquilidad: Marcela Moreno y Ayante Ocegura; después Gema Zorrilla y Gandhi Magaña (1980).

Quién pensaría que esas horas incómodas en ese taller, se convertirían en un cambio de vida, que esos “viejitos” se convertirían en amigos y desde ese pequeño salón se construirían muchas historias.

### **Sábado a sábado**

El monólogo salió y les gustó a mis compañeros, a lo mejor a los maestros y demás padres de familia no, pero lo importante es que salí del compromiso, para meterme en otro.

Se hizo costumbre de cada sábado llegar a la Casa de la Cultura, ver cómo se quedaba dormido Juan José Elizondo,

ver y escuchar cómo Ramón Rojas intentaba escribir poesía en verso libre, las anécdotas de José de Jesús Juárez Martín; los recuerdos de su paso por el teatro y la construcción de su autobiografía, por parte de Jesús Vázquez, cada semana un poema nuevo de Marianela Puebla, los sueños “guajiros” de los jóvenes contra hombres que ya habían construido una vida y una carrera, pero, sobre todo, descubrir el mundo de la literatura y compartir un gusto con personas de diferentes edades, que se ayudaban y enseñaban.

### “Palimpsesto”, “El faro” y otras publicaciones

El taller tenía buena cantidad de alumnos, pero hacía falta espacio para publicaciones, algunos habían podido ser publicados en revistas de Guadalajara, como Luvina, La Rueda, Reverso, Tragaluz o La Manzana; pero no era fácil, porque no éramos de la Zona Metropolitana. Era necesario que en Ciudad Guzmán hubiera un espacio, estaba la columna del Doctor Vicente Preciado Zacarías, *Participaciones*, en el semanario *Es la Voz*, o el *Rincón Literario* en el *Libertad*, pero era nada más de ellos, no podía participar nadie más.

Era 2002, en ese momento estudiaba junto a mi entonces novia —ahora esposa— Joanna Contreras, la carrera de Diseño Gráfico y necesitábamos realizar un trabajo final que consistía en realizar una página web. Después de pensar en varias opciones, se juntaron dos necesidades: un trabajo para terminar la carrera y un espacio para poder publicar a los miembros del taller, dos soluciones estaban dadas en una misma idea. En La Cascada, se lo planteé a Ricardo Sigala, y para variar, aceptó. Así que mi novia y yo nos dimos a la tarea de comenzar a armar un diseño, mientras que Ricardo y los compañeros comenzaron a revisar y elegir trabajos. El nombre se dio después de muchas opciones, Ricardo eligió el de “Palimpsesto”. Se materializó después de algunas semanas, hubo doble presenta-



ción, primero en la escuela, donde nos fue bastante bien, por lo menos no reprobamos, y segundo, en la presidencia, ante la sociedad.

En ese entonces llamó mucho la atención, un espacio en la red dedicado a la literatura era una novedad. Funcionó durante algunas semanas, pero el nombre no le gustaba a nadie, además era complicado recordarlo.

Así que realizamos un segundo número de la revista virtual, y lo primero que cambió fue el nombre: “El faro”. Se trabajaron más textos, se le puso animación, links, nuevamente se presentó en sociedad, gustó bastante, pero el público que teníamos era limitado. La página se actualizaba cada quince días, sin embargo, después de varios meses la novedad terminó, la mayoría de quienes colaboraban eran personas mayores, no podían verla, no era barato mantenerla, y requería mucho tiempo. “El faro” se apagó.

### **Cabalga por el valle**

Ver tu nombre impreso en un papel —o en pantalla— y poder compartirlo era muy emocionante, pero sobre todo era algo que motivaba a todos. En lo personal, cerrar El Faro no fue fácil. La inquietud de seguir teniendo un espacio propio para publicar a los compañeros era una especie de necesidad, sin saber qué hacer, y con un bebé en camino —iba a convertirme en papá—. De las páginas de Gabriel García Márquez vino una idea, en su libro *Vivir para contarla*, narraba que, a sus 22 años, creó una columna literaria semanal que se llamaba La Jirafa. La Jirafa era un cuento de Arreola. Un animal muy literario, era la respuesta a la necesidad y los deseos de seguir escribiendo. Fue gracias a una compañera de trabajo —Ana, no recuerdo el apellido— que me contactó con su hermana Martha que era administradora del *Diario de Zapotlán*, que pude llevar mis

primeros escritos para ser publicados. Fue el director, más conocido como Tito, quien sin chistar me dio un espacio los sábados, con el compromiso de que cada semana publicaría algo.

El 26 de abril de 2003, se publicó *La maldición de las hormigas*, un cuento que yo había escrito, se lo presumí a Ricardo en el taller, pero también le compartí el miedo y la verdadera intención: esa columna no era para mí, yo no tendría material para publicar cada semana, la columna era para el taller literario.

Fue entre cerveza y cerveza en La Cascada, que asumimos el reto de comprometer a cada miembro del taller a colaborar, que cada semana alguien fuera publicado. El reto era mantenerla un año, de ahí, entre los sueños y lo que la cerveza te hace imaginar, nació uno de los proyectos más importantes del taller —o por lo menos eso dicen.

Yo publiqué los primeros tres números, me siguió don Jesús Vázquez, y de ahí los demás. De una forma extraña, para el entonces director, las ventas del sábado se elevaron. Hay que decirlo, me había dejado el sábado porque era el día que menos venta tenía.

Sin pensarlo mucho, se llegó al primer año cumpliendo nuestro reto, la pregunta fue ¿seguir? o ¿acabarlo? Entre la hora feliz y las tostadas de chile de uña tomamos la decisión de seguir adelante, pero algo tenía que cambiar. La columna había sido exitosa y pasó de publicar un día a la semana a tres, pues era bastante buscada: Así pues, la página creció a suplemento cultural.

Al nuevo director, Humberto Silva, se le presentó el proyecto de hacer una revista dentro del diario, aunque a él le gustó, los jefes en Colima no tuvieron confianza en el proyecto, pero Humberto nos dejó una plana completa para nosotros solos, los días sábado ya por tradición. Fue en el aniversario del primer año que se dio el paso, era el año 2004.

La Jirafa se hizo famosa no solo en la región sur, sino en Guadalajara y Colima, porque era un espacio que daba oportunidad a las nuevas plumas, incluso como suplemento hubo escritores ya consolidados que colaboran con nosotros, como es el caso de: Marco Aurelio Larios, Felipe Ponce, Eugenio Partida, Carlos López de Alba, Fortunato Ruiz Verdugo, entre muchos otros.

Era un trabajo dividido, Ricardo seleccionaba los escritos y los corregía, yo la hacía de representante, buscaba nuevos puntos de ventas, buscaba nuevos colaboradores, cubría las notas, hacía los contactos, mientras que mi esposa y yo diseñábamos la página cada semana.

### Quinto aniversario

Se venía el quinto aniversario de La Jirafa —2009—. Era lo que suponíamos su mejor momento, ya no era una plana del *Diario de Zapotlán*, eran dos, tenía su propia página web, colaboradores de diferentes estados del país, incluso desde Chile, Francia, España, era para muchos un referente cultural en la ciudad, dando espacio para el cuento, el ensayo, la poesía, el periodismo cultural, la fotografía, incluso la pintura. Así que debíamos planear un festejo en grande, pensamos en presentaciones de libros, charlas, traer a escritores, cosas por el estilo, pero nada nos convencía, porque cada año se festejaba el aniversario con algo parecido, teníamos que hacer lo que habíamos logrado con la primera idea, hacer un cambio, dar una oportunidad a los escritores, pero no sabíamos cuál era.

Después de pensarlo, de analizar las circunstancias, y sobre todo, después de algunas cervezas, surgió la idea, no recuerdo si fue de Ricardo o mía, pero uno de los dos dio en el clavo: un concurso de cuento. Era obvio, Ciudad Guzmán no tenía un concurso de cuento; estaban los Juegos Florales, para poesía;

el Juan José Arreola para un libro de cuentos, en Sayula y San Gabriel había concursos de cuentos, pero aquí no. Teníamos que dar ese paso que era natural para un escritor: publicar en un suplemento, participar en un concurso de cuento regional —que sería La Jirafa—, después en uno estatal, que serían Sayula o San Gabriel y finalmente intentar participar en el Juan José Arreola, realizado por el CUSur.

Así que en una servilleta —como siempre— y con unas cervezas encima, armamos una primera convocatoria y nos dimos responsabilidades: Ricardo buscaría el jurado, y dar a conocer al ganador, mientras que yo me encargaría de la parte económica y realizaría el diseño de la convocatoria. Algunas semanas después, con una rueda de prensa en los portales, Ricardo Sigala, Humberto Silva, el director del diario, y yo, dimos a conocer la convocatoria. En abril, con el quinto aniversario entregamos el premio al primer ganador: Alfredo Cortés.

Tras ese primer concurso, vino un apoyo inesperado, el Archivo Municipal de Zapotlán el Grande, que encabeza el arquitecto Fernando G. Castolo, realizó un primer libro titulado *Trabajos ganadores del Primer Concurso Regional de Cuento La Jirafa, la cultura de cuello largo*, patrocinado por el Archivo, Editorial El Juglar, Diario de Zapotlán y el CUSur, esto en el 2010, contando con diseños de los dibujos de portada de Leonel Guerrero Cisneros y los interiores por Ana Susana Guerrero Cisneros.

### **Cabalga un libro**

Cuatro ediciones después de iniciado el concurso de cuento, en el 2012, nos preguntábamos qué hacer, nueve años de La Jirafa, cuatro convocatorias, había que festejar. El concurso rozaba los cien participantes, era un referente, el suplemento seguía siendo publicado, pero ¿qué va a pasar con todos esos escritos? ¿Será suficiente testimonio el periódico impreso para

la posteridad? Tal vez fuera el líquido de La Cascada —sí, otra vez ahí—, o sería su aire mezclado con humo de cigarro, y la música de Joaquín Sabina, el caso es que proyectamos realizar un libro, teníamos los cuentos, así que juntarlos no sería difícil, coincidía que a la vez estábamos buscando la manera de editar un libro alterno, las obras escogidas de Guillermo Jiménez.

Era julio de 2012, el plan era platicar con el secretario académico del CUSur, Víctor Hugo Prado, era amigo de los dos, muchos de los participantes del libro eran alumnos no solo de Letras y Periodismo, sino casi otras las carreras. Hicimos la cita, nos presentamos con dos proyectos bajo el brazo, bueno, tres, la reedición de *Periplos: notas de un cuaderno de viaje* de Ricardo Sigala, qué más da, de los tres proyectos esperábamos que alguno pegara.

Víctor Hugo nos escuchó, conocía La Jirafa, nos conocía a nosotros, pero lo más importante, había presupuesto, así que dijo que sí a los tres libros, y nos consiguió una cita con la Editorial Universitaria, para que dieran el visto bueno, ya los tres libros estaban armados ¿qué podía pasar mal?

Fue un 15 de agosto, aniversario de la fundación de Ciudad Guzmán, a las doce del día cuando fue la cita en Guadalajara, la respuesta fue confirmada: sí nos interesa, pero el de La Jirafa, no queremos esa estructura de libro de concurso, no; tiene que ser un libro de cuentos, buscar una nueva estructura y listo, ¿el problema? Los tres tenían que ser presentados en la FIL de ese año.

Era muy poco el tiempo para terminar de revisar el de Jiménez, reestructurar el de La Jirafa y algunas correcciones de *Periplos*, Mónica Hernández y Didi Sedano nos ayudaron a revisar lo que mi esposa Joanna Contreras y yo transcribimos de Guillermo Jiménez; además era volver a buscar la nueva estructura de La Jirafa, recabar los documentos de cada autor, que para eso Didi se pintó sola, y corregir.

El 29 de noviembre de 2012, Marco Aurelio Larios, Fortunato Ruiz Verduzco y Víctor Hugo Prado, presentaron *La jirafa, cuento zapotlense contemporáneo*, en la FIL. El 2 de diciembre de 2012, Pedro Valderrama y Alfredo Hermosillo presentaron el libro Guillermo Jiménez. *Obras escogidas, narrativa y teatro*. A ambos libros les fue bien con la crítica y con las ventas, diez años después, hay quien sigue buscándolos.

En enero de 2015, sin anunciar, sin enfermedad alguna, sorpresivamente murió La Jirafa. En realidad, diré que fue eutanasia, aunque hay quien me dice que fue un asesinato con toda alevosía y ventaja. Así fue, creo que pocos la extrañan, que su función concluyó hace mucho, que ya no es necesaria, pero igual es un pretexto nada más para mantener mi conciencia tranquila.

### Estación sur

Durante algunos años, yo le comentaba a Ricardo Sigala que hacía falta una antología del taller Literario, acababan de pasar los 10 años —en el 2005— y se había pasado la oportunidad, que eran muchos los participantes y había una buena rutina de leer, escribir, corregir y publicar en los medios periodísticos, pero seguía haciendo falta lo esencial: publicar un libro.

Durante 2006 y con la amistad y la confianza del cronista y encargado del Archivo, Fernando G. Castolo, me invitó a presentar un libro de un poeta colimense *Vuelo de tordos*, junto a Hiram Ruvalcaba, en la sala de cabildo. Desde hacía meses yo había intentado convencer al arquitecto Castolo para armar la antología del taller, pero aún no lo convencía, y eso se logró en la presentación de ese libro, pues Castolo se dio cuenta del nivel de algunos de los talleristas.

Para salir de la duda, asistió un par de veces al taller, ya viendo y escuchando, se dio cuenta que el nivel era bueno y que

valdría la pena invertir en un libro, pero había un problema, no había mucho recurso para costear un libro completo, pero sí para unas plaquetas.

Ya en una reunión, los tres, Sigala, Castolo y yo —esta vez no fue en La Cascada— acordamos publicar cinco *plaquettes*, Castolo pondría el presupuesto del archivo en esta tarea, mientras nosotros elegiríamos a los autores y haríamos el trabajo de edición, bajo una condición: los cinco autores no debían haber publicado un libro antes.

Ahora sí, en La Cascada, Sigala, Hiram y yo, barajamos los nombres de los autores, y sobre todo el orden, para variar yo me aventé primero. Buscamos el apoyo para diseñar las *plaquettes* y la tarea fue para Marcela Moreno Espinoza y su novio Darbo Scalante. A Sigala se le ocurrió el nombre de la colección: Estación Sur, todo sea por el significado de la región y el cuento de Juan José Arreola *El guardaguñas*.

Tras varias semanas de trabajar a marchas forzadas, en julio de 2006 se presentó el primer trabajo, *Zapotlán no se acaba nunca*, presentaron: Ricardo Sigala, Alfredo Cortés y José Luis Vivar. La presentación fue en la Casa de la Cultura y había una alta expectativa, porque serían las nuevas plumas zapotlenses. Cada 15 días se presentaría una *plaque* diferente, pero los planes se arruinaron ahí, y las demás presentaciones fueron pospuestas para hacer una sola presentación, esto en octubre de 2006.

Fue el Doctor Vicente Preciado Zacarías quien presentó del número dos al cinco: de Marcos Hiram Ruvalcaba, *Nunca y otros cuentos*; Yolanda Chávez Arroyo, *La impostura inverosímil*; Jesús Vázquez, *Cuentos de mujeres* y Humberto Arce con *¿Qué pensará la vaca?* También se presentó la reimpresión de *Zapotlán no se acaba nunca*, que para esas fechas ya había vendido sus 200 ejemplares.

## Lo que no se acaba nunca —lamentablemente

Fue un chiste, una broma, una calentura después de leer el libro de Enrique Vila-Matas, *París no se acaba nunca* y de la obligada lectura de *París era una fiesta* de Ernest Hemingway, que pensé “esto es Zapotlán, se puede adaptar”, pésima idea, que repercutiría hasta estos días, para un joven de entonces 24 años.

Estábamos armando la colección de Estación Sur, éramos Sigala, Hiram y yo en La Cascada, se estaba armando mi *plaquette*, que en un principio llevaría el nombre de otro cuento *El día que descubrí para qué nací*, según yo era un doble significado, mi primera publicación y el cuento homónimo. Todo iba bien hasta que de último momento se me ocurrió sacar una historia que había escrito al vapor durante la semana, tras la emoción de haber tenido las dos citadas lecturas.

Fue Hiram quien comenzó a leerlo, rápidamente agarró la pluma y comenzó a reír y a corregir, a pesar de que advertí que era nada más un juego bobo que había escrito en unas cuantas horas. Pero no paró de leer ni de corregir, “está bueno”, dijo y se lo pasó a Ricardo que para pronto hizo lo mismo.

Entre risas me dijo “vato, corrígelo y lo metemos en la *plaquette*”, era broma, revertí, pero insistieron que valía la pena. A la semana siguiente ya con las correcciones lo insertamos entre los otros cinco cuentos, “este será el primero y este será el nombre”, casi casi me ordenó Sigala, yo no estaba de acuerdo, pero la insistencia de ambos terminó por convencerme. La presentación de este trabajo arruinó los planes para los compañeros, fue la crítica tan severa, tan ofensiva, hicieron pedazos la obra y a mí en lo personal, “es una ofensa para la historia, para nuestros hijos ilustres”, decían.

En octubre se presentaron los demás trabajos, para ese momento mis 200 ejemplares habían “volado”, se vendió como pan caliente, en octubre imprimieron otros 200, se volvieron



a terminar, era el morbo, la crítica, y yo era el “apestado de la cultura”, pero pronto llegaría el rescate desde un lugar lejano.

El 25 de febrero de 2007, Wolfgang Vogt publicó un artículo en la revista Proceso: “Las glorias de Zapotlán”. De ahí en adelante, llegaron las críticas a favor de *Zapotlán no se acaba nunca*, incluso tuvo que haber una reedición en el 2008 con más cuentos, y una variante de título *Y Zapotlán no se acaba nunca*. Fue un 31 de octubre, en la sala de cabildo, con la presentación de Orso Arreola, Fernando de León y Ricardo Sigala, y con lectura en voz alta del maestro de teatro Alberto Pacheco.

A partir de ahí los comentarios fueron positivos, vinieron publicaciones en revistas y entrevistas en diferentes medios, pero la verdad el daño estaba hecho y nada lo reparó.

### **Veinte años de amistad y contando**

Hay 13 años de diferencia, que es menos que la diferencia que tengo con mis hermanos. Vernos cada sábado y comenzar a proyectar trabajos juntos nos llevó a tomarnos confianza, intentar respaldarnos, aunque casi siempre he sentido que Sigala apoya mis ideas locas, pero él dice que yo apoyo las suyas, no lo sé, solo sé que durante estos años de un modo u otro hemos estado ahí, me conoció como un adolescente de 18 años, fue el primero en saber que iba ser padre por primera vez, y también la segunda. Fue de los primeros en conocer a mi esposa y a mis hijas recién nacidas.

Nos hemos visto crecer, conocí a sus hijas desde pequeñas, jugué con ellas, y él hizo lo propio, lo acompañaba cuando comenzaba a hacer los trámites para trabajar en el CUSur, cuando pasábamos también horas amargas. A veces me he preguntado ¿qué habría hecho yo si en aquel lejano 2001 hubiera agarrado valor y me hubiera salido del aula? Estoy seguro de que de ser así no hubiera regresado al taller, mucho de mi historia no se

hubiera contado, tal vez lo narrado aquí no hubiera sucedido, por lo menos no mi participación. Además, estar en el taller y realizar estos proyectos me llevó a desarrollarme en lo que hago hoy en día, el periodismo, y creo que, de no haber asistido, algo diferente hubiera salido.

La pregunta, para cuando me pidieron hacer este escrito fue ¿qué importancia tuvo el taller en tu vida? Mucha, muchas cosas se construyeron aquí, como taller, pero en lo personal definieron otras tantas, y de Ricardo diré que desde hace mucho que no lo veo como el maestro o mentor, sino como una especie de cómplice o hermano mayor.

## ESCRIBIR A OSCURAS

Juan Valdovinos

Escribir sirve para no olvidar. Queda claro. Intento recordar la fecha en que asistí por primera vez al Taller Literario de la Casa de la Cultura y no logro asir la fecha. Pero, aunque no lo escribí, no lo olvido. Para comprobarlo tengo un par de datos.

Había una mesa larga al fondo de la Casa de la Cultura en Zapotlán el Grande. Estaba sentada casi una docena de personas. Debió ser fin de semana. Era la primera vez que veía a Ricardo Sigala. Acudí días antes para pedir informes sobre los talleres; llamaba mi atención el de literatura y el de guitarra. Me inscribí al primero. Había que hacer un pequeño pago y asistir constantemente. Llevar textos inéditos.

Debió ser 2006. De haberlo escrito antes, lo recordaría mejor. Yo cursaba la mitad de mis estudios de la preparatoria. El profesor escuchaba atento las lecturas de sus estudiantes. Llevaban sus textos impresos en hojas blancas con múltiples apuntes a mano, rayones y tachaduras. Entre todas las personas hacían comentarios para tallerear, como a golpe de mazo, el hierro ardiente de aquellas ficciones. Poco a poco tomaban filo las palabras, se pulían historias, se removían pasajes.

No recuerdo tampoco cuál texto llevé conmigo, pero en ese entonces escribía vagas historias basadas en mis compañeros y maestros de la escuela. Era una costumbre que arrastré desde la secundaria, inventar historias que después divertían a los amigos a quienes se las mostraba: la bolsa de papas fritas que el profesor de física llevaba a diario tenía dentro una ciudad fantástica poblada de pequeños seres que le robaban

la quincena (un par de billetes de diez pesos discontinuados, rotos y falsos). En la secundaria —la Técnica 100— comencé a publicar aquellos textos en bitácoras digitales que ya desaparecieron. El ruido del teclado y mis carcajadas a media noche no dejaban dormir a mi abuelo en su casa de la colonia Morelos. Ya en 2009, cuando fui parte de la primera generación de la Licenciatura en Periodismo en el Centro Universitario del Sur, migré mis escritos a *Desnúdate y haz un ritual*, un blog de WordPress que mantengo desde entonces. Trece años ya.

Pero en aquel 2006, Ricardo Sigala nos dejó una peculiar tarea para la semana siguiente en su taller literario: escribir a oscuras. “En total oscuridad, con la luz apagada”, habría dicho nuestro profesor. Para mí, que todo lo escribía en la computadora, aquello sonaba complicado. Al exponerle la situación, explicó: a mano en hojas de papel, sin ver hasta el día siguiente lo escrito.

Espero que con ambos datos —la escena y la tarea— se me recuerde también como alumno de ese taller que me gustaría describir como una caja de fósforos. Que se me disculpe la sencillez, porque el Doctor Vicente Preciado Zacarías encontró otros símiles mucho mejores: una orquesta a muchas voces, un campo de trigo, un abrevadero de constante fluir. Pero tampoco se tome tan literal ni a la ligera mi comparación: el taller es grande, como Zapotlán, y también ha servido para iniciar llamas. Es tan grande que ya cumplió más de 25 años. Habrá entre sus asistentes aquellos quienes pudieron encender una vela con su fósforo, pero también quienes aprovecharon su fuego para incendiar entero un bosque de letras.

Ejemplos hay muchos y, afortunadamente, conozco en lo personal a muchas y muchos de ellos. De los indicios de la creación literaria en Zapotlán el Grande y sus alrededores ya han quedado pruebas en el más reciente libro compilado por Ricardo Sigala; lleva el mismo nombre (*Indicios*) y se acompaña

de una descripción sucinta y esclarecedora: *Atisbos de la literatura actual en el Sur de Jalisco*. El prólogo es de otra gran luminaria del sur, Vicente Preciado Zacarías, cuya sola imagen por los pasillos de la prepa, la universidad o en cualquier recinto cultural nos hacía pensar que estaba hecho de letras. Hablar con él lo comprobaba. En un documental grabado por mí y un grupo de amigos de la licenciatura tuvimos la suerte de contar con testimonios suyos acerca de Refugio Barragán de Toscano y su novela *La hija del bandido*. El documental se llama *Sobre los pasos*, y está disponible en YouTube. Mis compañeras lograron incluso una visita a su casa donde, según recuerdan, Vicente Preciado guardaba en un baúl numerosos ejemplares de una rara edición de ese libro de la primera novelista mexicana —por cierto, nacida también en ese valle surreal que es la región meridional de nuestro estado, en el municipio de Tonila—. Con esa sonrisa y ese carácter tan bondadoso de Preciado Zacarías, se hicieron acreedoras a algunos ejemplares que las polillas habían dejado en mejor estado. Todavía tengo un par de ellos en mis librerías. Vicente sabría describir con sumo detalle sus páginas, pastas y lomos; yo recuerdo que tiene en su portada una ilustración del maestro Tijelino.

Debo hacer un paréntesis, entre muchos, de la primera vez que vi a Vicente Preciado. Estaba también en la prepa, debió ser por aquellas mismas fechas en que asistí al taller de Sigala. Mi fuego literario era como el de una velita inquieta. Junto con Verónica Cortés, una gran lectora y amiga de la preparatoria, ideamos un concurso de cuento para estudiantes de esa escuela ubicada a un costado de la colonia San José. Nuestro jurado sería Vicente Preciado y otros profesores de español y literatura a quienes convencimos. Escribimos e imprimimos la convocatoria en las paredes de la prepa, pero después el despertar adolescente nos llevó a atender otras circunstancias y no prosperó

más allá de la iniciativa. Aquellas circunstancias fueron publicadas, en un breve resumen nostálgico en La gaceta del CUSur en octubre de 2021, bajo el título “Zapotlán de grande”.

En aquel documental sobre la obra de Refugio Barragán también aparece Orso Arreola, quien fuera el custodio de la obra y de la casa de Juan José Arreola. Las tomas fueron en su oficina en la Casa Taller Literario. Por motivo del fallecimiento de Orso, el escritor David Izazaga publicó en la página de su taller de crónica una visita guiada que escribí para rendir tributo a tan magnífico lugar. Se puede leer en [elhuevocojo.com](http://elhuevocojo.com) bajo el título “Visita guiada por la casa de Juan José Arreola”. Entre talleres nos veamos.

Pero retomo el tema. En aquella conspicua calle Victoria de Zapotlán han desfilado entonces fósforos, antorchas, sopletes y demás fuegos encendidos gracias al apoyo de Ricardo Sigala. Estamos algunos que todavía escribimos en la oscuridad, pero también quienes se han consagrado como grandes voces de la narrativa actual, como el caso de Hiram Ruvalcaba, quien no deja de cosechar galardones pero que al menos nos permite saber a cuáles concursos entrar sin peligro de quemarnos con su fulgor. Otros que han mantenido una antorcha al lado de otras actividades donde también son talentosos, como mi amigo fotógrafo Alejandro Moreno Merino, y otras talentosas plumas que tuve el honor de conocer al menos un momento: Javiera —con quien compartí clases en Periodismo—, Lenin Álvarez —sensible poeta que admiro mucho—, Didiana —arqueóloga de textos perdidos, interesada también en Refugio Barragán—, Lizeth Sevilla —que realizó una tesis sobre el maravilloso pulque—, y Milton Peralta, con quien trabajé un día en el extinto Diario de Zapotlán. Sin embargo, en el sur hay todavía muchas más plumas que han encontrado poesía en sus escondites, nubes y montañas.

Por eso escribo esto, porque uno escribe para no olvidar —y no ser olvidado—. En esto coincido con Vicente Preciado, quien también reconoce en el prólogo de *Indicios* que “un poema impreso perdura más que la vida de un humano común”. También por eso acepté esta inesperada invitación la semana pasada a escribir sobre el muy necesario Taller Literario de la Casa de la Cultura de Zapotlán el Grande en sus más de 25 años de existencia. Tomaba un café en la Librería José Luis Martínez en el Fondo de Cultura Económica en Guadalajara, cuando vi acercarse a Ricardo y Araceli. Platicamos brevemente sobre el libro *Indicios* y le compartí mi interés por conseguirlo en tierras tapatías. De su mochila, Sigala tomó un ejemplar y me lo regaló —sí: aproveché para pedir la dedicatoria y escribió algo que desde hace años me describe bien, una persona que vive entre el periodismo y la literatura—. Estoy seguro de que dijo “debiste estar en este libro”, y quizá sí, pero la vida me ha traído de nuevo a Guadalajara a estudiar la Maestría en Literatura en el Centro Universitario de Ciencias Sociales y Humanidades y ahora sólo la nostalgia me acerca, en forma de textos, a la laguna y los volcanes del sur, para muestras el texto “Al pie del volcán”, recientemente publicado en mi blog. Sin embargo, lo breve de mi creación literaria forjó sus inicios *allá*, en Zapotlán, cuando obtuve algunas menciones honoríficas en el concurso de cuento “La Jirafa”, o cuando en 2013 recibí la beca del PECDA para mi libro de cuentos, gracias al interés del poeta Antonio Deltoro y su curiosa cercanía con Zapotlán (historia que después me tocará contar). *Acá* en Guadalajara se ha acentuado mi carrera periodística, con crónicas, artículos y reportajes para medios estatales y nacionales, así como ensayos para la revista Luvina.

Quede, entonces constancia de que yo también fui parte de esa “cofradía de discípulos transeúntes” de los sábados en el

taller de Sigala, con quien comparto una peculiaridad: ambos somos tapatíos por nacimiento, pero zapotlenses por un cálido y afortunado recibimiento.

Me despido con una felicitación por la importancia del taller y deseando que con cada fósforo se enciendan cada vez más llamas en el llano.

Marzo de 2022



## TENEMOS UN TALLER LITERARIO...

Salvador Manzano Anaya

Lo que me gusta es escribir y cuando termino es como cuando uno se va dejando resbalar de lado después del goce, viene el sueño y al otro día ya hay otras cosas que te golpean en la ventana, escribir es eso, abrirles los postigos y que entre.

Julio Florencio Cortázar (1914-1984)  
Escritor y Traductor argentino

Algunas personas me decían: “eso que escribiste, publícalo”, no tenía idea de cómo hacerlo; sin embargo, seguía escribiendo, un día decidí probarme en un concurso de cuento, entonces ya estaba muy crecida “la mata” literaria en el bello Zapotlán y se reducían mis posibilidades —pensé. Escribí “Pueblo chico”, un cuento protagonizado por Sayula, la tierra de mi infancia.

Cuando se llegó la fecha de publicación de los ganadores del certamen en el Diario de Zapotlán, primero leí “Ciudad de Locos”, una columna de la sección editorial que escribía una joven Lizeth Sevilla, de quien ya tenía rato admirando sus textos. Luego busqué la noticia con los resultados del concurso de cuento, sin abrigar esperanza, el artículo estaba en primera plana, para mi sorpresa lo primero que vi fue una línea: “Salvador Manzano...recibe mención honorífica”, ¡NO!, eso no, seguro que es una broma. Después timbró el teléfono, uno de los organizadores del concurso me felicitaba y me invitaba a desayunar para luego pasar a la entrega de los premios y reconocimientos.

Fue una mañana de abril de 2008, conocí al profesor Ricardo Sigala y a Milton Iván Peralta, jueces y organizadores

del evento, al director del Diario de Zapotlán que promovía la primera edición del concurso de cuento de La Jirafa, nombre tomado de la sección cultural del diario. Ahí estaban los finalistas, entre ellos Alejandro Moreno Merino. Cuando concluyó el evento el profesor Sigala, me dijo: “Tenemos un taller literario en la Casa de la Cultura, si gustas acompañarnos te esperamos, los sábados a las 10:00 am...”, ése fue el prelude de una aventura de nueve años, el profesor me proponía uno de mis más anhelados sueños de la vida. La oportunidad de pulir mi escritura, si me pulí, no sé...pero esta es la historia.

El sábado siguiente llegué más temprano al taller de literatura para “conocer el terreno”, era la primera vez que entraba a la Casa de la Cultura de Ciudad Guzmán, pregunté por el salón y me señalaron una puertita al fondo, estaba solo, había una mesa y algunas sillas, enfrente se escuchaban gritos de un maestro que impartía su clase de teatro, jamás me imaginaría que lo escucharía cada sábado por nueve años. Me recibieron con su sonrisa petrificada los bustos de dos desconocidos en el patio, alguien afinaba un piano por ahí...

Aprovechando que tenía tiempo decidí ir por un café a la tienda, al abrir la puerta del lugar, volteó y me miró un joven chaparrito, moreno, con unos ojos tremendamente dramáticos, me saludó con una sonrisa forzada mientras se acomodaba aparatosamente varios libros bajo el brazo para poder manio-brar con una Pepsi Cola y una concha de pan gigantesca, al parecer estaba mirando el periódico. Llené mi termo de café y pagué, al regreso me percaté que el joven y yo teníamos el mismo destino, le pregunté “¿vamos a dónde mismo?” y esa mirada se encendió de nuevo y me dijo que iba a un taller literario. “Fernando Ulises Moreno de Cihuatlán Jalisco”, se presentó. Le correspondí con mi nombre, al escucharlo, rápido desdobló su periódico (casi tira todo su cargamento) y se puso a releer

la nota del concurso literario y luego la mirada, me señaló con un dedo y esa sonrisa sólo de él “¡usted ganó mención honorífica del concurso!, ¿Ya vio?”, desde ese momento supe que ese jovencito y yo seríamos una especie de Batman y Robin en el taller (el creía que él era Batman; pero era yo).

Llegamos al recinto de las artes y ya estaba muy acomodado un señor de edad, Fernando me lo presentó como don Jesús Vázquez Barragán quien, muy ceremonioso, se puso de pie y me dio la bienvenida, Fernando ya le había extendido el periódico sobre la mesa para que viera que me habían dado una mención honorífica, así conocí a otro gran compañero de taller, después me enteraría que se trataba de un gran pintor paisajista y antes cantante de ópera, originario de Ciudad Guzmán.

Algunas veces conoces personas y de repente resulta que son parientes, así resultó cuando me presentó Fernando a Alejandra Sarahí Lucatero Anaya (mi prima), una jovencita templada, quien sería una gran aliada y compañera de siempre. Ese primer día, llegó una familia: Dzoara, su mamá, su hermano y la hermanita; el nombre de Dzoara me gustó y me inspiró para escribir uno de los primeros cuentos en el taller. Ellos duraron poco tiempo, quizá menos de un año a partir de mi llegada.

Los demás talleristas de esa época, todos muy comprometidos con la literatura, todos excelentes escritores y lectores... Lizeth Sevilla, Alejandro Merino, Damián Covarrubias, Hiram Ruvalcaba, Lenin Álvarez, Milton Iván Peralta, Yolanda Chávez, Beatriz Moreno, Nieves Moreno Jacobo, Cuquis Benavides, Gilberto Moreno, Cristina Velazco, Jorge Manríquez, Sandy Silva, Alejandro Valdovinos, Idelina Martínez Coria, Julio Moreno Virrueta, Salvador Manzano hijo, Carolina Zorrilla, en fin. Imposible recordarlos a todos, muchos iban y venían, había apariciones repentinas, si se me escapara algún nombre créanme que no es intencional, y pido perdón de una vez. Bá-

sicamente este cuadro que presenté son los que habitualmente estaban en el taller cuando yo asistía, y crearon una época “el segundo decenio”.

“El noble caballero”, así le decíamos a don Jesús Vázquez Barragán a propuesta de Fer. Fue el asistente más longevo del taller, era muy poca su producción, sin embargo, escribió dos libros, era un tipo muy participativo. Fácil víctima de nuestras bromas, lo nombramos “el crítico titular y oficial del taller”, porque era muy criticón, lo malo como ya dije, rara vez escribía algo y no daba cabida a que nos vengáramos. Don Jesús sufrió mucho porque la “señorita sinalefa” se sentaba frente a él y su generoso escote no le permitía concentrarse, finalmente optó por usar sus lentes Ray Ban oscuros para aquello de la mirada traviesona. Así mismo le decía yo:” Don Jesús, ese don Jesús, acá está el profesor”, se ponía rojo y me regañaba. Este señor fue un ícono en la temporada de mi asistencia al taller, amigo de todos, enemigo de nadie, ahora descansa en paz.

Uno de los más populares del grupo era Fernando el psicólogo, el primer compañero que conocí, ya lo dije; un día, en el café-bar “Mátame poco a poquito”, me pedía consejo para escribir algo que ganara un concurso, estaba desesperado porque su producción no era reconocida, “tú tienes dos menciones, pronto ganarás algo, dime cómo”, me decía. Esa tarde de invierno, eran vísperas de Navidad, hacía un frío del bueno, del que distingue a Zapotlán el Grande. Me puse mi abrigo y creí que Fer también haría lo propio, pero dijo que había olvidado su chamarra en su pueblo y no tenía qué ponerse. “¡Caray!”, pensé que debíamos ir a mi casa por algo que prestarle, pero se me ocurrió otra cosa. Le pedí que fuéramos a la calle Reforma donde se instalan los vendedores ambulantes de abrigos y gorros, le dije: “Fer, fíjate que mi hijo cumple años pasado mañana y él es más o menos de tu complexión, por fa-

vor pruébate un abrigo que te guste y te quede bien”. Él eligió un bonito y calentito chaleco y lo compré. Le pedí que no se lo quitara porque hacía frío y que luego me lo daba, así fue. El día siguiente Fer me llamó preguntando cómo le hacíamos para entregarme el chaleco de mi hijo puesto que ya tenía que irse a su pueblo, y le dije: “hazme un favor, envuélvelo para regalo”, en un rato paso y te doy un aventón a la terminal de autobuses. Cuando estuve con él me lo entregó, lo tomé, le puse unos chocolates encima y se lo regresé: “¡feliz navidad, amigo!”, le di un abrazo. Fernando se emocionó mucho, muy agradecido, se despidió y partió a pasar la navidad con su familia, regresó con un cuento, que insistentemente revisaba, corregía y no soltaba la libreta para nada.

Esperamos el siguiente concurso y registramos nuestros respectivos cuentos. Él traía el chaleco puesto, lo llamó “el chaleco de la buena suerte”, pocos días después nos anunciaron a los dos como ganadores de menciones honoríficas. Él le atribuyó al chaleco su logro. Su cuento se llama “El fruto prohibido” y comenzaba así: “Yo soy hijo de Salvador Manzano y de una prostituta redimida...”, ¡pinchi Fer!

En una mañana de taller Alejandra Lucatero se molestó mucho porque don Jesús dijo que su texto tenían algo de cacofonía, ella se sintió ofendida, le aventó una mirada de esas matadoras, pero por educación no dejó salir el palabrerío infernal que se gestaba en su mente; entonces la indignada se puso a hacer algunas precisiones al respecto y dijo que no veía la susodicha “cacafonía” (así dijo), pensamos pues que tratándose de algo sucio como ella dijo, pues cualquiera se hubiese ofendido. Desde entonces Lucatero se convierte en la Señorita Cacafonía. La compañera que escribía los textos románticos más eróticos del grupo era Idelina Martínez Coria, estudiante de periodismo, fue la causante de la tosecita repentina de don

Jesús y de uno que otro “Ay Dios mío” de una que otra compañera. Ella fue bautizada como la Señorita Sinalefa.

La mecánica del taller de literatura del profesor Sigala era muy agradable, iniciaba una conversación con todo el grupo, sobre las noticias del mundo literario, sobre los libros que estábamos leyendo, los escritores de moda, sobre los concursos literarios en puerta y más. De esta manera esto se convertía en una especie de rompehielo muy edificante. Después pasábamos a leer a alguno de los grandes escritores, lo comentábamos y finalmente tallereábamos nuestros escritos.

Uno de los consejos que recibí para presentar mis textos al tallerear fue que recibiera todo tipo de crítica con agradecimiento y tomara todo lo que me sirviera como un buen consejo (aunque sintiera mucho coraje), y lo que no, discretamente lo olvidara, esto vino de la compañera Yolanda Chávez Arroyo. Sin embargo, hubo varios compañeros o compañeras que se molestaban e incluso lloraban. Yo aprendí a escucharlos con atención y los comentarios de todos los compañeros siempre me ayudaron mucho, aportaban una fina enseñanza.

Cierto día llegó al taller inesperadamente una poeta colimense, traía material para tallerear, muy segura y con ciertos aires de diva nos leyó su texto, creo narraba algo de la revolución cristera. Siendo ella poeta y recién incursionada en narrativa, notamos algunas “inconsistencias” que pulir de su trabajo, dichos detalles se los externamos cada uno de nosotros, fueron varios; pero el buen Gilberto Moreno (el rudo del salón), cuando tuvo su oportunidad, se aventó con severas críticas como hachas afiladas y le ponía unos ojos como de perico peleonero, ocasionado que la poeta colimense se arrepintiera y jamás volviera al taller...

Creo que desde mi sentir las críticas que llegaron a dolerme un poquito fueron en su momento de Julio César Moreno

Virrueta quien dijo que mis textos eran “muy planos”, así nomás tajantemente sin algo que me guiara a mejorar; pero me lo caché que se vengaba de una crítica mía, yo le había dicho que sus textos eran muy “cuadrados”, todo quedó geoméricamente saldado. Otra ocasión que sentí un poco un comentario fue cuando Damián Covarrubias dijo que de mis textos lo único que le gustaba eran los finales, que al cuerpo le faltaba “sustancia”. Lo bueno es que me puse a reflexionar lo que me estaban aconsejando, me tomé un té de tila y les dije que “siempre no” a los guaruras que había contratado para que les pusieran “una madriza”. Esto sucede cuando ya hay una maduración como tallerista, asimilando todo a favor y dando por sentado que esto es parte del *show*.

Esto de “tallerear textos” se prestaba sabrosamente para sacar de onda a cualquiera, recuerdo un día que nos pusimos de acuerdo varios compañeros para ser rotundamente agresivos con nuestros comentarios con un compañero que espontáneamente aparecía en el taller, Israel Castolo, la mayoría aceptó participar en la broma, sólo don Jesús dijo que no, que él no podía hacer eso, pero como escuchó lo que decíamos, se reía y cuando le tocó su turno todos le clavamos la mirada. Don Jesús se acomodó los lentes y le dijo: “amigo con todo respeto, ¿usted no tenía otra cosa mejor por hacer que esto?” Todos soltamos la carcajada y no hubo más remedio que aclararle al compañero (que ya estaba devastado) que se trataba de una broma. El profesor ajeno a todo esto, solo miraba a un lado y otro sin comprender lo que sucedía, aunque maliciaba que habíamos tramado algo.

Cuando se terminaba el ciclo anual del taller para salir de vacaciones, había que hacer una presentación de nuestros trabajos al público en general y a las autoridades municipales, ese era un día muy emocionante, el profesor y sus alumnos leía-

mos nuestras creaciones literarias en el auditorio, invitábamos a nuestras familias y conocidos. La autoridad municipal nos premiaba con un bonito diploma. Y después nos íbamos a celebrar con una rica cena. Las celebraciones de nuestro grupo naturalmente también eran en honor a alguno que ganaba un concurso, la publicación de algún libro, los cumpleaños, en fin. Como tallerista, cuando presentas un trabajo ante un auditorio y eres aplaudido, experimentas una agradable sensación, aunque aplaudan para que ya te calles, se siente sabroso; pero qué tal cuando tienes que leer tus obras, porque tienes el compromiso y no hay público, ¡a veces la gente no va!

En una ocasión el H. Ayuntamiento nos convocó a cubrir un evento, nos enviaron a leer nuestros cuentos en la Plaza de Armas, mandaron poner equipo de sonido, toldo, una mesa larga para nosotros y muchas sillas. Nos presentamos a la hora indicada, no llegaron ni las autoridades, ni el público...y así empezamos. El sonido del micrófono llevaba nuestras historias hasta los portales, las tiendas, la catedral y no faltaba alguna mirada de compasión de los transeúntes hacia nosotros. Conté sesenta sillas para el público de las cuales estaban ocupadas solo tres, dos por un borrachito que estaba acostado, dormido, y muy molesto por el ruido que hacíamos, y la otra por un perrito que la usaba de sombra y nos miraba atentamente, un perrito culto. Terminamos de leer nuestros textos, el maestro cerró el evento, abandonamos el lugar, el público fantasma de esa tarde literaria nunca aplaudió.

Recuerdo con emoción aquella vez que uno de los eventos de fin de curso apuntaba a que iba a haber buena audiencia y teníamos varios trabajos por presentar, muchos de ellos fueron ese año premiados, yo quise extender la invitación a otras personas y entre ellas al encargado del Archivo Histórico de Zapotlán el Grande; pero resulta que cuando indagaba su correo



electrónico correspondiente me equivoqué y envié la invitación al Archivo Histórico pero de Colima, y bueno al rato me llama por teléfono de Colima el doctor José Luis Negrete (yo sin conocerlo) agradeciendo la invitación y proponiéndome que fuéramos a Colima a leer nuestros cuentos, no me explicaba de dónde y cómo había salido este señor de Colima, hasta después que me percaté de mi error.

Coincidió casualmente que las oficinas de Archivo histórico de Colima y Zapotlán el Grande tienen un pacto de apoyo mutuo para organizar eventos de este tipo, entonces cuando el arquitecto Fernando González Castolo, encargado del archivo de Zapotlán el Grande, es informado por su homólogo de Colima de esta invitación, nos apoya con las gestiones para conseguirnos un vehículo para llevarnos a Colima, el evento se suscitó con muy buena audiencia y muy agradable. Quizá la primera gira artística del taller literario de Ciudad Guzmán.

En Sayula Jalisco se anunciaba el Concurso de Cuento Juan Rulfo en dos categorías, libre e infantil. Mi hijo Salvador Manzano Jr. y yo decidimos enviar nuestros respectivos cuentos. Él siempre se distinguió en el taller por escribir cuentos con cierto erotismo, por tanto sus trabajos llevaban una clasificación definitivamente no apta para menores. En cambio mis escritos son más tranquilos, más conservadores. Entonces, era yo el comisionado para hacer la inscripción de nuestros cuentos en la casa de la Cultura de Sayula Jalisco, la señorita que me recibió los dos sobres me dijo: “¿Por qué presenta dos cuentos?”, “No señorita, le dije, uno es de mi hijo y el otro mío, nos llamamos igual”. Ella revisó e hizo lo propio para el registro y me dice: “Bien ya quedó, su cuento se registró para la categoría libre y el de su hijo para Infantil...”, “¡Noo! Señorita, disculpe, el cuento de mi hijo es más “fuertezón” que el mío, vamos ambos en la misma categoría”, la señorita me aventó una miradita picarona y yo me hice el que no me di cuenta.

Todos los que asistimos a un taller de literatura somos llevados por ese gran anhelo de publicar, un libro, una tesis, notas, vamos, queremos ser escritores. Persistir en el taller, bajo la batuta de un buen orquestador, invariablemente lograremos nuestra meta, en la medida y con la calidad que nosotros mismos nos proponemos.

Nuestro agradecimiento a las autoridades que fueron haciendo posible esta escuela en toda su historia.

Del orquestador, del formador de escritores escribo a continuación.

### **El formador de escritores**

Ricardo Sigala Gómez, el profesor, es como un texto bien escrito en cualquier género literario. Un impecable personaje de boina, termo y mochila (con libros, apuesto); que lee más que respirar, que escribe más que comer, fluye entre líneas de un párrafo a otro, consumiendo páginas, de un capítulo hasta el último, de un libro a otro y solo puede ser interrumpido por un trago a su buen vino.

Ente de librerías y bibliotecas, de los pasillos del oloroso y buen café, entre la espera de volúmenes pedidos en línea, en el cuestionamiento sobre un libro o autor determinado y el severo escrutinio de la calidad de este, jamás el crítico mordaz y canino, no el irreverente y mezquino; sí el definitivo y certero.

Es como un texto escrito a la perfección porque no tiene o no sabe ser de otro modo, trae un chorro de abstracciones y nos obliga a emplearnos a fondo para comprenderlas con el saber que propone. Trae la enfermedad incurable de no mostrar errores y de corregir hasta lo que está impecable.

En los registros dice que es tapatío, que come virote y que baila el jarabe; pero más parece del sur de Jalisco, de Zapotlán el Grande, de raíces bien agarradas a tierra mazorquera, están

sus huellas en el barro de la laguna y es tan típico de este lugar como la mejor palanqueta de nuez.

Es un monstruo que se alimenta de letras, pero no de pasta, sino de letras de los libros, de revistas literarias, de uno que otro periódico, porque si hablamos de sopas la única que consume es la Maruchan, calma su sed con tinto y café, cuando él quiere, donde él quiere, a la hora que él quiere; todo ese es su modo de ser.

El hombre es un cabrón que lucha incansable por tener un bajo perfil y nunca lo logra, siempre sobresale y brilla, como la luz del filo de la espada de Gabriel, su elemento en su incansable búsqueda del paraíso.

Pasé por su taller, su proeza de aguantarme es algo extraordinariamente loable, nueve años dijo él y yo digo que diez porque el último en pedacitos también cuenta. Cuando formé parte de esa historia aprendí bastante, mucho mejor que en cualquier lado, y él también aprendería de mí, se hizo méndigo, bromista y alburero.

Divago un poco en su inicio, como maestro de Taller, esta línea de tiempo ya de un cuarto de siglo más uno, la llegada de Ricardo, primer día, el sentimiento genuino de inseguridad, arquea la ceja y mira a todos lados...¿Quién vendrá? ¿Cómo será esta gente? ¿Qué pensarán de un taller literario? ¿Cómo empezaré? ¿Cuánto duraré? Las incógnitas iban y venían y se fueron resolviendo día a día, fue forjando nuevos escritores, nuevas generaciones, si no escritores, buenos lectores, amantes del arte, críticos, uno que otro desbalagado, pero todos amigos.

El Taller Literario prospera y sobrevive a los temblores, a los cambios políticos, del ir y venir de las autoridades de cultura, de las circunstancias y adversidades que han ido apareciendo con el paso del tiempo. El profesor sigue, no se inmuta, él y su literatura continúan con un *show* interminable, siempre renovándose e inmune al tedio o al hastío.

Me imaginaré al maestro cuando llega al recinto cultural, saluda a los empleados, su parco y característico saludo a medio sonreír, se registra y se dirige al aula, su laboratorio de letras, deja sus cosas en la silla de al lado, toma asiento y toma un sorbo de café, a la espera de sus discípulos, los que lleguen, rara vez sabe cuántos son, cuantos se irán, probablemente algún día no cabrán en el aula. Él, sin embargo, continúa indetenible con su literatura. Previo saludo empieza a alimentarlos con su magia.

El profesor Sigala nunca exige, él sólo hace ir y venir el conocimiento, lo arroja como aves a revolotear por el aula; vuela la narrativa, la poesía, cada uno de los géneros literarios, las historias y caen las plumas del conocimiento sobre nosotros, cada quien sabe cómo hacer su penacho.

Con el paso del tiempo las caras van y vienen, las caras cambian, ninguna igual, algunas persisten, otras desisten, el profesor no se inmuta, intachable sigue con inusitada constancia con su cátedra amada.

Es difícil saber su desaprobación más allá de un arqueo de cejas; aunque si este mismo va acompañado de una tenue sonrisa...es ya un magnífico buen augurio.

Descubrí en su sonrisa el orgullo manifiesto por ver los libros escritos o los premios logrados por sus discípulos. El maestro calladamente espera este momento, con ansía, a veces desespera, pero no lo dice y después de que fructifica su gestión, renace en él la alegría, más que del maestro, la del formador de escritores.

El maestro como escritor pregona con el ejemplo, de él surgieron varios libros *Periplos*, *Paraíplos*, *Domar quimeras*, *Extraño oficio* y *Letra sur*; además infinidad de aportaciones en diferentes medios. Y por si fuera poco su complicidad en todo lo que escribimos quienes aprendimos de él. También ganó

los Juegos Florales de Zapotlán el Grande 2012 con su poema “Tríptico del cuerpo”, y un sinnúmero de reconocimientos por su trabajo. El maestro locutor, su voz cultural se convierte en frecuencias que viajan hasta nuestros hogares en el programa de radio Cumbres de Babel de la Universidad de Guadalajara, agregando un granito más de arena a su gran aporte a Zapotlán el Grande y el estado de Jalisco.

El legado cultural del profesor Ricardo Sigala al pueblo de Zapotlán el Grande, es colosal, es increíble y lo más grande de todo es que...continúa.

Mi respeto, mi gran admiración.

## CRÓNICA DE UN ROMANCE ANUNCIADO

Ulises Araiza

A Montse Delgadillo  
por ser mi lectora y crítica más fiel

El Taller Literario de la Casa de la Cultura de Ciudad Guzmán ha alcanzado más de 25 años de su formación, dicho grupo tiene su comienzo con el maestro Ricardo Sigala Gómez. Si bien este texto empieza como una nota periodística, mi intención no es esa, en realidad “pretendo confundirte” y para lograr dicho cometido hablaré del amor, pero, no me refiero al sentimiento de una persona hacia otra, sino a lo más sublime, “el amor por la literatura” y lo digo porque una vez que te acaricia con el suave pétalo de una lectura jamás podrás dejarla, los otros son amores que te abandonarán pero ella siempre será fiel a ti y aunque te alejes “volverás”.

Ingresé al taller literario a principios del año 2007, esto gracias a José Emilio Galindo (qpd), entonces director de Radio Universidad de Guadalajara, Ciudad Guzmán, para ese tiempo yo estaba en segundo semestre de la Licenciatura en Psicología. Él veía cierto potencial en mí, reconozco que me ayudaba con mis pseudopoemas, un día me dijo: “chaparro, acompáñame”, te presentaré a un amigo que te ayudará mucho. Esa persona era Ricardo Sigala, quien era coordinador de la Licenciatura en Letras Hispánicas; él me pidió una muestra de lo que escribía, al par de días como todo literato crítico me dijo lo negativo y las virtudes de mis textos, además, me invitó cordialmente al taller literario, esto coincidía con los deseos de “Galindo”, que aprendiera el oficio y me convirtiera en un escritor.

Se llegó el día de asistir al taller, me preparé mentalmente ya que nunca había estado, ni sabía qué era un taller literario. Al llegar me presentan a algunos compañeros, leo un poema, de cuyo nombre no quiero acordarme, y evidentemente lo hacen pedazos, sin embargo, estos son los primeros pasos de mi idilio con la literatura.

En el taller literario hasta el más indiferente se enamora; sí, sé que suena exagerado y habrá quienes deseen ingresar para aprender a escribir poemitas y dedicárselos a su novia en turno, pero no, yo hablo de un amor a la vida. La literatura humaniza y es en este punto donde el taller de Ricardo Sigala cumple una función tremenda en la sociedad. Para empezar, se compone de cualquier persona con sentido común, ahí lo único importante es el deseo de disfrutar la literatura, de tejer ideas y ¿por qué no?, llevarlas al papel.

Cuando ingresé al taller literario conocí a personas con diversas profesiones, para mí era sorprendente porque en mi lógica me sentía extraño, ¿cómo un estudiante de psicología dedicándose a la literatura? Ahí me di cuenta que la literatura no sólo la ejercen los estudiantes de letras hispánicas, filosofía y letras, periodismo... No, a ella no le importa tu profesión sino tu deseo por leer, escribir y aprender.

Entre los compañeros del taller estaba un noble paisajista, algunos estudiantes de bachillerato, otros, normalistas, un estudiante de ingeniería ambiental, que era una promesa de la literatura y después se convirtió en una realidad, una diseñadora que escribe de maravilla, una poetisa, un joven que admiraba a las jirafas, seres de inframundo, algunos dioses del Olimpo, uno que otro extraterrestre, algunos suicidas, eran seres de lo más extraño, lo único que tenían en común era el amor por la literatura.

En dicho taller conocí la literatura de Julio Cortázar, Jorge Luis Borges, Sergio Pitol, Mario Benedetti, Néida Piñón, Or-

han Pamuk, Edgar Allan Poe, Antonio Lobo Antunes, William Faulkner, James Joyce, José Saramago, Philip Roth, Ernesto Cardenal, Juan Rulfo, Juan José Arreola, Shakespeare, Cervantes, Octavio Paz, entre otros, en pocas palabras era un neófito deseando ser escritor.

Algo por demás enriquecedor del taller literario fue que no solamente éramos compañeros de trabajo, sino amigos, esta unión nos llevó a tener la confianza de criticar y ayudarnos a mejorar nuestros escritos, sobra decir “cada uno vivía una odisea”, cada uno era Ulises enfrentándose al silencio de las sirenas, a los cíclopes, todo por llegar a Ítaca, en momentos los gigantes nos lanzaban a mundos paralelos, ahí convivíamos con “Lolitas y Dulcineas”, caminábamos de la mano de un tal Pedro, un hombre solitario, con tanta riqueza y vacío de Susana; sin embargo, no todo eran andanzas, también hubo momentos de esperar el tren, aunque a veces no sabíamos cuál tomar, dudábamos y solo mirábamos la estación, convivíamos con dragones, algunas prostitutas nos dejaban sin dinero y solo los gatos eran fieles testigos de nuestras creaciones, de vez en cuando aparecía una que otra musa que nos contrataba como músicos para interpretar una que otra canción desesperada, bebíamos cerveza hasta el límite, perdíamos el sentido imaginando cómo los robots se apoderaban del mundo, y lo único que nos quedaba para recordar que somos humanos era y es la literatura.

El taller es formativo, sirve para cualquier persona que tenga gusto por la literatura, independientemente si escribe o no, la lectura tiene que ser nuestra pasión, en mi caso empecé escribiendo poesía, no obstante, las actividades y el conocer a tantos autores mediante la lectura me permitió dar un giro de ciento ochenta grados, me enamoré de la narrativa, los ensayos, el teatro, pasé de un género a otro, cierto, no tengo uno



favorito, simplemente el taller literario me enseñó que el amor por las letras se puede llevar en las venas y adquirir por diversas circunstancias. Aunque actualmente no me dedico ni a la psicología ni a la literatura en forma, esta última me permitió impartir clases de comunicación en bachillerato, antes de meterme en este mundo de las letras, antes de formar parte del taller literario mi vida, o mejor dicho mi intento de vida, era tediosa, vacía y aunque son palabras hechas, no tenía sentido.

Muchos de nosotros creemos que elegimos a la literatura como un modo de vida, pero estamos en un craso error, nosotros no tenemos el libre albedrío, ella es la que selecciona a sus lectores y posibles escritores, una vez que te elige te haces acreedor como una vez lo dijo un tal Pedro a su hijo antes de morir, querido muchacho “ve en busca de tu madre Sofía y reclámale el amor que por derecho te corresponde, ella te eligió como hijo, sólo está esperando para entregarte el don que te corresponde, el amor más fiel del universo, el amor por la literatura”.

Es por eso y más que hoy festejo con mi maestro Ricardo Sigala, mis excompañeros, amigos, gente que conocí en el taller y de quienes conoceré el trabajo que han hecho y seguirán haciendo, enhorabuena por sus más 25 años, las personas van y vienen, pero la literatura persiste.

## TALLER LITERARIO CASA DE LA CULTURA

Hiram Ruvalcaba

El arte, por su propia naturaleza, es una actividad solitaria. La lectura, por ejemplo, demanda la soledad para operar su conjuro en el lector: hay un pacto solitario que negociamos en la sala de nuestro hogar, en el camión, en el comedor o donde sea que un libro se nos revela. A solas, también, abres la libreta o enciendes la computadora para escribir, titubeante, aquellas líneas que quizás —siempre es difícil asegurarlo— habrán de constituir un texto terminado. Esta condición se acepta como una de las consecuencias de perseguir cualquier arte.

En esta soledad, no obstante, me ha ocurrido durante toda mi vida que he encontrado a mucha gente. Los parajes solitarios de la vocación literaria están llenos de personas que, como nosotros, tratan de descifrar las palabras. Gente que deambula por los mismos lugares, que asiste a las mismas presentaciones, que acude a las mismas librerías y que, en muchos casos, comparte algunas amistades. Quizás por esto, por el deseo de encontrar personas que compartieran mi amor por las letras, fue que acudí, durante más de ocho años, al Taller Literario de la Casa de la Cultura.

Llegué en 2005, un año después de entrar al bachillerato y exactamente dos años antes de empezar, formalmente, mi carrera literaria. En aquel entonces, el taller estaba dominado por una vocación poética que todos los nuevos miembros, de una u otra manera, tratamos de emular. Yo, por ejemplo, escribía en arritmias todos los deseos insatisfechos de una sexualidad juvenil a punto de ser descubierta y así, disfrazados de poemas,

los presentaba con mis compañeros que —lo sé ahora— fueron demasiado amables con sus primeras críticas. “Me parecen demasiado apasionados tus versos”, “aquí veo imágenes fuertes y expresivas, pero sin suficiente claridad”, eran las palabras que decían para ocultar el consejo que añoraban darme: “mejor ve y consíguete una novia, Hiram”.

La existencia de un espacio para compartir lecturas, pasiones, textos propios, no debe menospreciarse. Para muchos, el taller es un lugar para compartir nuestro entusiasmo por las cosas intangibles, o por un nuevo libro que ha llegado hasta nosotros y nos ha revelado algo que queremos compartir. Porque esto no se dice mucho de los talleristas: cuando no están destruyendo los textos de sus compañeros, son personas muy afables y compartidas, capaces de encontrar la belleza y reproducirla para que llegue a más lectores. Para un joven con aspiraciones literarias un tanto inquietas, lleno de incertidumbres, el taller literario fue para mí un refugio. En él deposité mis sueños de escritor, y los fui nutriendo en compañía de los compañeros que, sábado a sábado, se fueron volviendo mis amigos. (Claro que, con algunas, contadas pero desafortunadas, excepciones.)

Cada uno de los compañeros del taller se volvió, con el tiempo, en una existencia valiosa, cuya influencia en mi vida trascendió los muros de la Casa de la Cultura y pasó a influir en mi vida. De don Jesús Vázquez, paisajista que nos compartía relatos autobiográficos, por ejemplo, aprendí el aprecio por la ópera y algunos conocimientos de plástica que me han venido a bien en esta etapa adulta. De Mariánela Puebla, poeta chilena, tomé clases de inglés durante casi un semestre. De Yolanda Chávez Arroyo, narradora y modista, aprendí un agudo sentido de observación hacia la condición humana. Y es que un taller literario no es sólo un espacio para compartir nuestros textos: en realidad, es un espacio para mostrarles a otros nuestra cos-

movisión, aquella perspectiva única que reside en cada uno de nosotros y que queremos manifestar a través de la literatura. Por eso, me parece, las relaciones entre compañeros de taller no aceptan términos medios: oscilan del agrado a la repulsión, pero jamás caen en la indiferencia.

Jamás me ha gustado ese mito de que la nuestra es tierra de grandes artistas; como si nacer en Zapotlán otorgara cierto hackeo en los genes que genera una vocación por lo inefable. Pero, aunque han pasado más de diez años sin asistir al taller, me permito entusiasmarme con las nuevas generaciones de escritores de Zapotlán acudiendo con disciplina y fervor al tallero. Jóvenes narradores, poetas, ensayistas que discuten, comparten y pelean con otros miembros, nuevos y viejos, para producir literatura erguida en los más altos estándares de calidad. Ellos buscan aún aquella voz detrás de la zarza ardiente que vaticinara Arreola. Ellos mantienen vivas las letras zapotlenses y, texto a texto, discusión a discusión, crítica desalmada a crítica desalmada, van construyendo el nuevo presente de la literatura de Zapotlán.

## RECUERDOS

Elvia Pérez

Recuerdos. Evocaciones, maravilloso viaje por el tiempo. Conversaciones secretas con el pasado. Esa íntima y seductora necesidad de volver, ¡siempre volver! Así son los recuerdos.

Y estoy aquí frente a mis recuerdos de otra época, cuando los títulos literarios en mi librero eran los clásicos, y los leídos en secundaria para mí no eran suficiente. Yo sabía que había un universo literario diferente hecho de letras, comas, puntos, tejiendo una red de historias, sensaciones, y mucho más. Así busqué y un día llegué a la Casa de la Cultura, al Taller Literario dirigido por un personaje bohemio, despreocupado, pero con un fuerte aroma a cultura, a saber, a librepensador y sobre todo a guía respetuoso de formas, estilos y gustos. Entusiasta hacedor de historias. Su nombre: Ricardo Sigala.

Mis recuerdos me llevan a esas aulas, muchas veces improvisadas, aulas impregnadas con el olorillo característico de las hojas de papel impresas, de tinta fresca, de páginas en blanco y sobre todo de saber, de leer, escuchar, discutir y analizar.

Nos encontramos cuentos, novelas, relatos, poemas, viajes que, desde las estepas siberianas con sus dostoiévskis, sus lollitas, siguiendo hasta el Grass con su tambor de hojalata. En este viaje interminable nos encontramos con Ulises, no el griego sino el de Joyce; pasamos por España con su Cervantes y la irreverente y versátil pluma de Savater. Nos encontramos con italianos ilegibles y plácidamente leídos como el Eco de los Cementerios de Praga, o la suavidad de Alessandro Baricco. También hacíamos viajes vertiginosos por un aleph guiados por

el memorioso, pasamos por el túnel del autor de *Sobre héroes y tumbas*, nos detuvimos por la monótona tregua y caminamos por las calles polvorientas de un pueblo cualquiera para encontrarnos con los pececillos de los muchos Aurelianos y no pocos José Arcadios, llegamos a las letras mexicanas, laberínticas, hablando de una soledad que nos lleva al origen, a la búsqueda de un padre, un llano inflamado de llamas, con una Susana agónica; y en un abrir y cerrar de ojos abrimos la puerta de un pequeño piso en donde dos locos ven vida en los vasos, en las sillas y son testigos de la trágica muerte de un espejo: fantasía, prosa maravillosa, como aquella piel decrepita y la voluptuosa mirada de la o las habitantes de la casa de una calle imposible y olvidada: Donceles.

Compañeros llegaban y se iban, fueron esos tiempos del lenguaje impecable de don Jesús Vázquez, contrastante con la frescura y vitalidad de Marcela Moreno, o la búsqueda implacable de un estilo de Marianela, y cómo no admirar los textos de don Ramón Rojas, los incompresibles collages de Apolonio, a Rafael Gandhi con una propuesta nueva, la dulce Gema, los textos de Gilberto Moreno cargados de mecánica cuántica, de partículas rebotando aquí y allá, más misteriosos que un agujero negro pero igual de espectaculares, y el orquestador de esta época, Ricardo, el guía que supo homogenizar este singular grupo de gustadores de letras. Mis recuerdos me llevan a esos tiempos.

Y ahora que el coqueteo con las letras se quedó en pausa, permanece el de mamá, el de química, entre tubos de ensayo, sonrisas de Paulina, una casa, plantas y un plumero. Se van los días, pero cuando al pasar la jerga de limpiar se asoma *Poemas* de Oliverio Girondo, recuerdo, siempre recuerdo...

## HACIA ATRÁS

Teresa Gómez Cervantes

Hoy 23 de abril, Día Internacional del Libro, quiero reconocer la importancia del Taller Literario de Casa de la cultura de Ciudad Guzmán y a Ricardo Sigla Gómez, su fundador. Para mí, como espero haya sido para otros, fue una experiencia importante, tuvimos la oportunidad de conocer nuevos libros, de volver a los clásicos y de escuchar nuestras propias creaciones.

Había asistido a un buen número de talleres de investigación, planeación didáctica y otros temas relevantes en mi trabajo docente, todos muy productivos, aunque poco divertidos. Coincidió que en ese tiempo me autorizaron un año sabático y en vez de ausentarme opté por inscribirme al taller que semanalmente funcionaría los sábados.

Éramos pocos, deseábamos aprender algo sobre poesía, narrativa y de paso gramática. Si la memoria no me falla compartimos las lecciones de Sigala, Cecilia González Villagrán, don Jesús Vázquez Barragán, don Ramón Rojas, Juan José Elizondo, José Luis Vivar y Érika Sánchez Benavides. Al principio fingimos timidez para leer nuestros escritos, aunque alguno se sintiera sabedor de todos los géneros, pronto lo vimos convertido en acucioso aprendiz.

Tuvimos lecturas públicas que, como siempre, se hicieron ante un reducido número de oyentes, en esta ciudad que se ha llamado “La Atenas del sur”, es frecuente que se reúnan la misma docena de gentes. Todavía no se abría la licenciatura en Letras Hispánicas, por eso no teníamos público cautivo como ahora he visto en algunas actividades culturales.

Después conocí a Hiram Ruvalcaba, Yolanda Chávez Arroyo, Jesús Juárez Martín. (A Pedro Mariscal, Francisco Hernández López, Martín Adalberto Sánchez Huerta los conozco porque hemos trabajado en la docencia, la política sindical. También el periódico Pueblo nos hizo miembros de otra “horda”, en los encuentros sociales se discutía la política, la ecología y Manuel Munguía cantaba huapangos.)

Lo más importante fue la manera tan serena y didáctica en que Sigala nos llevaba de un texto a otro, siempre desde los más sencillos pero infaltables, hasta las novedades editoriales. Eso me motivó para comprar libros y escribir algún ensayo o reseña.

Tengo un puñado de ideas apuntadas en papeles de diversa clase, cosas de adolescencia que fui sacando y reescribiendo en el taller. Me gusta escribir textos cortos, versos sueltos, narraciones o anécdotas y en este taller me crecieron las alas. Al final junté un buen número de páginas en un disco de 3.5 que nunca volví a abrir, porque lo olvidé y cuando lo encontré la tecnología había cambiado, las máquinas ya no tenían lector. Afortunadamente los imprimí y muchos años después los encontré en una carpeta.

Retomé algunos escritos y los convertí en un libro de versos titulado *La humedad y el polvo*, en esa edición casera aparece una generosa presentación del maestro Sigala. Más tarde fue editado por el SNTE. Con los artículos publicados en el periódico hice una recopilación llamada *Páginas de Pueblo* con el prólogo escrito por Manuel Munguía. El primer número de *Casi cuentos* fue prologado por don Federico Munguía Cárdenas, cronista de Sayula y director del periódico Tzaulán.

Se terminó mi sabático y volví a ser la profesora exigente, dedicada a mi labor pedagógica y sindical. Mas nunca he perdido mi relación con Ricardo Sigala, en ocasiones el maestro siembra y otros cosechan los frutos.



Así se entretejieron mis aprendizajes. Más tarde he asistido a algunos cursos y talleres, sigo escribiendo, entrego copia de los textos a Sigala y a mis colegas.

Han pasado más de 25 años y muchos han asistido a su taller, algunos han volado más lejos y más alto, pero todos recordaremos cómo esa inquietud por la palabra fue cultivada en sus sesiones sabatinas.

## UN MOMENTO POR FAVOR. TALLER LITERARIO

J. Jesús Juárez Martín

Algunos acontecimientos marcaron nuestra vida porque dieron cauce a nuestras acciones e influyeron actividades futuras culturales, profesionales o emblemáticas en el acontecer en que nos desempeñamos.

Desde el año 1965 dejé de manifiesto mi gusto por la escritura al participar en el concurso convocado para alumnos de preparatoria por el ayuntamiento de Guadalajara para celebrar el bicentenario del natalicio de José María Morelos y Pavón, “El Siervo de la Nación”. Eran los primeros días de julio cuando —me había regalado unos días de vacaciones—, al regreso a Guadalajara encuentro a dos compañeros entusiasmados a punto de entregar su trabajo de escritura, me invitaron a participar porque el plazo se cerraba a finales del mes. Convencido de participar, y en espera de mis calificaciones finales de la preparatoria, consulté libros en la biblioteca y entresaqué datos de su ejemplar vida, desde su trayectoria en la Independencia de México hasta su muerte en Ecatepec, el aciago día de su fusilamiento.

Cercano al plazo de entrega de participaciones, llevé mi trabajo titulado “Semblanza de Don José María Morelos y Pavón”. Con la inquietud y la alegría de participar, vislumbraba una remotísima esperanza de triunfo. ¿Ganador? Lo deseaba, pero... Inquieto esperaba y el periódico El Informador, muy cercano a los días de celebración de la Independencia Mexicana en septiembre, publicó: “El ganador del concurso mencionado corresponde a José de Jesús Juárez Martín, que debe acreditar su escolaridad.”

El día 30 de septiembre estuve entre las autoridades municipales, educativas y militares en los honores cívicos a José María Morelos y Pavón organizados por el ayuntamiento de Guadalajara. Ahí recibí del presidente municipal, Eduardo Aviña Bátiz, un diploma y efectivo por el primer lugar en el concurso de escritura.

Aquí en Zapotlán el Grande, por los años noventa y cinco o noventa y seis, por referencias entusiastas del amigo Antonio Vázquez Clavel, supe del Taller de Literario que dirigía el joven maestro Ricardo Sigala Gómez —y que aún dirige, y ha dado sentido a los que sueñan con escribir—. En el taller nos encontramos con escritores jaliscienses y nacionales, autores reconocidos como el Dr. Vicente Preciado Zacarías, Dante Medina, Julio César Aguilar, y el mismo docente Ricardo, porque conocimos su primer libro: *Periplos*, leído, comentado y admirado en jornadas sabatinas.

La producción literaria del maestro Sigala se ha multiplicado en los recientes años; conceptual, certero en sus figuras y estilo, lidera, motiva a los talleristas y sus alumnos. Es docente en la carrera de Letras Hispánicas en el CUSur donde cultiva día a día el anhelo literario y la superación; desde el inicio su liderazgo y apertura fueron evidentes, con una gama de modos personales de comunicación y que se acrecienta actualmente.

Una mención especial, afectuosa, agradecida al Taller Literario de la Casa de la Cultura de Ciudad Guzmán que preside el maestro Ricardo desde hace tantos años y en donde convergimos con escritores singulares como el doctor Juan José Elizondo Díaz, don Ramón Rojas Chávez y el pintor Jesús Vázquez, compañeros con los que alternamos algunos fructuosos años. También a la escritora chilena Marinela Puebla, “Pueblita”, que recibió mención honorífica, como quien esto escribe, en los Juegos Florales de Zapotlán el Grande en el año 2001, cuando

el ganador fue Martín Adalberto Sánchez Huerta. “Pueblita” volvió por el triunfo de Juegos Florales en el año 2004. Finalmente, es necesaria una mención al inquieto y promotor de la poesía el doctor Julio César Aguilar, que publicaba trabajos en sus revistas, entre la que destaca Orfeo.

Disfruto de esta celebración del Taller literario que, ya en la madurez, continúa motivando y enriqueciendo el patrimonio literario de Zapotlán el Grande, y que nos permite acercarnos a las plumas y talentos jóvenes. Felicidades, Maestro Ricardo Sigala Gómez. Felicidades, Casa de la Cultura de Ciudad Guzmán.

## DE LA LITERATURA AL CINE Y DEL CINE A LA LITERATURA

Rafael Gandhi Magaña

El taller de Ricardo Sigala fue mi primer acercamiento comunitario hacia la literatura. Ricardo nos entrenó en una manera particular de leer, que consistía en reflexionar cómo aquello había sido escrito; sin importar que se tratara de un poema, un cuento o una novela, la intención era la misma, acercarse a la forma de trabajo del autor. Éramos lectores *amateurs* practicando para ser lectores profesionales.

Esta forma de leer nos daba aliento para escribir. En la segunda parte de cada reunión “tallereábamos” nuestros textos y poníamos en práctica una lectura crítica que discutíamos entre todos. En reuniones posteriores revisábamos los avances y las correcciones hechas. Tengo aún dos poemas que escribí en 1997 cargados, por cierto, de una rebeldía adolescente; los he guardado solo para mí.

El taller era también un lugar de descubrimiento y de iniciación. Gracias a la generosidad literaria de Ricardo descubrimos autores de diferentes países. Fuimos iniciados en Nicanor Parra, Jorge Luis Borges, James Joyce, Yevgeny Yevtushenko, José Donoso, Willam Carlos Williams, Walt Whitman, José Emilio Pacheco, Italo Calvino y un largo etcétera. También nos visitaron sus amigos escritores para discutir una obra suya. Recuerdo a Fortunato Ruiz, Jorge Orendáin, Eugenio Partida, pero hubo más.

Mi hermano Omar también asistió al taller y tuvimos la suerte de contar con la amistad de Ricardo por fuera de las

reuniones semanales. Hubo fines de semana que se quedó en casa, vivía entonces en Guadalajara, y disfrutamos de su conversación en largas sobremesas con mucha comida y vino, que seguimos recordando con humor y afecto.

Gracias al taller elegí estudiar Letras. La decisión estuvo dividida con la carrera de Dirección Cinematográfica. El cine fue una primera pasión que descubrí por mi padre, alquilaba de la biblioteca pública grandes clásicos que veíamos en familia. Ya en la adolescencia, me delegó la responsabilidad de elegir las películas en Videocentro. En un fin de semana podía ver hasta cinco películas, era una especie de cinefilia que practicaba de manera solitaria. Eventualmente volví a mi primera pasión, pude estudiar Dirección Cinematográfica como segunda carrera y gracias al cine he desarrollado una relación más estrecha con la literatura.

Tengo muchos recuerdos del taller, aunque hay uno muy vívido, seguramente por un sentido de responsabilidad y por lo que pasó. Ya como estudiante de Letras, Ricardo me preguntó si podía coordinar el taller un sábado porque tenía un compromiso que le impedía estar. Era una oportunidad de hacer una pequeña retribución y, por supuesto, de seguir aprendiendo. En esa ocasión revisamos *Altazor* de Vicente Huidobro; si la memoria no me engaña, nos centramos en el Canto II, dedicado a la mujer. Fuimos leyendo y comentando verso por verso. Llegó el turno de lectura a don Jesús Vázquez Barragán, pero en un momento paró de leer y soltó en llanto. Después de un largo silencio dijo que lo había conmovido la belleza del canto. Solo en dos ocasiones he visto a la poesía conmover a alguien hasta las lágrimas, esa fue una de ellas.

## LA POESÍA, MI SEGUNDA PATRIA: UN EJERCICIO PARA LA MEMORIA

Julio César Aguilar

Reconocida nacional e internacionalmente como “Tierra de grandes artistas”, Zapotlán ha sido cuna de importantes personajes de la cultura, entre los más célebres Juan José Arreola, José Clemente Orozco y Consuelo Velázquez. Sin embargo, también originarios de Zapotlán son Guillermo Jiménez, José Rolón, Rubén Fuentes, entre una amplia nómina de hombres ilustres que va más allá, tal vez, de veinte nombres relevantes a nivel nacional. Así, calibrando el relieve de mi tierra, y a la misma vez exaltando su impronta dentro de mi quehacer literario, trazo estas líneas como una pequeña ofrenda para los que han forjado en mi pueblo su historia y lo han hecho grande, y también esto escribo haciendo diligente un ejercicio acaso para la memoria.

Es el último lustro del siglo pasado y de pronto estoy en Zapotlán otra vez, viviendo con mi hermana menor y mis padres, tras haberme graduado de la carrera de Medicina en la ciudad de Guadalajara, años antes de que la Universidad de Guadalajara creara algunas licenciaturas, entre ellas las de Medicina, en Zapotlán. Allí, en la Casa de la Cultura, asistí por un breve período, esporádicamente, al taller literario coordinado por Ricardo Sigala, más bien por mantenerme activo de algún modo en la tranquilidad de mi pueblo que muchas veces propiciaba el tedio por aquellos años en los que la actividad cultural era escasa. Reconozco y consciente estoy de que los tiempos han cambiado y que Zapotlán es ahora un centro cultural para

el Sur de Jalisco que cuenta ya con diversos espacios, no sólo universitarios sino también aquéllos para el fomento y desarrollo de las diversas expresiones artísticas, tales como la Casa del Arte, Centro Cultural José Clemente Orozco, Casa Museo Juan José Arreola, LAPSO (Librería, Atención Psicológica y Orientación), entre varios otros.

Para ese entonces ya había yo publicado *Rescaldos* en la editorial Mala Estrella —la cual siempre he considerado de muy buena estrella— de Víctor Manuel Pazarín, poeta también zapotlense fallecido el año pasado, y había renunciado a la carrera de Letras que cursaba en Guadalajara para dedicarme a la escritura de mi tesis de Medicina (titulada *Incidencia y prevalencia de la depresión en el medio rural*), realizar mi año de servicio social y al final poder graduarme de esa carrera satisfactoriamente, a la que me dediqué por algún tiempo a la par de la asidua lectura y escritura de todos los géneros literarios, pero especialmente de poesía. A propósito de mi formación médica, debo agregar que ese conocimiento ha sido de una gran utilidad en mi actual carrera profesional, ya que en la Universidad de Baylor, sitio donde he laborado en los últimos años y en el que además de los cursos de cultura y literatura hispanoamericanas así como los de la lengua española, también enseñé el español como idioma para propósitos específicos, en mi caso particular para profesiones de la salud a magníficos estudiantes que eventualmente continuarán su formación universitaria preparándose para su vida profesional en una de las múltiples profesiones médicas. De hecho, en mi disertación doctoral abordé el tema de la depresión y demás trastornos psiquiátricos en cuatro poetas latinoamericanos (Raúl Gómez Jattin, Rodrigo Lira, Ángel Escobar y Julio Inverso), originarios de cuatro países diferentes, que sufrieron de diversas enfermedades mentales y que al final de sus días optaron por el suicidio tras haber recibido



tratamiento psiquiátrico, pero manteniendo a la misma vez una conducta altamente autodestructiva.

Si bien es cierto que el taller literario coordinado por Ricardo Sigala, auspiciado por la Secretaría de Cultura de Jalisco, no es el primero que ha existido en Zapotlán, sí es definitivamente el más longevo, pues se ha llevado a cabo por un poco más de veinticinco años, lo cual —dicho y repetido aquí sea— es extraordinario. Antes de Sigala, ya habían coordinado allí talleres de literatura Raúl Bañuelos y Víctor Manuel Pazarín, por ejemplo. Tuve entonces la oportunidad de asistir al taller de Ricardo no por mucho tiempo, pero sí el suficiente como para dirigir una modesta revista literaria, *Orfeo*, de la cual el propio Sigala formaba parte del consejo editorial. De *Orfeo* se publicaron siete números antes de que yo emigrara a Estados Unidos, siempre con la imperturbable idea de hacer de la poesía mi segunda patria. Antes de editar la revista, coordinaba yo mismo un taller de literatura en la Casa de la Cultura de Zapotiltic, y del cual surgió la necesidad o mejor dicho inquietud de publicar la también austera hoja de poesía *Crisol*, que como un pan se entregaba de mano en mano por el simple hecho de compartir aquello que sentíamos que debía nutrirnos el espíritu.

Trato de recordar ahora un ciclo de lectura de obra literaria que organicé en la Casa de la Cultura de Zapotlán, al que nombré “Letras de Noviembre”, y no atino muy bien a precisar las fechas en este momento. Creo que se llevaron a cabo antes de que llegara a coordinar su taller Ricardo Sigala a Ciudad Guzmán, o Zapotlán para los amigos. De este modo, todos los sábados nos reuníamos de diez a dos de la tarde en torno a Sigala, quien puntual llegaba de Guadalajara en el autobús a las nueve de la mañana, para compartir la lectura de nuestros textos que la mayoría de los asistentes comentábamos según las posibilidades de cada quién, obviamente. Entre los colaboradores de

*Orfeo* y que asistían en ese entonces al taller se encontraban Jesús Vázquez Barragán, Érika Elizabeth Sánchez Benavides, Jesús Juárez Martín, Teresa Cervantes, José Antonio Vázquez Clavel, Juan José Elizondo y Cecilia González Villagrana. Algunos de ellos han ya fallecido y otros continúan escribiendo. Breve fue la vida de *Orfeo*, tal como suele ser el destino de las publicaciones independientes, sin embargo, su corta existencia se debe principalmente a mi mudanza a Estados Unidos. Pero antes de cambiar de país de residencia, fue factible publicar también una pequeña colección de obras individuales bajo el sello editorial La Otra Orilla, entre ellas *El patio de la bugambilia*, libro de prosas poéticas de mi autoría con dibujos de Ramón Villalobos “Tijelino”, *El Necronómicon: un comentario*, obra ensayística de Luis G. Abbadié, *La palabra insumisa*, colección de ensayos de Silvia Quezada; por su parte, Amelia García de León publicó una novela corta y otros autores unos títulos de poesía.

Del mismo modo, durante los últimos años del milenio pasado, edité una hoja de poesía que se llamaba *La llama ardiente*, en la cual se publicaban solamente poemas de contenido amoroso y al mismo tiempo coordiné un taller de poesía en Arandas, con el auspicio de la Secretaría de Cultura de Jalisco. Esta misma dependencia gubernamental publicó *Brevesencias*, libro de poesía que Ricardo Sigala me hizo el honor de presentar junto a Blanca Estela Ruiz en la Casa Museo López Portillo, cuando Silvia Quezada era su directora. Antes de asistir al taller literario de Sigala, ya había tenido la oportunidad de visitar con frecuencia varios talleres en Guadalajara, entre ellos el de Raúl Bañuelos en el Departamento de Estudios Literarios, el de Ricardo Yáñez en el Ex Convento del Carmen y después llevado a cabo en la casa ubicada en la avenida Alcalde esquina con Gabriela Mistral, donde vivía en ese entonces Víctor Manuel Pazarín al lado de Guadalupe Ángeles. También asistí al taller

impartido por David Huerta en el Ex Convento del Carmen, y mucho antes con Juan José Arreola, cuando vivíamos ambos en Zapotlán, siendo yo todavía un niño. También recuerdo que antes de emigrar a Texas, obtuve una beca por un proyecto para escritura creativa del FECA (Fondo Estatal para la Cultura y las Artes); específicamente se trataba de escribir un libro de poesía bajo el título de *Misterios iluminados*. El producto de esa beca fue publicado después, en 2001, en una editorial de San Antonio, Texas, en edición bilingüe: *Misterios iluminados / Illuminated Mysteries*, con un prólogo de la poeta mexicana Dolores Castro.

Volviendo a la época en la que asistía yo al taller de Ricardo Sigala, me acuerdo que hubo algunas ocasiones en las que los miembros convivíamos más allá del núcleo de la Casa de la Cultura. Algunas veces acudimos a las sesiones artísticas del Grupo Cultural Arquitrabe o a sus reuniones meramente sociales, por citar un caso; otro día viajamos a Chapala, junto a “Tijelino”, para visitar a quien fuera su maestro, el escultor Miguel Miramontes. En otra ocasión también compartimos una reunión en la casa del Dr. Juan José Elizondo, así como en una finca localizada en el fraccionamiento rústico La Fortuna de Ciudad Guzmán. Veinticinco años de existencia de un taller literario se dice muy fácilmente, pero en realidad se requiere de una sólida constancia y de un temple como el de Sigala, hombre sereno y de espíritu noble que ha hecho de Zapotlán su segunda casa.

Refiriéndome a la singular generosidad de Ricardo Sigala, procuro ahora rescatar del olvido la siguiente historia: durante el tiempo que asistí a su taller, Ricardo todavía no radicaba en Ciudad Guzmán, así que todos los sábados viajaba desde Guadalajara, como ya lo mencioné desde el principio. Bien intencionado, el coordinador del taller nos acercaba libros de litera-

tura que conseguía en las librerías de Guadalajara y que luego le pagábamos, puesto que era muy difícil encontrar buen material en ese entonces en Ciudad Guzmán. LAPSO aún no existía, ni las otras librerías actuales tampoco. Así, Ricardo me trajo a mí y a otros miembros del taller algunos libros, entre ellos gocé yo de la lectura de *Hojas de hierba* de Walt Whitman y creo que también del de *Ficciones* de Jorge Luis Borges, entre otros. Por lo tanto, amables detalles son éstos de Sigala que en este momento evoco y todavía se agradecen. De la misma manera, recuerdo siempre sus palabras de un viejo sabio en la voz joven de Sigala, cuando le expresaba en conversación casual que yo sentía que había perdido el tiempo al estudiar Medicina en vez de Literatura, y él parafraseando tal vez a un gran escritor del que no recuerdo su nombre ahora, me respondía que todo es materia para la literatura, es decir que todo conocimiento y experiencia en la vida ayuda en la escritura creativa y es de gran valor para el arte en general. Ricardo Sigala, amigo entrañable y colega a cuyo taller literario le auguro larga vida, desde luego tenía razón.

## AVATARES, ESCRITURAS Y RELECTURAS

Gilberto Moreno

En el principio era el caos; miembros del grupo Arquitrabe, maestros del CREN y algunos devotos de la letra impresa querían formar un taller literario. Pidieron al ayuntamiento municipal que consiguiera a un maestro de Guadalajara que viniera los sábados a dar clases a la Casa de la Cultura de Ciudad Guzmán. Así fue. Y un día llegó el maestro Ricardo Sigala Gómez a Zapotlán el Grande, la tierra de Orozco, Consuelito Velázquez y Juan José Arreola.

En aquel entonces, como los acuerdos eran tan nuevos, había que señalarlos explícitamente: el taller no sería de gramática, ni de redacción, ni siquiera de ortografía; sería de creación literaria. Y sí, un texto literario debe estar bien redactado y debe seguir ciertas reglas; pero aunque estas condiciones son deseables o necesarias, no son suficientes para garantizar que un texto sea bueno, memorable o literario. Hay textos que son buenos a pesar de sus errores gramaticales y ortográficos. Hay textos que son malos a pesar de su buena ortografía y su corrección gramatical. La fusión del mensaje, la idea, el qué se dice y el cómo se dice son más importantes que las normas para transcribir estas historias e ideas.

Esto dejó perplejo a más de uno: “¿Cómo?”, “¿no van a darnos recetas mágicas para escribir bien?”, “¿qué vamos a hacer entonces?” Pues a leer, a leer a los grandes autores y después, solo después de leer mucho, que cada quien empiece a hacer sus pininos con algún texto. Para facilitar un poco las cosas y soltar la mano, por aquel entonces no era raro que Ri-

cardo nos pusiera ejercicios o los dejara de tarea: “Escriban sobre esto”, “escriban sobre aquello...” Aunque lo más común era que nos diera copias cada semana: “Léanlo para el próximo sábado”. Así leímos a autores mexicanos y latinoamericanos, a los autores que ganaran el premio Nobel, el Cervantes, el Juan Rulfo, el Premio FIL o fueran noticia por sus aniversarios, su fallecimiento, sus nuevos libros o alguna otra circunstancia.

Por esto el taller, más que de escritura, primero lo fue de lectura. Aprendimos a valorar las sutilezas, los matices, las metáforas, las referencias, las implicaciones; en fin, todo aquello que le da personalidad a un texto y lo distingue de un mero oficio, la hojita parroquial, una nota cualquiera, un anuncio u otros usos cotidianos, mercenarios o serviles del alfabeto.

Recuerdo, por ejemplo, cuando Ricardo nos dio a leer «El ramo azul», un cuento de Octavio Paz que viene en su libro *Libertad bajo palabra* y que usó para enseñarnos los rudimentos del análisis literario. Hay mucho que aprender de los grandes autores.

Gabriel García Márquez, escritor prolijo, resumió su autobiografía en un epígrafe: “La vida no es la que uno vivió, sino la que uno recuerda. Y cómo la recuerda, para contarla.”

En *El evangelio según Jesucristo*, José Saramago da cátedra sobre la justa medida de la escritura sagrada o profana. La primera oración de la novela refuta cualquier queja de la ortodoxia o lectura literal: “El Sol [...] tiene un rostro que llora, crispado por un dolor que no cesa, lanzando por la boca abierta un grito que no podemos oír, pues ninguna de estas cosas es real, *lo que tenemos ante nosotros es papel y tinta, nada más.*” (se añadió el énfasis).

La magia de *Aura* también despuntó en el Taller literario de Victoria # 22 en Ciudad Guzmán. Ahí leímos ese aviso del periódico que: “Parece dirigido a ti, a nadie más”. Y tam-

bién aprendimos a leer entre líneas a Carlos Fuentes: Aura y el historiador comulgan mientras copulan, rompen la oblea a la mitad y ahí, enfrente del Cristo Negro, “Aura se abrirá como un altar”.

Otra novela corta que leímos fue *El túnel* de Ernesto Sabato. Es una radiografía de la mente del asesino confeso que cuenta su historia desde prisión y así, en vez de preguntar ¿quién fue?, lo importante, lo imprescindible, es preguntar: ¿por qué?

Y fue esta forma moderna de leer (afín a las metrópolis culturales o las mecas académicas) que el maestro Ricardo Sigala predicaba entre los naturales de estas tierras y alguno que otro vecindado en este valle de Zapotlán. Tomó tiempo, pero poco a poco empezamos a entender aquella aspiración de Octavio Paz de “ser contemporáneos de todos los hombres y asistir al banquete de la civilización”.

Por supuesto que el taller también fomentó la escritura creativa. Así como hay silencios incómodos, hay páginas blancas incómodas. ¿Cómo vencer el bloqueo?, ¿cómo empezar a escribir?

“Se insiste en que no hay recetas mágicas ni fórmulas infalibles”. Si la ausencia de una respuesta clara y concreta lo confunde, está usted en buena compañía, Philip Roth dijo al New York Times respecto a su forma de escribir:

Hasta donde sé, no hay otra forma de hacer esto. Nunca he sentido el dominio de lo que estoy haciendo, ciertamente no cuando empiezo algo. Si trabajo en algo por dos años, y en los últimos meses, siento que lo domino, es un sentimiento maravilloso. Pero en los meses iniciales, los primeros ocho o 10 meses de trabajar en algo, me siento perdido, sin certezas. La razón es que este libro nunca se había escrito. Entonces, aunque yo ya he escrito otros libros, yo nunca he escrito este libro antes.

Y en términos no tan diferentes, Augusto Monterroso comentó a La Jornada:

...nunca he llegado a saber cómo se escribe un cuento [...]. Incluso le tengo prevención a ese conocimiento. No quiero saber. Tengo el prejuicio o la superstición de que si llego a saber cómo se hacen los cuentos, pasaría de ser un artista a un artesano, y entonces podría hacer uno cada ocho días. Pero como no sé cómo se hacen, sigo a merced de lo que vaya cosechando cada ocasión.

En este sentido Ricardo fue (es) muy arreolino: no impuso un estilo o forma de escribir y nos ayudó a encontrar nuestra propia voz sin descuidar la calidad de los textos. La estrategia fue leer con lupa a los grandes autores. Buscar las costuras de sus textos y sus zurcidos invisibles; apreciar la preparación y la ejecución de las estrategias narrativas.

Tal como debe ser, sin adelantarnos nada acerca de sus tramas, leímos «Continuidad de los parques» de Cortázar, y «Emma Zunz» de Borges.

Si bien tanto el título «Continuidad de los parques», como el cuento mismo, sólo tienen cabal sentido *a posteriori*, es en la relectura de este cuento breve e inolvidable donde es irrefutable la maestría de Cortázar. Hace un uso literario perfecto de medios gramaticales y narrativos imperfectos; hace que el texto llegué al límite y diga más de lo que convencionalmente suele o puede decirse. Cualquiera puede tener ocurrencias geniales. No cualquiera puede crear algo con trascendencia literaria a partir de esas ocurrencias. Por eso Cortázar, es Julio Cortázar.

En el epílogo de *El Aleph*, Borges dice que “el espléndido argumento” de «Emma Zunz», “tan superior a su ejecución temerosa, [le] fue dado por Cecilia Ingenieros. Pero esa ejecución temerosa” es una ejecución minuciosamente planeada,



que dosifica con oportunidad y tino la información para amplificar sus efectos literarios; «Emma Zunz» es una progresión *in crescendo* con un final contundente, apoteósico. Aunque la acompañamos en su trayecto, no sabemos qué piensa Emma, ni a dónde nos conduce. Sólo al final entendemos y sabemos que nada se dejó al azar. Las elipsis en la narración resultan más efectivas que cualquier metáfora o descripción cruenta. “El espléndido argumento” ha sido transmutado en literatura excelsa. La eternidad, el infinito y los laberintos borgianos se han adaptado a un fin de semana, el honor y el peregrinar de la heroína, que pese a ser una obrera, revela tener el temple y el espíritu de una guerrera nórdica. Cualquiera puede malbaratar, desbarrancar o prostituir una buena historia. No cualquiera puede otorgarle la altura mítica y épica que le corresponde. Por eso Borges, es Jorge Luis Borges.

Fue este énfasis en la lectura crítica, en ejercicios creativos y en discusiones literarias libres, similares o muy distintas de las anteriores (“si algo enriquece a un taller es la diversidad de criterios y puntos de vista”), lo que hicieron que aquellas reuniones sabatinas, tan relajadas, en apariencia tan caóticas; flexibles, llenas de humor y de algarabía, hicieran honor a su nombre oficial: Taller Literario de la Casa de la Cultura. Y ha sido su indiscutible protagonismo en la actividad literaria zapotlense durante 27 años (1995-2022), un cuarto de siglo y contando, lo que ha redituado en el merecido reconocimiento de propios y extraños.

El Taller ha sido muchos talleres: ha peregrinado por todos los salones de la Casa de la Cultura, se ha subordinado a los eventos en la Casa Arreola o en Casa del Arte, ha tenido sesiones extramuros en Mariscos Fili, Las Peñas o La Cascada; en El Rincón y en la finca de la familia Pérez García; se ha realizado vía virtual a través de Google; ha suscitado ecos en

La Gaceta del CUSur y en el programa de Radio Universidad Cumbres de Babel; ha destacado ininterrumpidamente en los concursos literarios regionales; ha incubado varios libros de sus integrantes (ya se puede hablar de una biblioteca del taller) y la antología *La Jirafa, cuento zapotlense contemporáneo* de Editorial UdeG (2012); ha sido celebrado en *Indicios, atisbos de la literatura actual del sur de Jalisco* coeditado por PuertAbierta Editores y Editorial UdeG (2021) honrando su vigesimoquinto aniversario; ha sobrevivido a las administraciones municipales, a la insidia, a la envidia, al H1N1, al Covid19 y a su cuarentena bienal interminable. Obviamente, se espera y se desea que el Taller Literario perdure muchas décadas más, y siga sembrando letras como la Dama con un diente de león de la casa Larousse, que dice: Siembro a los cuatro vientos.

\*\*\*

Decía Hermann Hesse que “Hay magia en cada inicio...”

Hace muchos años, más o menos la edad que por aquel entonces tenía, descubrí el Taller de Literatura de la Casa de la Cultura. Hoy diría que fue serendipia pura, pero en aquel verano u otoño de 1997 ó 1998 lo habría descrito como una coincidencia muy afortunada.

Yo quería organizar un club de lectura y mandé imprimir mil volantes para invitar a quienes estuvieran interesados en leer sobre divulgación científica, ciencia ficción, historia, literatura, filosofía y todo libro interesante que se nos cruzara en el camino.

En las sesiones informativas para el club de lectura la respuesta fue magra. El segundo día, después de esperar otra vez varias horas en el auditorio, fui a darle las gracias a la directora de la Casa de la Cultura. Ya en su oficina me preguntó:

—¿Y cómo te fue?

—Pues mal. Solamente vinieron dos personas, una por día.

—Mmm. ¿Y por qué no mejor entran al Taller de Literatura de los sábados?

—¿Hay un taller de literatura? —respondí con asombro—. Pero no está en la tabla de horarios.

—Ah sí, olvidaron anotarlo. Ellos se juntan los sábados, creo que de 10:00 a.m. a 2:00 p.m. Vengan el sábado y platiquen con ellos. No pierden nada con preguntar.

Pues sí, nada perdíamos con preguntar. Yo fui el siguiente sábado a la Casa de la Cultura y pregunté por el grupo de Literatura. La secretaria me dijo que estaban en el primer salón. La puerta estaba cerrada. No recuerdo si tuve la amabilidad de tocar o si únicamente abrí la puerta con lentitud y precaución, como quien sabe que va a interrumpir una clase.

Los caché *in fraganti*, con las copias en la mano, la atención en el texto, el índice en el renglón y los lentes de lectura puestos. Todos voltearon a la puerta, buscando al disruptor.

—Hola. ¿Qué se necesita para entrar al taller? —pregunté sin saber a quién dirigirme.

—Ya estás adentro. Pásate —contestó Ricardo, que dirigía la sesión.

Inmediatamente continuaron con la lectura del poema o cuento, después lo discutieron, incluso me preguntaron mi opinión, y fue hasta el final, de forma *express* e informal, que se cumplieron los protocolos sociales y las presentaciones de rigor. Siempre ha sido así, lo literario tiene preponderancia. Podrá haber interrupciones, las conversaciones podrán alejarse del tema inicial, pero Ricardo, tarde o temprano, conjura el caos y regresa las discusiones a su cauce: “A ver, ¿y qué más sobre el texto?”, “¿algo más que decir?”, “¿alguna observación?”

Desde los primeros años del Taller ya se podía ver ese ir y venir generacional e individual que hasta la fecha transforma al

taller literario de sesión a sesión y año con año. La mecánica ha sido prácticamente la misma desde el principio. Cada sábado se leen textos de autores reconocidos, para después comentarlos y con frecuencia releerlos para aclarar los diferendos o por puro gusto. Si hay textos para tallerar, se leen y se analizan según el orden en que llegaron los talleristas. Lo interesante, además de descubrir nuevos autores y curar en dosis sabatinas nuestro analfabetismo cultural o literario, es escuchar la diversidad de opiniones que un mismo texto puede suscitar y participar en una conversación colectiva libre, desinhibida y con mucho humor. Obviamente, el taller también ayuda a los que escriben a ver qué tanto funcionan sus textos y a recibir comentarios y sugerencias sobre estos. Que las diferencias generacionales, profesionales, académicas, personales y de credo se subordinen voluntariamente y con gusto a la libertad de expresión y al quehacer literario es un triunfo notable del Arte sobre los prejuicios y las mezquindades cotidianas.

El Dr. Juan José Elizondo fue de los miembros fundadores del Taller de Literatura. Él fue a esperar a Ricardo a la terminal de autobuses aquel sábado 23 de septiembre de 1995 que fue la primera sesión del taller. El Dr. Elizondo (y me parece que también Don Jesús Vázquez y el Maestro Jesús Juárez) fueron el puente generacional entre el taller y el grupo cultural Arquitrabe, que solía reunirse en Las Peñas (Independencia # 43) y por eso mismo ahí se realizaron algunas reuniones del taller. Otra sede, en especial si nos desentendíamos de los horarios, fue el “Centro cultural” La Cascada (1ro de Mayo # 118).

Después del temblor de 1985 y antes de que se construyera la terminal nueva que está más allá de la estación del ferrocarril, la central camionera estuvo a unas cuadras del centro de Zapotlán. Antes de 1985, el centro de Ciudad Guzmán era su central camionera. Como Ricardo venía y regresaba todos los

sábados a Guadalajara, más de alguna vez me tocó acompañarlo caminando a la central. En una de esas sesiones peripatéticas me recomendó que leyera el *Manual del distraído* de Alejandro Rossi: es filósofo, ácido e irreverente. Creo que te va a interesar.

Ricardo nos contó que a él no le gustaban los talleres literarios y que él nunca pensó que dirigiría uno. “¿Cómo?, ¿y entonces?”, fue la reacción unánime. Se rio y nos platicó sobre algunos talleres literarios a los que asistió allá en Guadalajara, cómo le parecían acartonados y eran capillas para el lucimiento del encargado de cada taller. Con irreverencia y no poco sarcasmo, él llevaba “poemas descompuestos” para “arreglarlos” y procuraba hacer de forma convincente todo aquello que le decían “no era literariamente común, recomendable o posible”. Para él, la mejor escuela son los libros, no la Facultad de Letras, y por eso era una *rara avis*, un garbanzo de a libra, ¡un escritor que estudiaba letras y escribía! César López Cuadras no se cansaba de decir: “Los de Letras NO escriben, excepto Ricardo.”

También nos contó cómo empezó a dar clases de Literatura en prepas y colegios y cómo fue que las diosas de la fortuna lo trajeron al terruño de Arreola.

Algo mencionó sobre la temporada en que estudió música al lado del Teatro Degollado y algunas otras anécdotas que recordaba a propósito de lo que estábamos leyendo o comentando, quizá fue la novela *La música y otras razones para contar* de Marco Aurelio Larios que está ambientada en un conservatorio. Y entonces hizo aquel símil categórico entre la literatura y la música: “Un músico ensaya semanas para interpretar una obra; no es serio que el simple hecho de transcribir ocurrencias y balbuceos ya sea Literatura.” Se puede jugar e improvisar todo lo que se quiera; pero una cosa es un divertimento y otra, radicalmente distinta, lo que es obra terminada.

Además de conocer escritores por sus obras (el único criterio estrictamente literario), gracias a Ricardo también pudimos conocer a escritores vivos que estuvieran publicando. Y esto, décadas antes de que la Casa Arreola y la Casa del Arte fueran inauguradas. Ellos vinieron a Zapotlán por invitación suya y por un gesto de camaradería hacia él.

Eugenio Partida nos contó cómo empezó a leer literatura. A la distancia, su caso es indistinguible al de muchos escritores: cercanía con los libros desde la niñez y fascinación por los mundos que nacen de nuestra imaginación. Creo recordar que el negocio de su familia era trabajar la cantera; él decidió trabajar con palabras, ideas y relatos. Nos dijo que empezaba con los textos en bruto, incluso tomando al pie de la letra las referencias que quería incluir, pero las trabajaba y pulía hasta que también fueran suyas; hasta que la aleación de lo propio y lo ajeno tuviera un nuevo carácter. Fue muy franco sobre el proceso de creación, edición y publicación de *La ballesta de Dios*, el libro que nos presentó aquella vez. Él nos compartió sus consejos, sus aprendizajes; ahora debíamos encontrar nuestro propio camino.

César López Cuadras, autor de *Macho profundo*, nos visitó varias veces en el taller y también nos acompañó en algunas reuniones extramuros. Era bonachón, humorista y folklórico. Predicaba una literatura seria, pero accesible y directa. Consideraba pedantería el exceso de refinamientos y le disgustaban los retruécanos intelectuales. Ante ciertos autores o temas aceptaba un empate técnico: “no son de mis predilectos, pero son buenos.” Tenía la facilidad de intuir el potencial literario de una anécdota. Con una sonrisa traviesa, explicaba desde qué perspectiva contar la historia, qué cosas resaltar, qué elementos reservar y cómo usar o dosificar las ambigüedades. Después de prescribir la receta, remataba: “Y eso...¡Ya es Literatura!”

No se puede aprender a nadar o a andar en bicicleta sin mojarse o caerse. La teoría y las lecturas ayudan, pero sólo se puede aprender a escribir escribiendo. Si bien al principio los textos que se presentaban en el taller eran pocos, nunca faltaron los poetas, prestaran o no oídos a lo que se decía en el taller. Después se escribirían cuentos, ensayos y hasta novelas.

A finales de los noventa, Ramón Rojas Chávez, vecindado en Gómez Farías, llevaba al taller poemas cortos, sus “grageas”. Ramón era muy constante escribiendo poemas, pero prestaba poca atención a las sugerencias y observaciones que se hacían en el taller. Para él, lo importante era tener un público cautivo. Actitud que, en mayor o menor medida, se repetirá con otros devotos de la poesía desde entonces. Un día, en un ataque de sinceridad, después de que él y Marianela Puebla llevaran poemas con las mismas patologías y pifias por tres o cuatro semanas consecutivas, Ricardo dijo con voz un poco más alta de lo usual: “pareciera que no hemos visto ni aprendido nada en los últimos meses.” Como todavía no se normalizaba el ofenderse de todo y por todo de la generación milenial; Ramón, Marianela y cada uno de nosotros aceptamos (en la parte que nos correspondía) la observación en silencio.

En cuanto a textos narrativos, me parece que fueron Marcela Moreno, Gandhi y Omar Magaña los que rompieron el hielo. Sin preocuparse tanto por las formalidades, pero sí por la voz y las imágenes, llevaron al taller textos muy imaginativos. (Creo que el cuento de Marcela fue sobre un chivito.) Después, todos empezamos a experimentar y buscar nuestros propios temas. Idealmente, un cuento es una cinta de Möbius donde el qué se cuenta y el cómo se cuenta forman una amalgama continua e indistinguible. Aunque al principio no nos rompíamos la cabeza con la alquimia narrativa o los entresijos filosóficos, sí nos quedamos varados en los pantanos circunstanciales: en los qué,

cómo, cuándo, dónde. Todos tuvimos ideas a las que les faltaba sazón o cocción. O textos a los que les sobraban explicaciones o necesitaban ajustes o zurcidos invisibles. Quizá una de las cosas más difíciles de aprender a usar son las tijeras. No todo lo que se escribe tiene el mismo valor, mucho sólo sirve para explorar: para encontrar frases, párrafos o textos más adecuados.

Yo, en aquel entonces, llevé un par de textos mínimamente aceptables y una serie de textos finalmente prescindibles (años después, al desenterrarlos tras una mudanza, ni yo mismo pude encontrarles ni pies ni cabeza). A propósito de un texto mío, don Jesús Vázquez me regañó por no ser cuidadoso con las palabras y usarlas sin saber lo que estaba escribiendo: “lo que dices no tiene sentido, las acuarelas y las pinturas al óleo son técnicas diferentes. Tan sólo muestras tu ignorancia.” Esa fue una lección importante: incluso cuando se escribe ficción, hay que informarse para evitar incongruencias o anacronismos. Otro motivo más para leer y releer antes de escribir.

Más adelante, al leer otro de mis escritos, Ricardo dijo con cierto optimismo:

—Mira, éste está más claro —pero don Jesús se apresuró a corregirlo.

—No, no está más claro. Está menos obscuro.

Nueva lección: la perspectiva, los matices y los contrastes son importantes. Corolario: No discutas teoría cromática con un pintor profesional.

Es muy grato cuando la recreación propicia el aprendizaje. Hubo una racha en que se llevaron varios “cuentos sorpresa” al taller. No recuerdo quién lanzó el primer texto, pero sí que varios escribieron su propia versión con temas y situaciones diferentes, pero incluyendo esa vuelta de tuerca o final inesperado. Después de leer un par de cuentos así, todos aprendimos a detectar y a desconfiar de las ambigüedades o falsas certezas;



buscando desde qué frase, sustantivo, adjetivo, verbo o adverbio saltaría la liebre o mínimo asomaría las orejas o el rabo. Porque los textos, si están bien escritos, deben funcionar en la primera lectura, pero más aún en las relecturas. Pasada la novedad, después de usar y abusar del mismo procedimiento, Elvia Pérez lo resumió perfecto: “Se crea la tensión, se prepara la *sorpresa*; pero ya no sorprende, porque sabíamos que vendría.”

Cada quien explora los paisajes de la ficción y de la memoria siguiendo sus propios senderos.

Carmen Roque fue aquilatando historias que bien podríamos haber escuchado de nuestras tías y abuelitas (o de nuestras madres y hermanas) mientras nos tomábamos un café, un atole o un ponche de granada. Y si ella “cambió algunos nombres para guardar el secreto...” sus libros son casos de estudio de la Universidad de la Vida; retratos de una cronista dedicada y constante, con buen ojo para las anécdotas y la (re)interpretación de gestos proféticos. Sus libros *Los cuentos de Carmela* y *Los hombres de mi pueblo* (ediciones de la autora, 2014 y 2021 respectivamente) dan cuenta de ello.

¿Cómo leeríamos nuestra realidad sin un poco de poesía? Rosa Ramírez esboza los dramas cotidianos de sus personajes incluyendo matices poéticos. Ha trabajado sus cuentos en el taller durante años. Los invernaderos se convierten en mares de plata. La inocencia de un niño es tan pura como el agua de un manantial. La realidad no logra exterminar las esperanzas. Tarde que temprano, sus libros de cuentos también verán la luz.

En su libro *Antes del olvido* don Jesús Vázquez Barragán pinta a grandes trazos sus estudios de ópera y pintura en la Ciudad de México. Su experiencia pictórica, su mirada crítica, la selección de temas, tonos y equilibrios dan sinceridad y cercanía a sus viñetas biográficas. Lo vemos llegar a la capital del país, lo acompañamos en sus clases y exámenes. Escuchamos

el consejo de su maestra de historia de la música: “deben empaparse de lo que sucede en el medio, no se limiten a lo que la escuela les enseña; sólo así podrán formar su propio criterio.” Lo escuchamos cantar ante sus sinodales que dudaban si era barítono o tenor, mas no de la calidad de su voz. Lo acompañamos también al recibir malas noticias. O cuando empieza a pintar de forma autodidacta, cuando después entra a estudiar pintura, o la vez que confundieron una litografía suya con una de Posadas y aún más cuando tuvo que defender su libertad creativa sin encadenarse a Orozco. Visitamos con él el Museo San Carlos a unas cuadas de la Alameda Central y nos “lavamos el alma contemplando la pincelada larga, libre de Joaquín Sorolla, pintor de la luz”. Estamos con él cuando recibe una llamada de una premiación y después nos dice orgulloso: “en un lugar donde nadie me conocía, habló mi obra.” Escuchamos sus reflexiones y el análisis de sí mismo: “siempre buscando la belleza y tratando que mi pintura tenga más emoción que perfección. Lo perfecto se lo dejo a Dios.” Cierra sus memorias abriendo las puertas a un nuevo diálogo desde su casa (Constitución # 146), un museo al que nombra Casa del paisaje.

En octubre de 2006, el archivo histórico de Zapotlán publicó dentro de la colección Estación Sur la plaquette *Historias de Mujeres* de Jesús Vázquez Barragán. Contiene seis textos breves en los que don Jesús juega con más libertad que en sus memorias y donde adivinamos que si se hubiera dado permiso a sí mismo, nos habría regalado retratos íntimos del Zapotlán que le tocó vivir. Él prefirió expresarse a través de colores e imágenes, pero estos textos delatan la obra narrativa y poética que ya no alcanzó a escribir.

El único pecado capital de *En busca del paisaje* es no haber sido impreso a color y en un formato que hiciera justicia a la calidad de la obra de don Jesús Vázquez.

*En busca del paisaje* es un catálogo anotado con “las historias ocultas que el espectador no ve realizado por un cantante que pinta, un pintor que cantó o un pintor que escribe” según sean las circunstancias de cada obra. Las historias están subordinadas a la búsqueda de paisajes o espacios interiores pero nos permiten conversar con don Jesús y con nuestros propios recuerdos. Sobre su opinión acerca de Francis Bacon, el arte abstracto, los criterios de las galerías, su colega que sólo “manchaba telas” y sobre la posteridad y el anonimato. Acerca de las conversaciones que tuvo con las personas que lo veían pintar o que lo observaron desde lejos: “¡Que salga el smog!”, “¿En cuánto me lo vende?”, “Ahí la lleva, ya va tomando forma”, “¡Mira, un señor pintando!”, “Lo vi en la televisión”, “Leí su libro”, “¡Adiós Picasso!” O anécdotas sobre la composición de ciertos cuadros: el único que pintó de noche, la imagen que persistía en su mente, el cuadro que pintó luchando contra el viento o cuando lo sorprendió un temblor.

Que don Jesús me perdone por no haber conversado antes con él sobre sus libros. Debo aprender que lo urgente no debe robarle el tiempo a lo importante.

Salvador Manzano Anaya (SMA) llevó al taller cuentos muy imaginativos y humorísticos que reunió en su libro *CuentoS-MAs* editado por Puertabierta Editores. A mi muy indiscreto parecer, Manzano se lleva la medalla de plata en lo imaginativo de sus historias. Alejandra Alonso, Ale, siempre lo he dicho, se lleva el oro indiscutiblemente; es la que más imaginación tiene de todos nosotros y nos gana por mucho. No tengo duda que Ale nos regalará joyas literarias perfectas que sin duda trascenderán nuestra generación y entorno.

Quizá no esté de más mencionar algunos casos en que el taller fue su propia fuente de inspiración. Seguramente hubo (y habrá) más ejemplos, pero recuerdo los textos que la maestra

Nieves Moreno Jacobo, promotora de lectura en El Rincón, pueblito cercano a Zapotiltic, llevó al taller en memoria de don Jesús Vázquez; el cuento sobre la *femme fatale* «Dzoara» que Manzano escribió inspirándose en Dzoara Saldívar, nuestra compañera del taller; y las ficciones en clave de Yair Ascención cuyos personajes más de una vez fueron caricaturas o alter egos de miembros del taller. Estos textos, por su extensión, son difíciles de citar completos. Sin embargo, hay dos minificciones que sí pueden citarse en unas cuantas líneas incluyendo título, autor, su génesis y un breve comentario. Hubo una ocasión en que platicando sobre cuándo habíamos entrado en el taller, Jorge Manríquez, parafraseando a Monterroso, nos hizo reír a todos y a mí me hizo sentir antediluviano y un fósil viviente.

#### Monterrosina

Cuando llegué al taller, don Jesús y Gil ya estaban ahí.

Jorge Manríquez

En otra ocasión Manríquez comentó que Chuy estaba escribiendo sus ensayos sobre los clásicos y yo dije de forma espontánea y despreocupada.

—Cuando Chuy se interesa en algo, se clava.

Ricardo se rio y con tono malicioso me preguntó:

—¿Te diste cuenta que lo que dijiste tiene un doble sentido?

Inmediatamente me imaginé a alguien clavándose, supe que ahí estaba el germen de una minificción (Gracias Ricardo, Gracias César López Cuadras) y pregunté a los demás empezando por Ale:

—¿Piensan escribir un cuento sobre esto? Porque de no ser así, yo sí pienso escribir algo...

Busqué frases y palabras cuya ambigüedad o campo semántico resonaran con la frase inicial y después, por fin, usé

aquella curiosidad fonética que al escribirse con ‘x’ significa martirio en la cruz y al escribirse con ‘cc’ significa ficción de la cruz.

### Crucifixión

Cuando Jesús se interesa en algo, se clava. Se clavó en la redención del ser humano y remachó sus pies en la base firme de la cruz. Expió la gravidez de su carne con un golpe contundente en su mano izquierda. Ahora, su confusa mano derecha no puede, por sí misma, cerrarse para sostener el martillo y abrirse para recibir el último clavo de su Pasión. ¿Un buen samaritano que pueda salvar a nuestro obsesivo Mesías?

Gilberto Moreno

Algunas técnicas literarias (o algunos anarquistas literarios) transitan sin aduanas entre la poesía, la narrativa y el ensayo. Usualmente: la poesía evoca y crea imágenes; la narración tiene diferentes estrategias, ritmos y énfasis según se concentre en un cuento o se explaye en una novela; el ensayo juega y analiza todo, haciendo y deshaciendo sus propias reglas conforme avanza, retrocede, da un rodeo y pregunta siempre.

Todo texto reflexivo tiende a ser ensayístico. Con la libertad de no tener filias ni fobias irrenunciables o contractuales, en el taller también cultivamos el ensayo aunque con una frecuencia menor que la poesía y la narrativa.

No recuerdo que en los primeros años del taller lleváramos ensayos. En fechas más recientes, Alejandro von Düben, poeta reconocido, llevó al taller varios textos irreverentes y exhibicionistas que no descuidan la calidad de su prosa. Yo hace tiempo también llevé algunos ensayos que después se publicaron en La gaceta del CUSur. Quien sí ha cultivado el ensayo con atención y esmero es Jesús Vargas Quezada. Cada ensayo de Jesús es una

síntesis razonada de lecturas, experiencias y apreciaciones. Las palabras, ideas y argumentos han sido ponderados y se presentan de forma armónica y lógica. Jesús justifica sus razonamientos y no delega las conclusiones a las autoridades en turno o de moda. Cada que lleva un ensayo al taller, no hay más que reconocerle todo el trabajo y las lecturas que están detrás de sus textos. Cuando Jesús, al igual que Borges y Hugo Hiriart, logre sintetizar argumentos complejos en metáforas y frases lapidarias, será un maestro y un ejemplo indiscutible para todos nosotros. Ya empieza a serlo.

Eventualmente, los textos narrativos empezaron a crecer y aspiraron a ser novelas. La novela es un terreno difícil y me parece que aún no se ha publicado ninguna que haya sido trabajada en el taller. Arturo Isaías sí logró terminar su *bildungsroman* pero sigue inédita. Creo que Rosa Ramírez tiene otra novela inédita. Alejandro Valdovinos inició una novela de espada y hechicería cuyo desarrollo y conclusión aún duermen en el tintero. Hubo otras ‘novelas’ que seguían siendo cuentos dispersos o largos o que nunca pasaron del capítulo 3 ó 4. Tomará tiempo, pero también habrá novelas del taller.

Casi no ha habido pleitos en el taller, esto no ha evitado que se dé alguno que otro cisma por diversas razones. Lo que ha sido más frecuente es hacer nuevas amistades con el pretexto de los libros y la lectura. Alejandra Lucatero y Damían Covarrubias se conocieron en el taller, fueron novios, se casaron y ya tienen un bebé. Salvo que alguien tenga otros datos, Paulo es el primer hijo del taller. Literalmente.

“Dicen que somos una mafia, pero yo les respondo que cómo vamos a ser una mafia si no hay un interés económico, si no hay negocio y si es por puro amor al Arte.” Reflexionó Ricardo después del enésimo concurso literario donde alguien del taller ganó o el taller nuevamente arrasó en las menciones

honoríficas. Medio en broma, medio en serio, Manzano creó un grupo de WhatsApp con miembros del taller, lo nombró Cosa Nostra Sigaliana y le puso una imagen de don Vito Corleone.

Si Ricardo es don Corleone, entonces Hiram Ruvalcaba, César Anguiano y Bladimir Ramírez han sido sus *consiglieri* y han codirigido el taller. Bladimir se sentaba junto a Ricardo; Hiram y César se sentaban un poco más alejados. Aunque Ricardo matizaba o algunas veces corregía los dichos del *consigliere* en turno, normalmente los secundaba. Recuerdo a Hiram pontificando sobre poesía; a César hablando sobre el taller que tomó con Sabina Berman o defendiendo cuentos larguísimos que rayan en la grafomanía y a Bladimir haciendo comentarios alusivos a *Fiesta en la madrugada* de Juan Pablo Villalobos.

Por fortuna, el taller se ha mantenido independiente y no ha sido cooptado por intereses de grupo o aspiraciones políticas. Los rumores de tácticas sindicalistas y artimañas de cofradía son un tanto prematuros. Esperemos que sigan siendo conjeturas, malos entendidos o ficciones locales y nunca degraden la realidad cultural de Zapotlán.

Si hay algo que marcó un antes y un después en la historia del taller de la Casa de la Cultura fue la apertura de la carrera de Letras Hispánicas en el CUSur. Nunca supimos si cuando venía y regresaba a Guadalajara Ricardo nos traía un resumen de las ideas que había discutido durante esa semana o si ensayaba con nosotros los temas que trabajaría en Guadalajara la próxima semana. Desde que el CUSur abrió la carrera de Letras y Ricardo se mudó a Guzmán notamos que el taller se hizo más relajado, bajó su nivel de exigencia y su agenda se aligeró. En vez de perseguir ideales literarios altos (de preferencia inalcanzables), se incuban criterios no literarios (obligadamente superables). Una cosa es escribir en serio y otra cosa es escribir en serie.

Si tuviéramos que atribuir a una sola persona la carga institucional durante los primeros años de la carrera de Letras Hispánicas del CUSur (y nada nos impide hacer esta síntesis borgiana), esa persona sería Ricardo. De forma simultánea, el maestro Ricardo Sigala Gómez impartía sus clases, era coordinador de la carrera de Letras Hispánicas, editor de La gaceta del CUSur, titular del programa de radio Cumbres de Babel y de pión (para nuestra fortuna) siguió siendo director del Taller literario de la Casa de la Cultura. Ojalá que en el CUSur nunca olviden esto y siempre le otorguen el reconocimiento, el agradecimiento y las compensaciones que se merece.

Durante años el Taller de Literatura fue el único faro cultural. La aparición del CUSur y de la Casa Taller Literario Juan José Arreola cambió esa hegemonía absoluta. Ahora hay un triunvirato: el Ayuntamiento municipal (Casa de la Cultura), UdeG (CUSur y Casa del Arte) y Casa Arreola (Secretaría de Cultura de Jalisco). Lo bueno es que no suelen pelearse entre sí y no es raro que trabajen en equipo. Suman, en vez de restar y dividir. Brevemente, ésta es una descripción aproximada de la dinámica literaria de Zapotlán.

Aunque la mayoría de los que asisten al taller son jóvenes (o pretendemos seguir siendo jóvenes), ya se empieza a desgranar la mazorca. El Dr. Juan José Elizondo murió hace ya muchos años y don Jesús Vázquez murió en septiembre de 2018. Afortunadamente, la Parca no visitó al taller durante la pandemia del Covid19. Tuvimos suerte. Hoy estamos aquí, mañana quién sabe.

\*\*\*

Decía Newton: “Lo que sabemos es una gota, lo que no sabemos es un océano.” Y también como dice el clásico latino: “*Ars longa, vita brevis.*”



No es posible saberlo todo, ni haberlo leído todo. Lo que sí es posible y deseable es aprender a moderar y manejar nuestra ignorancia. No debemos delegar esta responsabilidad. Nunca sabremos mediante qué caminos o qué asociaciones formaremos nuestro criterio.

Lejos de México, en una estación del metro de Toronto y tiempo después en un puente peatonal de Hamburgo, escuché una melodía que me fue imposible ignorar, “Bésame mucho”. Ninguno de los músicos supo quién era Consuelito Velázquez, ni sabían dónde queda Zapotlán.

La lengua y la cultura definen mucho de nuestra identidad. Si hablo de literatura en español, inevitablemente estaré visitando los temas y recuerdos del Taller de Literatura. Mis excursiones, como la mayoría de los lectores, podrán ser en solitario; pero el Taller siempre será el campamento base por antonomasia y el punto de partida.

La literatura sirve para abrir puertas, para refinar nuestro lenguaje, para trascender nuestra experiencia. Incluso cuando la literatura “no sirve para nada”, explora nuestra vida y atesora nuestros sueños. La literatura podrá perder mil y un batallas, pero nunca la guerra. El silencio absoluto eventualmente llegará; habrá un día en que el sol no brille, no haya ojos que lean, ni oídos que escuchen. No habrá memoria. El universo habrá enmudecido. El tiempo dejará de existir. Pero ni siquiera entonces se habrá vencido a la vida, a la poesía y a los innumerables avatares de la creación. Ya el cosmos se soñó a sí mismo e imaginó su propia trascendencia; ya concibió su sueño eterno. Nada puede hacerse contra un universo que canta y renace desde el vacío.

# MIRADA EXTERIOR

LETRAS DE PUERTAS ABIERTAS:  
INDICIOS. ATISBOS DE LITERATURA ACTUAL  
EN EL SUR DE JALISCO

Luis Alberto Pérez Amezcua

Hace casi cuatro años afirmé que Ricardo Sigala era el testigo del Sur de Jalisco. Lo hice a propósito de la publicación de sus ejercicios de periodismo cultural reunidos bajo el título de *Letra sur*, publicados por el Centro Universitario del Sur. Hoy es necesario hacer una enfática enmienda: Sigala no sólo es el testigo, sino el arquitecto del sur de Jalisco. Si la arquitectura, según el Diccionario, es el “arte de proyectar y construir edificios”, su labor en el Taller Literario de la Casa de la Cultura no ha sido otra sino la de la construcción del edificio de la literatura de esta región del estado.

## II

*Indicios. Atisbos de literatura actual en el Sur de Jalisco* es el plano de ese edificio que se extiende por ciudades como Sayula, San Gabriel, Zapotlán el Grande, Colima y muchos otros suelos más. Seguramente en 1995, en ese lejano septiembre de hace casi veintisiete años, cuando Ricardo Sigala tuvo la primera sesión del Taller literario al que se vinculan los autores y los textos que se incluyen en este libro, el maestro en Literatura del Siglo XX no se imaginaba que lo que empezaba ese día se extendería tanto y daría como resultado tantas habitaciones. Como el buen realista que es, supongo que le auguraba una vida efímera a esas reuniones que serían parte de ese Programa de Apoyo a Municipios que les dio vida. Sin embargo, puedo imaginarlo

también, como el gran soñador que es, vislumbrando un proyecto que pudiera hacer coincidir las grandes pasiones de su vida: la amistad, la charla, un buen vino y, sobre todo, la literatura, en una sola, enorme casa.

### III

Ese día ya lejano de septiembre del 95 el doctor Vicente Preciado Zacarías le abriría la puerta de su casa al profe Sigala, quien lo buscaría después del taller, para dejársela abierta para siempre. En el libro que hoy nos congrega, Preciado Zacarías, otro amante de estas tierras y de su literatura, hace lo propio con los lectores con su “Pórtico”, el prólogo del libro nombrado con esa elegancia y propiedad de antaño que tanta falta nos hace para escapar de los títulos que a veces parecen haberse agotado. Un “pórtico” es un elemento arquitectónico con el que se recibe y con el que se protege al que se recibe. No es extraño encontrar los pórticos en los templos, esos espacios en donde aún reside la fe. Este “Pórtico” del doctor Vicente, es parte de este edificio que es *Indicios. Atisbos de literatura actual en el Sur de Jalisco*.

### IV

Dejo a otros decidir si es sólo una curiosidad hablar ahora de puertas abiertas. Para mí la casa coeditora de este libro parece encajar perfectamente en este diseño que ha sido producido por extrañas confabulaciones. Puertabierta Editores, a cargo de Miguel Uribe Clarín, resalta como otro elemento de esta arquitectura rizomática que se extiende sobre nuestras tierras. Se agradece, cómo no, que se haya dado el tiempo, en medio de tanta turbulencia de bienes raíces literarias, para apreciar y apoyar lo que acá se hace, gran parte gracias a los oficios de Ricardo Sigala.

## V

Cuarenta y siete habitaciones conforman esta ala del edificio: se trata de los cuarenta y siete autores del libro.

## VI

En el pasillo que es su estudio introductorio, Ricardo Sigala hace un recuento y una serie de equiparaciones que dejan claro lo que significa picar piedra con paciencia, pues se trata de un taller en el que se ha trabajado en más de mil sesiones. Repito: ¡mil sesiones!... Veinticinco años que equivaldrían a cincuenta semestres en una universidad. El Centro Universitario del Sur de la Universidad de Guadalajara es el otro coeditor a quien se debe agradecer este libro, no sólo por la edición en sí, sino porque ha sido una cantera que ha aportado de manera recurrente escritoras y escritores que han pasado por las aulas cursando la carrera de Letras Hispánicas y que han combinado su formación en estudios literarios con la creación artística en el Taller de Sigala, quien, ya lo dije antes, fue uno de los principales artífices de la apertura de esta licenciatura hace más de una década. Sin duda su trabajo en el Taller, en ese continuo ir y venir, ayudó a generar, madurar y realizar la idea, el sueño, de una carrera en las tierras de Arreola y Rulfo, cimientos fuertes.

## VII

Muchos de nosotros, que no somos de aquí, que nos mudamos, que nos “cambiamos” de casa, lo hicimos de cierta forma porque Ricardo fundó este Taller. Por eso, en lo personal, lo agradezco y lo celebro, porque la literatura cambia y salva vidas.

## VIII

El libro nos ofrece un recorrido por habitaciones que están diseñadas, realizadas y decoradas de diversas maneras. Hay algunas sonrientes. Por ejemplo, la que constituye el sin duda

emblemático cuento de Milton Iván Peralta, “Zapotlán no se acaba nunca”. El narrador, hambriento y sediento de formación, acude a la Casa de la Cultura en busca del taller literario. Luego de pensarlo un poco, el policía le responde: “Tal vez sean unos tipos que platicaban los sábados, sí, ellos son, pues ya no se encuentran aquí, tal vez los veas en una cantina o en un téibol” (p. 94). Las cuentas y las deducciones, por favor sáquenlas ustedes.

## IX

Otras “piezas” (utilizo el término como sinónimo de habitación, tal y como hacía mi familia cuando vivía con ellos en Guadalajara) son conmovedoras, casi sin muebles ni adornos, y por ello tristes o nostálgicas, algunas sólo con una cama o una silla. Algunos de los textos poéticos, que aparecen al final del libro, curiosamente tratan el tema de la madre, como uno de Alejandro von Düben, “Una lámpara apagada”, uno de Emmanuel Rocha, “Ella se llamaba Martha” y uno más de María Nieves Moreno Jacobo, “Tristeza”. Un cuento recupera una figura materna memorable, la de “El libro rojo” de Javiera Navarro, que sin saber leer fingía hacerlo por amor a su hijo, y ya se sabe que contar historias a otros es un acto de amor. Otros textos tratan sobre el padre, como el poema “Doxografía de un boxeador noqueado”, de José Emmanuel Navarro, o el cuento titulado precisamente “Padre”, de Arturo Isaías. Madre y padre, columnas.

## X

Hay textos que exponen la violencia contra la mujer, otros que lloran las pérdidas, unos más que exhiben conductas humanas deleznales. Hay cuentos inocentes e infantiles, y otros fantásticos, de fantasmas o de sucesos sobrenaturales, uno más de un asesino serial desatado en Zapotlán el Grande que se vuelve

loco con las lluvias y lleva extrañas ofrendas a los templos de la ciudad. Hay otros eróticos y pícaros junto a otros de supervivencia. Hay una niña vendida por su padre, un Abraham moderno. Imposible no simpatizar con el de Yair Ascensión, que empieza así, muy arreolano: “Los habitantes de Tlayolan somos realistas. Aceptamos en principio que nuestros gobernantes sean una mierda” (p. 55). El de Gilberto Moreno, “Reencarnaciones”, describe el ciclo de la vida en dos páginas magistrales. “Las malas manos”, del médico Alejandro Valdovinos, es descarnado. El de Evangelina Velázquez (¿qué no es Paulina?) es enigmático. Como puede deducirse, el edificio puede funcionar también como un museo o una procesión de escaparates.

## XI

“Y lo que el corazón de suyo grave”. Así termina el poema titulado “Vicente Preciado Zacarías”, de Ramón Rojas Chávez, y así, casi, termina el libro. En el principio, al mero comienzo, Sigala dedica el libro a la memoria de quien da nombre a esta casa.

## XIII

Es 24 de febrero y leo el encabezado de una nota de CNN: “La ciudad de Kyiv se queda a oscuras y en silencio por toque de queda”.

## XIII

Estas líneas terminarán con unas que le pido prestadas al doctor Vicente, que por desgracia son hoy más ciertas que nunca, pero que no renuncian a la fe, a la esperanza del retorno de la luz, palabras las de esas líneas que no dejan de ser un pórtico: “Y precisamente en este tiempo de tinieblas aparece este libro de Ricardo Sigala”.

## INDICIOS, DE RICARDO SIGALA

Pedro Valderrama Villanueva

*Indicios. Atisbos de literatura actual en el Sur de Jalisco* (2022), de Ricardo Sigala, es, por diversos motivos, un libro importante para la historiografía literaria de la región. Si bien, no es el primer (ni último) libro emergido de las filas de un taller literario, pues hallamos, desde hace casi 30 años, este tipo de volúmenes dedicados a compilar los textos producidos por sus asistentes. Sin embargo, en años muy recientes, hemos visto numerosos más de éstos aparecer dentro del medio local, no obstante, *Indicios* cuenta con detalles que claramente la distinguen de otras antologías. Antes de adentrarnos en los detalles del presente libro, es necesario detenernos un poco y recordar que los talleres literarios, importantes centros neuronales de la dinámica literaria en una ciudad, están destinados a orientar primordialmente las lecturas de los miembros del laboratorio creativo (pues es bien sabido que en nuestro medio nos encontramos con más personas que escriben que aquéllos que leen) y, por otra parte, los encargados de organizar estos talleres asimismo brindan las herramientas básicas para que los aspirantes a escritores logren incrementar sus recursos para producir textos más eficaces. Su importancia, si bien no es indispensable para la escritura, enriquecen y encaminan las posibles vocaciones en sus primeros pasos dentro del mundillo literario. Ahí sus miembros entran en contacto con lecturas posiblemente significativas y con otros miembros cuyos intereses comparten. Los talleres literarios siembran la semilla de la inquietud que desembocará tal vez en una revista, un libro, un premio literario o, sencillamente, en una duradera amistad. En cualquiera de los casos,



estos laboratorios contribuyen con la hermandad libresca. De esta manera, Sigala, en su amplia introducción a este título, lo dice muy claramente con respecto a este punto: “El taller no es una escuela de escritores, ni una academia de escritura. Su propósito es establecer un espacio en donde los interesados en el mundo de la literatura puedan compartir sus experiencias de lectura y de escritura.”

Un detalle que he observado, al menos en Guadalajara, en los últimos años, es: los talleres literarios han continuado con una proliferación desbordante desde la década de 1990 (momento del *boom* local); no obstante, muchos de los actuales talleres, a diferencia de aquel momento, están organizados, en su mayoría, por escritores con poca experiencia y reconocimiento por parte del medio literario. Es decir: muchos de los talleres literarios, en años recientes, se han vuelto en meros cursillos organizados al vapor a cambio de una cuota. Pareciera que quedó atrás el espíritu de los talleres organizados por figuras tutelares de la poesía y la narrativa de Jalisco, ya que desde hace muchos años dejaron de impartir cursos de escritura autores clave de las letras como Artemio González García, Ricardo Yáñez, Patricia Medina, Raúl Bañuelos y Víctor Manuel Pazarín, entre otros. Varios de los actuales cursos virtuales (y no virtuales) se han vuelto virales y, en demasiadas ocasiones, no logramos distinguir del todo los frutos de estos laboratorios. Una verdadera pena, pues en Jalisco, desde la década de los años cuarenta del siglo pasado, las tertulias (y después los talleres) fueron encabezadas por figuras importantes como Arturo Rivas Sainz, en los sesenta con Ernesto Flores, en los setenta y ochenta con los talleres de escritura de Elías Nandino y ya en los noventa por poetas como Yáñez, Medina, Bañuelos, Pazarín y otros. En pocas palabras: algo preocupante le ha ocurrido al medio tallerístico de Guadalajara.

Por esta razón, aplaudo la labor llevada a cabo por parte de Ricardo Sigala desde hace más de 25 años al frente de este proyecto en Ciudad Guzmán, y, desde luego, la labor editorial de Puertabierta Editores y el CUSur que nos ofrecen esta amplia muestra con casi medio centenar de plumas que han sido parte, en diferentes momentos, de este laboratorio creativo.

Uno de los aspectos que distinguen a *Indicios* de otras compilaciones, es que su antologador nos ofrece la historia completa de los orígenes de este taller literario, una historia que simultáneamente narra el renacimiento cultural de Zapotlán el Grande, pues ya en otras ocasiones he mencionado que este resurgimiento que hoy en día goza Ciudad Guzmán, en buena medida, se dio gracias a la fundación de la licenciatura en Letras Hispánicas en el CUSur a mediados de los dos mil (del cual Sigala es profesor fundador); sin embargo, hay que añadir otros ingredientes: la infatigable labor cultural de Vicente Preciado Zacarías durante varias décadas y quien tuvo mucho que ver con la apertura de dicha licenciatura; por otra parte: el arribo de Orso Arreola, al frente durante varios años de la Casa taller literario “Juan José Arreola”, y, en gran medida, el taller fundado a mediados de los años noventa en la ciudad por Ricardo Sigala, ellos, al lado de otras figuras desde luego, han pavimentado el camino. Por esta razón, se puede leer la introducción del libro de Ricardo como una especie de microhistoria del desenvolvimiento cultural de Ciudad Guzmán, pues Sigala ha sido un agente activo en varios frentes en la ciudad, es una especie de cartógrafo de las letras en la región. Los pormenores que el autor nos ofrece en *Indicios* con minuciosidad quirúrgica me remontan inevitablemente a trabajos similares que ha realizado hasta ahora, en Guadalajara, la estudiosa de nuestras letras, Silvia Quezada, en sus diversas conferencias, artículos y estudios. Sigala, junto con sus anteriores libros, *Letra*

*sur* (2016) y *La cristalina superficie del silencio* (2018), se ha vuelto (y no exagero) en el más completo retratista de las letras del sur de Jalisco.

Y es que Ricardo Sigala, a pesar de mantener un bajo perfil, es un destacado narrador, poeta e investigador. Al menos ésta es la impresión que me ha dado a lo largo de los años que lo he tratado (que se remonta a 2008, cuando sorpresivamente me invitó a ser parte de la plantilla de profesores de la licenciatura en Letras Hispánicas del CUSur). Su trato sencillo y abierto siempre lo ha caracterizado, y es dentro de la cultura, como impulsor (y ahora estudioso), donde hemos visto algunos de sus mayores logros. Si nos remontamos a sus orígenes, Sigala es también una figura clave dentro de la generación de escritores que comienzan a darse a conocer en los años noventa en Guadalajara. Por una parte, fue bajista de una de las bandas emblemáticas de la movida tapatía de esa época, al lado de otras agrupaciones de rock como Fulanos de Tal, La Dosis, Cuca y Mala Vida, me refiero a Los Maderos de San Juan de Dios, mítica agrupación de rock urbano, nacida a finales de los años ochenta, que siguió muy de cerca el sonido El Personal, Arturo Meza, La Maldita Vecindad, La Lupita y otras bandas del sello Discos Culebra en dicha época. Ricardo, al mismo tiempo que dedicaba buena parte de sus esfuerzos a la música, también incursionó, desde entonces, con bastante éxito dentro de las letras, pues sus textos hoy en día las podemos rastrear en revistas emblemáticas de la época como trashumancia. Es también por estos años que dio a conocer su ópera prima, el multieditado *Periplos* (1995), bajo el sello de Ediciones del Plenilunio, época en el cual también fundó su taller literario en Ciudad Guzmán.

Ricardo Sigala es uno de esos espíritus intranquilos, insaciables, es un joven maestro, lo encuentro dentro de esa tradición de nuestros humanistas más destacados en Jalisco. Desde los

años noventa, nos ha entregado una obra amplia que va de la narrativa que cruza hacia los linderos de la poesía y de regreso, es autor de hondos poemas, ensayos con amplias reflexiones en torno a escritores hispanoamericanos y, más recientemente, de importantes investigaciones, lo que nos muestra una arista más de su obra que día con día crece.

Por último, Sigala, en su atinada introducción, pone el dedo en la llaga cuando escribe: “hacen falta las colecciones literarias que nos distingan ante el mundo como sucede con los escritores que a través de la historia han convertido a Ciudad Guzmán y al sur de Jalisco en un símbolo literario más allá de nuestras fronteras”. Me parece muy puntual esta observación, pues ya es hora que Zapotlán el Grande, al igual otras ciudades en Jalisco, tenga su propia colección destinada a sus escritores, como en su momento Alfonso de Alba lanzó la «Biblioteca de Autores Laguenses», que llegó a dar a conocer 12 volúmenes dedicados a escritores oriundos de Lagos de Moreno como Mariano Azuela, Francisco González León, Alfredo Márquez Campos y Alfonso de Alba, o la colección «Biblioteca Jalisciense», dirigida a inicios de la década de 1950, por Adalberto Navarro Sánchez, en Guadalajara, que dio a conocer obra de Luis Pérez Verdía, José López Portillo y Rojas y Juan B. Iguíniz, entre otros. Me parece que Ciudad Guzmán ha llegado a la mayoría de edad y merece una colección similar destinada a difundir la obra de sus escritores de ayer y hoy. Extrañamente, hasta ahora, nadie ha pensado en una colección de semejantes dimensiones, sin duda una proeza; a raíz de un proyecto así pueden surgir dudas como: ¿a quiénes invitar para que realicen las selecciones y los estudios correspondientes? ¿Tal vez delegarle a Didiana Sedano la obra de Refugio Barragán de Toscano? ¿A Carlos Axel Flores Valdovinos la obra de los Arreola? ¿A Héctor Alfonso Rodríguez Aguilar el trabajo de Guillermo

Jiménez? Etcétera. Para dirigir esta tarea mayor, me permito proponer a Ricardo Sigala, me parece que sería la persona idónea para semejante empresa, sus credenciales avalan desde luego la tarea. De esta manera, *Indicios* puede servir como una pieza fundamental para iniciar dicha indagación sobre la producción literaria contemporánea de la región, pues nos lanza la pregunta: ¿quiénes serán en los años venideros los escritores de mayor valía en la comarca? ¿Julio César Aguilar? ¿Hiram Ruvalcaba? ¿Lizeth Sevilla? ¿Cristina Meza? ¿Alejandro Von Düben? *Indicios* es, en muchos sentidos, la piedra angular de este hipotético y ambicioso proyecto que Zapotlán el Grande debe ver concretado en los próximos años y que tanto merece.

## *INDICIOS. ATISBOS DE LITERATURA ACTUAL EN EL SUR DE JALISCO*

Silvia Quezada

### **Antecedentes**

La década de los noventa fue propicia para el desarrollo de los talleres literarios en Jalisco. Desde la Secretaría de Cultura, Juan Francisco González y Guillermo Schmidhuber, secretarios de cultura por esos años (1992-1995 y 1995-2001 respectivamente), lograron un proyecto integrador con los municipios de tradición literaria en el estado: Lagos de Moreno, Cocula, Arandas, Puerto Vallarta, y por supuesto, Ciudad Guzmán. El apoyo no duró mucho, con el paso de las administraciones fueron las instancias municipales quienes dieron o no continuidad a lo sembrado. La particularidad del Taller de la Casa de la Cultura (1995), encabezado por Ricardo Sigala, es que despertó el interés para mantenerse, logró integrarse con abertura a la demanda de su trabajo, se sumó entonces, de modo natural, a los talleres de larga vida ya existentes, como el Taller Elías Nandino del Exconvento del Carmen, dirigido por Artemio González García (1981) y a Literalía, de la Casa de la Cultura Jalisciense, encabezado por Patricia Medina (1989).

Los veinticinco talleres semanales de los noventa orientados hacia la palabra en la zona metropolitana habían surgido: cuatro de ellos en la Casa Museo López Portillo: el “José Rosas Moreno” (1987) dirigido a niñas y niños, con Selene López a cargo en su décimo año de trabajo, “La Parcela”, orientado a lectores adultos, con Carmen Peña (1998) a la cabeza, el de

Cuento y Novela con Roberto Villa (1997), el de minificción con Edgar Escobar. Convivieron con el Taller de la Casa Juan Bañuelos, de María Luisa Burillo (1992), el de antipoesía “César Vallejo” del Departamento de Estudios Literarios, en manos de Raúl Bañuelos (1995); el Taller de literatura de Blanca Estela Ruiz en el Cabañas (1997) y con el desarrollado en la Biblioteca Central Ramón García Ruiz bajo el mando de Julio César Aguilar (1998); ese mismo año de 1998, Carmen Villo-ro ofrecía su taller de modo domiciliar, Candelario Villanueva promovía el grupo de la Casa Cultural Origen por la calle de Liceo; quien les habla organizaba “La casa del asterión”, en la calle Robles Gil, adonde acudieron poetas de primer nivel a impartir clases a un grupo de jóvenes escritores, algunos de los cuales se integrarían al Taller “Los incurables” (1999) del Museo López Portillo, amén de los talleres escolarizados de preparatorias y licenciaturas universitarias.

La gran presencia de estos grupos de incipientes escritores en la zona metropolitana y el estado, llevó a Felipe Ponce a proponer una Red Nacional Autónoma de Talleres Literarios (Público, jueves 14 de octubre 1999, p.6). Entre los promotores principales se encontraban Gaspar Aguilera de Michoacán y Ricardo Esquer, de Aguascalientes, junto con otros compañeros de Coahuila, Guanajuato, Zacatecas, Veracruz, y San Luis Potosí, entre otras entidades. Los jaliscienses tuvimos algunas reuniones y lecturas en el Departamento de Estudios Literarios de la Universidad de Guadalajara, pero muy pocos logramos presentar un producto integrador de la escritura surgida al calor de nuestros talleres, como el presentado hoy por Ricardo Sigala en esta compilación, esfuerzo abarcador de la labor de veinticinco años de trabajo continuo, digno de aplaudirse de pie. Antes de cerrar esta introducción tan enumerativa, y para los interesados, menciono que el periódico El Informador pu-

blicó en el Suplemento Cultural de los domingos una serie de entrevistas realizadas a los coordinadores de veinticinco talleres literarios, entre el 20 de julio de 1997 y el 28 de diciembre de ese mismo año.

### La antología

*Indicios, atisbos de literatura actual en el Sur de Jalisco* llegó a mis manos en Semana Santa. Comencé a leer las treinta narraciones elegidas por su compilador para conformar un corpus representativo de la abundante producción escrita por sus alumnos, a quienes solicitó la entrega de los textos mayormente pulidos de su producción en algunos casos, y en otros, le fue necesario recorrer la obra publicada por estos, para identificar aquellas historias surgidas en las jornadas sabatinas.

La lectura avanzó junto a mi interés por responder varias preguntas iniciales, surgidas de expectativas alrededor de dos preguntas: Qué escriben los autores en el sur de Jalisco y cómo lo hacen. El repaso del índice se acerca a la primera respuesta: narrativa y poesía, géneros propicios de todo taller literario. Por el pórtico del libro y la introducción, observamos también la vena ensayística. Con estas inquietudes llegué a la página 129, en la cual, una de los personajes de un relato, de nombre Ana, se muestra arrepentida por dejarse besar por un amor del pasado, a quien ya no tiene en su corazón. El acto del beso se evoca con las siguientes palabras: “Poco a poco, despacio, experto, (él) acaricia su cara, toca apenas sus labios”. Entonces Ana se aparta, le preocupa que otras personas puedan verlos, porque: “Lleva en la espalda la religión, sus miedos” (p.129). Y estas dos circunstancias, tan humanas, como son las relaciones con las divinidades y el temor, se revelaron de pronto ante mi vista lectora: me percaté de cómo el 80% de los cuentos y relatos del libro tenían al discurso religioso como el tópico preponderante.



Volví a las palabras escritas por Sigala en cuanto al acomodo de las narraciones: “Los textos son presentados en orden alfabético de autor, por lo que se van intercalando de manera azarosa las edades, las trayectorias y los intereses estéticos y formales de los autores (p. 17). Entonces me pregunté por qué en “El fruto y el jardín” podía leer el mismo sentimiento de culpa manifestado por en “Ana. El beso”, pero en voz de un nuevo personaje, quien luego de estremecerse por un acto carnal expresa: “Qué niña tan mala (...) no eres digna de la casa de Dios” (p.34). Un tercer ejemplo es “La ofrenda”, texto simbólico donde los personajes recrean a Judá, Berenice y Mateo. La lista de los textos con discurso religioso es larga, ocupa el noventa por ciento de los escritos.

Las demandas silenciosas del deseo aparecen siempre en mezcla angustiada, entre la demanda de Eros y Dios. En el libro se exponen los amores primeros, el despertar del sexo, las prohibiciones religiosas, la negación del paraíso, los triángulos amorosos envueltos en relaciones prohibidas, la denuncia por asuntos carnales. Llama la atención el lenguaje montaraz, la indefensión de los débiles, la autoridad genética mal entendida.

Un segundo discurso es el de la conciencia regional, la expresión del espacio narrativo como fondo de acciones gozosas, como es el caso de “Zapotlán no se acaba nunca”, en clara alusión tanto a la novela de Enrique Vila Matas, como a su ingenio e ironía, elemento último trabajado con maestría en “La Contienda” al referirse a las disputas políticas en Tlayolan, o en la superposición de planos que presenta “Temporal de lluvias”, por medio de los cuales podemos vislumbrar los templos de Zapotlán y sus céntricas calles.

Mención aparte merecen los textos que hablan de la vida diaria desde la perspectiva de una técnica narrativa precisa, como “Reencarnaciones” o “Todo sea por ella”, o “Designio”

cuyas búsquedas por un lector actual son evidentes. Si bien los talleres no son sitios para “hacer” escritores, sí son espacios para trabajar con herramientas modélicas, como las técnicas propuestas por los grandes maestros, quienes como sabemos siempre demostraron que fueron grandes lectores.

### **La conclusión como vuelta al origen**

En una entrevista realizada a Ricardo Sigala en 1997, el escritor comentó que cada semana viajaba a Ciudad Guzmán para impartir su taller en la Casa de la Cultura: “Muchas veces alcanzaba a leer en el camino un libro completo”, afirmaba. Ese nutrimento es sin lugar a duda la esencia de mantener al tallerista en su puesto. Cada libro renueva su charla, su cátedra, su enseñanza directa, aún si no desea ocurra de manera formal. La palabra de Ricardo Sigala es siempre sustantiva, porque surge de un gran lector

El valor primario de esta antología no se vincula al esfuerzo de reunir cuarenta y siete escritores que han transitado por el taller de la Casa de la Cultura en los últimos veinticinco años, sino que, a partir de esos textos, podemos tomarle el pulso al estado de salud de la literatura del Sur de Jalisco.

CÓMO LEER *INDICIOS. ATISBOS DE LITERATURA  
ACTUAL EN EL SUR DE JALISCO*  
Y NO MORIR EN EL INTENTO

Héctor Olivares Álvarez

La lectura suele ser un acto solitario, intimista. Pero hay circunstancias en las que compartir tus experiencias lectoras puede llegar a ser algo en extremo deseable, compartir una lectura es ampliar las posibilidades de vagar por los entresijos que la ficción literaria, a la vez que brinda las posibilidades de alimentar la inquietud compartida por Italo Calvino en *Si una noche de invierno un viajero*, del cómo es que funcionan las asociaciones mentales entre textos distintos, porqué caminos nuestra mente asimila un texto o lo empareja con otro.

Razones suficientes para aceptar la invitación que Ricardo Sígala me hace para acompañarlo en la presentación del último de sus libros: *Indicios. Atisbos de literatura actual en el sur de Jalisco*, una antología que recoge frutos de su quehacer como coordinador del taller de literatura de la Casa de la Cultura de Zapotlán el Grande, durante 25 años y que reúne, ni más ni menos a 47 escritores, todos ellos acreedoras de premios o estímulos diversos por su producción literaria, además de haber asistido al taller mencionado.

Una obra que, a decir de Vicente Preciado Zacarías, “es como una partitura musical en donde cada autor-participante hace vibrar la madera o el metal de su propio instrumento, bajo la batuta de su estro personal”, 30 narradores, 17 poetas, sigo con Preciado Zacarías, “que forman parte con su maestro de un coro unánime en el que hay voces en tono mayor y voces en

tono menor”, voces al fin que, como apunta Vivian Gornick en *Cuentas pendientes. Reflexiones de una lectora reincidente*, lo que importa no es cómo se escriban los libros, sino de qué hablan y en qué sentido afectan el conjunto de la cultura.

Acercarse a 47 autores en un mismo volumen con técnicas narrativas y poéticas diversas, con una temática variopinta, donde algunos de los textos muestran realidades inasibles, otros se presentan con imágenes demasiado corpóreas, en otros priva el enfoque introspectivo, la tensión de lo existencial, en otros el estallido de la violencia más brutal, en otros el sentimiento insostenible del malestar y de la angustia, etc.

El reto, entonces es cómo abordar esta antología y no perderse en el intento, pues como escribió Séneca a Lucilio en la segunda carta “De los viajes y la lectura”:

Ten cuidado con el exceso de lecturas, porque esa multitud de obras y autores de toda especie pudieran ser ligereza e inconsistencia. Hay que dedicarse a algunos autores escogidos, nutrirse de su sustancia, para que os grabe en el alma alguna cosa

Por fortuna en esos momentos yo leía *Entre dientes. Crónicas comilonas* de Martín Caparrós, donde ya había subrayado dos componentes fundamentales para puntualizar la lectura que quería hacer de ese libro, y que al final me servirían para diseñar la estrategia de lectura de *Indicios*: el primero, según Caparrós, es que hay que separar el placer de comer con el llenarse la panza y, el segundo, que “Un cuento, se inscribe en el tiempo: hay que ir leyéndolo o escuchándolo a lo largo del tiempo, en sucesión más o menos lineal: son diacrónicos, los elementos se suceden, se van modificando unos a otros, unos detrás de otros, y tratan de contar algo”.

Me gustó esa analogía y puesto que tengo ante mí treinta textos narrativos y diecisiete textos poéticos, me siento con

libertad para trazar el itinerario que más me plazca; sería una contradicción que me apegara a la rigidez de un método cuando estoy frente a un ejercicio colectivo de libertad creadora.

Veo con apetito insaciable los platillos, siento el placer anticipado de la lectura, se antoja iniciar el festín leyendo la potente prosa de Hiram Ruvalcaba (volveré con él más adelante); la prosa exquisita y equilibrada de Bladimir Ramírez (“El señor dama”); “La mutación de la caída” ensayo de ficción de Jesús Vargas Quezada, un ejercicio de incesante inteligencia y de imaginación, carente de todo elemento patético o superficial, y destinado a lectores intelectuales, estudiosos de la filosofía; la ironía de Milton Iván Peralta (“Zapotlán no se acaba nunca”), la asombrosa ficción de Alejandra Alonso (“La ofrenda”); la poesía de Alejandro von Düben, de Lizeth Sevilla, de César Anguiano, de Emmanuel Rocha, pero me resisto.

Los autores seleccionados en esta antología buscan un discurso narrativo inteligible, desnudando y desnudándose a sí mismos, para hacer visibles algunos aspectos insospechados de la condición humana y de la relación que los individuos guardan con el entorno inmediato. Me agrada de sobremana constatar que prácticamente todos los antologados reflejan en sus escritos la voluntad de construir una obra personal, un discurso propio, propuestas que reflejan la fuerza de su personalidad y que, conscientes o no conscientes, nos muestran una imagen obstinada que cada uno tiene del entorno que les rodea, pero que a la vez se percibe un emblema que tiende a universalizar la experiencia personal

A decir de los enterados, las reglas de conducta y de pensamiento de una sociedad contemporánea se objetivan bajo la forma de instituciones. Todo debe ser definido de antemano para que nada, ni siquiera la experiencia estética que es tan personal, escape al control social, y en lo personal me llama la

atención la reiterada postura crítica respecto de algunos de los autores a determinadas instituciones decimonónicas como la familia, la religión, la relación con quienes detentan el poder.

Narrativas insumisas, insolentes incluso, que rechazan la sumisión ante el poder “Los habitantes de Tlayolan somos realistas. Aceptamos de principio que nuestros gobernantes sean una mierda”, escribe Yair Ascensión en “La contienda”; narrativas que transgreden las relaciones de obediencia ciega ante la autoridad paterna:

Papá me prohibió ver a Aureliano. Hoy sin embargo lo llamé para decirle que viniera, que papá no estaba y teníamos la hacienda para nosotros solos...¿Qué pasará si llega?... Le he dicho que no tenga miedo, que papá no decide por mí y que no tiene ninguna autoridad para prohibirme nada”, nos dice Martín Aguayo en “El fruto y el jardín”.

Escritos cargados de intenciones estéticas y además portadoras de valores que evidencian una particular relación entre los autores y la sociedad en su conjunto, que no les tiembla el pulso para evidenciar algunos temas que la mayoría de los medios de comunicación o aun de la obediente crítica universitaria, minimizan o trivializan a fuerza de narrativas desprovistas de compromisos, como son el incesto, el abuso sexual en todas sus formas.

En el cuento de Humberto Arce Cordero “¿Qué pensará la vaca?” se crea un ambiente reflexivo lleno de simbolismos que parte de la incomodidad que tendrán las vacas al cagar paradas, de embarrarse las patas de mierda y de su aparente abulia mientras rumian la alfalfa que comen, mientras se espanta las moscas con el rabo, ambiente narrativo que sirve como telón de fondo para dejarnos ver enseguida, la tragedia del abuso sexual infantil donde el abuelo es el agresor:

solo viene a mi mente la imagen de esas noches en la que escucho pasos que se acercan poco, más lentos de lo común. Cuando se abre despacito el pasador de la puerta como para no despertar a nadie...que me diga que guarde silencio y me diga “tranquila, puñito de estrellas”. Mientras yo cierro los ojos y pienso en mi vaca de las patas embarradas, y quisiera ser ella para no mortificarme tanto en estas cosas, para ver el atardecer por el rumbo aquel donde las chacuacas andan en parvadas, para no descuartizar girasoles. Pero no puedo.

Otro cuento que versa sobre el mismo tema, pero con un propuesta estética e intencionalidad diferente es el de Didiana Sedano, aquí la autora hace de la narrativa un ariete con el que cuestiona sin concesiones la otrora intocable figura paterna: “Antonia a las diez de la mañana”:

Antonia tiene pesadillas mientras está despierta, pero sabe que si se duerme para descansar esos malos sueños la alcanzarán para devorarle las manos, los senos, el vientre” ... Antonia está loca, Antonia es culpable, Antonia fue una víctima, Antonia abusada, Antonia ¿y tu padre? Antonia... ves que no se te volvió piedra la mano cuando la levantaste contra ese cerdo. Se te volvió de piedra la razón, los recuerdos, el hijo que te regaló aquella noche cuando entró al baño mientras descubrías que en poco tiempo se te notaría que ya eras mujer.

Pero no se piense que todo es tragedia, no, también hay cuentos que generan empatía, oxímoros que mueven fibras emotivas, como la historia que nos comparte Javiera Navarro en “El libro rojo” en la cual Delfino, un hijo de esclavos, recibe como herencia única a la muerte prematura de su madre, un pequeño libro rojo del cual ella le leía todas las noche, cuentos de princesas, de dragones, de piedras mágicas, de animales que

hablan, y que Delfino atesora celosamente pensando el día en que por fin pueda aprender a leer, hasta que un día alguien descubre su gran secreto y al ver el libro le pregunta: “¿Y eso? ¿Te lo dio el padrecito? No, es el libro de cuentos de mamá —confiesa—. Ella me lo leía todas las noches. La mujer se ríe. —Pero qué dices, niño, si tu ma` no sabía leer.”

Viejas como el miedo, las ficciones fantásticas son anteriores a las letras. Los aparecidos pueblan todas las literaturas: están en la Biblia, en Homero, las Mil y una noches. Argumentos en que aparecen fantasmas, como “El muchacho” de Salvador Manzano”, o relatos de fantasías metafísicas, donde lo fantástico está, más que en los hechos, en el razonamiento, como en “Realidad Conjetural” de Julio Virrueta.

Algunos crearon un ambiente, una atmósfera propicia para la angustia, el remordimiento, la duda, tal vez la búsqueda de sí mismos, como es la que nos propone Hiram Rubalcaba en “Paseo nocturno”, el autor demuestra su desdén por las representaciones convencionales promotoras del sentimentalismo ramplón y nos sumerge en un ambiente tenso, lleno de miedos, egoísmos, arrepentimientos. Lectura donde se puede sentir el frenético pulso de la vida.

Entonces se manifestó la idea. Se trataba de una idea que había estado desde el principio, desde el momento en que el impacto había arrojado al niño hacia adelante y él pudo verlo caer. Una idea que quizás había estado ahí siempre, enlodándose en su corazón, en aquel lugar donde se guarda la oscuridad de los hombres

Textos perturbadores como “Súplicas” de Yolanda Chávez Arroyo o el de “Amanda. La maestría”, un texto corto que alarga el pensamiento del lector hasta los confines de la duda, la incertidumbre, la culpa:



Ya se había imaginado allí desde que despertó sobresaltada de ese sueño. Con desgano, se había levantado hasta el tercer llamado de su madre. Otra vez, igual que cada día de los últimos tres años, incorporarla, llevarle el desayuno, lavarle sus heridas, limpiar el vómito nocturno, escoger el vestido, cepillar la enredada cabellera, ayudarla a sentarse, esperar a quien vendría a cuidarla. Cada mañana correr a la oficina, pelearse con el tráfico, con los baches, arreglar el mundo, llevar trabajo a casa, siempre dormirse tarde... Sus fines de semana, largos, soportando el encierro, la carga, sola.

Ahora que está llegando, ve cómo esa rutina ha quedado muy lejos. Sus familiares dicen que fue una decisión precipitada irse a Pekín apenas unos días después del novenario: una maestría al otro lado de su pena. Se merecía la beca. ¡Pobre Amanda!

Aterrizo. La puerta del avión se abre. Sale del aeropuerto, equipaje en mano. Respira el aire ácido. Sacude de su mente la culpa de los últimos momentos: la enfermedad, el desmayo, la caída, el golpe. Nadie especulará. Un trágico accidente. Busca su taxi. Sonríe. Así lo había soñado.

La lectura es un acto solitario, pero, ante todo, es un ejercicio pleno de libertad y, si queremos sumar a más personas a nuestro banquete, tenemos que echar mano de mecanismos creativos, sutiles, imaginativos, gratos, a fin de conseguir que el verbo leer recupere su sentido lúdico y generador de consecuencias placenteras. Ofrecer opciones de lectura en un ambiente donde la democracia y el ejercicio de libertad comience, precisamente, con elegir lo que queremos disfrutar.

*PALABRAS EN LA PRESENTACIÓN DE INDICIOS.  
ATISBOS DE LITERATURA ACTUAL EN EL SUR DE  
JALISCO, DE RICARDO SIGALA*

David Izazaga

**Lo que tengo que decir acerca de las antologías**

En la industria editorial y de publicaciones en México es muy común el tema de las antologías. Casi ninguna editorial ha resistido a la tentación de hacer alguna antología. Pretextos sobran.

Hay, incluso, una editorial de la Ciudad de México que descubrió que su “minita de oro” era venderles antologías a los gobiernos de todos los estados del país, hechas “a la medida” de sus gustos.

Sobra decir que esos libros, impresos en “elegante” papel cuché brillante, sirvieron para que la burocracia en turno regalara a diestra y siniestra durante su periodo de gobierno, y para que después nos encontráramos esos ejemplares en librerías de viejo, a 40 pesos.

No es cualquier cosa hacer una antología. Aunque lo parezca.

Así con ese criterio, con el de amontonar, reunir, como si estuviera uno echando naranjas en la bolsa, pues casi cualquiera.

Recuerdo que hace unos años, a propósito de este tema, unos amigos y yo bromeábamos imaginando temas para antologías de este tipo. Y entonces aparecían cosas como: Antología de escritores norteros, nacidos en los cuarenta, que ya no contienen sus esfínteres.

Hay, por el contrario, antologías que, por su método, por su selección, porque no fueron armadas de manera expés, sino cuidadosa y artesanalmente, han trascendido el tiempo y son referencia, marcan generaciones.

Ahí está *Ómnibus de poesía mexicana*, de Gabriel Zaid, o *Protagonistas de la literatura mexicana del siglo XX*, de mi querido y recordado Emmanuel Carballo. O la que para muchos es la máxima antología de la poesía mexicana de la historia, casi casi elevada a obra de arte: *Poesía en movimiento*, con selección y notas de Octavio Paz, Alí Chumacero, José Emilio Pacheco y Homero Aridjis. Y en terreno local, debo decir, hasta el día de hoy ninguna antología ha superado a la de *Poesía Reciente de Jalisco* de Raúl Bañuelos, Dante Medina y Raúl Aceves, que data de 1989.

### **Lo que tengo que decir acerca de *Indicios*, como antología**

Si algo tiene medio desprestigiada a la industria del tequila es, entre muchas otras cosas, principalmente el poco respeto a los procesos. Se sabe que para que un agave pueda considerarse listo para la jima, deberá tener al menos siete años.

Pues bien, a algunos empresarios a los que les urge sacar producción, cosechan plantas de cinco o hasta cuatro años. Ya se imaginarán el resultado del producto.

¿Qué tiene que ver esto con el tema de las antologías?

Pues que muchos editores hacen algo parecido: no respetan los procesos ni los tiempos y el resultado, ya se sabe.

Para que podamos disfrutar de este libro nombrado *Indicios*, hubo que esperar más de 25 años.

Si fuera tequila, tendríamos algo así como un triple extra añejo, “corte diamante”.

Este libro, esta antología, comenzó a gestarse el día que Ricardo Sigala, sin mucha expectativa y con bastante entusiasmo, llegó el primer día a su taller literario en Zapotlán El Grande.

Para que pudiéramos tener este libro en nuestras manos tuvieron que pasar años más de 300 meses... ahí sáquele cuenta del número aproximado de sesiones por mes.

*Indicios* es uno de esos raros ejemplos de antologías, digamos orgánicas, que de manera natural se fueron gestando y que, solo al final, su compilador cumplió con ese no menor trabajo de establecer ciertos criterios de selección.

Ricardo Sigala es modesto desde que escogió el título: *Indicios*. O sea: el principio de algo que puede ser interpretado como una señal de ello.

En su modestia encuentra su grandeza: Sigala es el protagonista y testigo de esta muestra, el provocador, el instigador generoso que dedicó su tiempo a compartir, a departir, a alentar.

Y, además, es un trabajo que no termina aún y que esperamos que dure mucho tiempo más.

Al menos para tener después la de los cincuenta años.

### **Lo que tengo que decir de Ricardo Sigala**

¿Qué se necesita para encabezar un taller literario? ¿Por qué no a cualquier escritor se le da esto de alentar talleres?

Cuando estudiaba yo en la Facultad de Derecho (oficialmente, porque en realidad me la vivía en la entonces Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Guadalajara) una vez me comentó un maestro, abogado, por supuesto: ¿Cree que es fácil enseñarle a quienes sabemos se van a convertir en unos años allá afuera en nuestra competencia?

Un tallerista no es simplemente un escritor que busca tener con quién convivir. Alentar por más de 25 años un taller no debe ser sencillo. No lo es.

Hay una parte de esa generosidad de Sigala en sacrificar tiempo que pudiera estar dedicando a su obra propia y otra, en la de compartir aquellos saberes, aquellas lecturas, ejercicios, comentarios.

Mencionaba hace rato los tiempos de la Facultad de Filosofía y Letras, fue ahí, hace más de 30 años, que coincidimos Sigala y yo en la Universidad.

Luego supe que se había ido a Zapotlán El Grande y de vez en cuando me enteraba tanto de algunos alumnos que visitaban su taller, como de amigos escritores que me comentaban, así, de manera literal: “¿Cómo no querer a Sigala?”.

Hay toda una teoría desarrollada —en la que ahora no entraré porque no es el tema— que habla acerca de que un escritor, si es una buena persona, esa característica obra en favor de su escritura y su visión del mundo. No tengo duda de que así es.

### **Lo que tengo que decir propiamente del libro**

Disfruté mucho la lectura de estos *Indicios. Atisbos de literatura actual del sur de Jalisco*.

Qué maravilla leer el prólogo del maestro Vicente Preciado Zacarías. Qué fortuna haber contado con un texto suyo.

Quisiera tener tiempo para mencionar algo de cada uno de los textos. Pero me limitaré a solamente mencionar algunos.

Me gusta el tono, la aparente simplicidad y el manejo de la historia de Martín Aguayo en su texto “El fruto y el jardín”.

En qué maravillosa escritora se ha convertido Alejandra Alonso. Me gusta cómo maneja esa condensación en sus cuentos. “La ofrenda” es portentosa, no solo una historia bien contada y con un final maravilloso, sino con imágenes grandiosas, como esta: “Las palabras del padre caen al suelo como insectos rabiosos”. Uf.

“¿Qué pensará la vaca?”, de Humberto Arce, es el mejor ejemplo de inteligencia y sagacidad, de cómo darle la vuelta a un divertimento y convertirlo en literatura.

“El señor dama”, de Bladimir Ramírez, es un texto que convierte una anécdota en una pieza maestra, porque no es

sencillo sostener un tono infantil y parecer auténtico. Originalismo, bellamente trabajado.

“Paseo nocturno”, de Hiram Ruvalcaba, es un pedazo de texto que merece estar en esta y otras antologías. Reconocible su estilo, el tono y las atmósferas, Hiram sabe perfectamente qué elementos deben estar y con la precisión de un relojero ejecuta un engranaje minucioso que funciona a la perfección. Hiram: ¡Eres el Julito Furch de nuestra literatura jalisciense, papá!

“Las malas manos” de Alejandro Valdovinos es un texto durísimo, cruel, narrado perfectamente, que trata un tema nada fácil, con elegancia.

En “La mutación de la caída”, Jesús Vargas Quezada nos narra una anécdota, con todo su estilo ensayístico. Cada acción requiere una reflexión: no sucede nada si no se reflexiona.

“Realidad Conjetural”, de Julio Virrueta, lleva un tema que parece y es fantástico a una realidad maravillosa. Con una atmósfera que construye desde el principio de manera pulcra.

Me detendré poco en la poesía, porque el fuerte de este libro me parece, está en la prosa, pero qué maravilla la poesía de Julio César Aguilar, y los haikús de Rafael Gandhi son de verdad portentosos.

Quiero concluir diciendo que, de acuerdo con lo presentado en este libro, los vientos que soplan del sur de Jalisco nos hacen ver que el presente de la vitalidad de la literatura jalisciense viene de ahí.

Y llegó para quedarse.

# EPÍLOGO SOBRE EL ORIGEN

## NOTICIAS ACERCA DE LA CREACIÓN DEL TALLER LITERARIO DE CASA DE LA CULTURA

Héctor Alfonso Rodríguez Aguilar

La semana pasada escuchando el noticiero matinal de Radio Universidad de Guadalajara Ciudad Guzmán, me tocó oír la intervención del conocido maestro Ricardo Sigala Gómez. En dicha participación comentaba que, el día 23 de septiembre del presente año se cumplirían 25 años de apertura del Taller literario de la Casa de la Cultura. Fue en el año 1995 que iniciaría, y que por todo este tiempo de forma ininterrumpida ha funcionado. Desde luego que ahí Sigala comentaba algunas anécdotas, como el hecho que fue el médico Juan José Elizondo quien lo había recogido de la central de autobuses para llevarlo a Casa de la Cultura donde impartiría la primera sesión.

Es muy significativo el hecho de la larga vida del citado taller, el propio Sigala se preguntaba por qué se ha prolongado por un cuarto de siglo. Desde luego sabemos y conocemos la capacidad y el compromiso que ha tenido este profesor por la literatura, además que al llegar a Ciudad Guzmán era un joven que venía con todo el entusiasmo, buscando una oportunidad para mostrar su capacidad y conocimientos. Luego también venía a hacer algo que le gustaba y desde luego que le pagarían por hacerlo por lo que significaba una forma de subsistencia para él.

En todo este tiempo, los que nos movemos en el ambiente cultural o literario, sabemos que por ese taller han pasado una gran cantidad de jóvenes y otros no tanto, interesados por la literatura y sus formas como son el cuento, la poesía, el en-



sayo y la novela, con la inquietud de aprender, desarrollar y expresar sus textos o formas literarias por ellos escritas. Pero todos sabemos que a lo largo de estos 25 años de existencia de este lugar para aprender de literatura el que ha sido el mayor beneficiado es el propio Ricardo Sigala. ¿Por qué?, porque él ha aprendido enseñando, es decir, ha tenido que preparar las clases y leer de tal manera que eso le ha permitido conocer más de la disciplina, además que también aprendería de los propios asistentes a su taller y las opiniones que vertían sobre los temas o situaciones tratadas.

Pero lo que muy pocos saben de todo esto, es que este taller me tocó a mí gestionar su creación para que se estableciera aquí en Ciudad Guzmán. Fue por aquellos años que en el semanario “Libertad” dirigido por don Benjamín Ruiz López, había una sección literaria dentro del periódico que se llamaba “Rincón Literario”, dirigida por el poeta Daniel Almejo Peralta (Dalpe). En esa sección publicaban amantes y aficionados a la literatura como Néstor Espinoza Zepeda, Canuto, Felipe de Jesús Alatorre (Epilef) y otros. Pero lo que ellos plasmaban era una literatura (poesía) muy anacrónica (vieja), tipo versificada del siglo XIX y al estilo de Antonio Plaza. Por lo que vi, a mi entender, la necesidad de crear un taller literario en el que pudieran formarse y actualizarse todos estos amantes de la escritura y la literatura.

En ese momento gobernaba como presidente municipal Rafael Ríos Martínez y el director de Casa de la Cultura era el profesor Mario Aguilar Meza que era mi primo hermano. Entonces le dije que se veía muy necesario que hubiera un taller literario en Ciudad Guzmán, dado que no existía ninguno desde ya hacía algunos años. Habían surgido algunos talleres literarios efímeros como el que dirigió el poeta Raúl Bañuelos y el propio Juan José Arreola unos años atrás. Por lo que, con-

fiando en mí, Aguilar Meza me dio la venia para que yo tratara el asunto ante las autoridades de la Secretaría de Cultura de Jalisco en Guadalajara.

Cuando estuve en el Centro Cultural “Cabañas”, en ese tiempo estaban ahí las oficinas de la Secretaría, para ver el asunto del taller, antes llegué con el poeta y escritor Artemio González García que era el director de publicaciones de la dependencia. Le comenté a lo que iba y sobre lo del taller, él me dijo: “Vamos a ver al encargado de apoyo a municipios”, fuimos con dicho funcionario y ahí le expuse la necesidad del citado taller para Ciudad Guzmán. Él tomó nota y me dijo que en breve se comunicaría con el director de cultura municipal (Mario Aguilar) para ver lo del convenio al respecto, dado que se hacía pagando mitad y mitad (50 y 50 por ciento entre la secretaría y el municipio) de pago a honorarios al instructor. Me preguntó aquel funcionario que si tenía algún nombre o prospecto para que impartiera el taller a lo que le dije que sí, que sugería al poeta y escritor zapotlense Víctor Manuel Pazarín, dado que es un conocido literato originario de Ciudad Guzmán y avecindado en aquella capital del estado.

Una vez que se hicieron los trámites correspondientes entre ambas partes: gobierno municipal (Casa de la Cultura) y Secretaría de Cultura, supimos que no fue aceptada la sugerencia de Pazarín, porque fue bloqueada por una alta funcionaria pública de la secretaría, María Elena Ramos. Nunca supe la causa del porqué ella no quería a Víctor Manuel. Yo para eso ya le había avisado a Pazarín que lo habíamos sugerido como el profesor del taller. Cuando supo Pazarín que él no sería asignado como el profesor del taller por las “pistolas” (políticas) de María Elena Ramos se molestó muchísimo y me llamó para informarme de la arbitrariedad. El hecho es que, entonces, recayó el nombramiento del profesor tallerista sobre

el joven Ricardo Sigala Gómez, que por cierto no era conocido aquí en la ciudad ni en el medio cultural local. Ya estando el nombramiento fui a informarme a Casa de la Cultura para saber la designación y la secretaria Goyita me informó que la designación recaía en Ricardo Sigala. Le dije que sí lo conocía, que lo veía en los pasillos de la Facultad de Filosofía y Letras cuando él estudiaba letras, ya que yo fui alumno ahí mismo de la licenciatura en filosofía, además que tenía Sigala una obra literaria de su autoría, de tamaño manual, que había circulado en la perla tapatía con el título de *Periplos*. También le dije que yo creía que sería un buen profesor.

Con todo esto que estoy narrando, este servidor, no pretendo endilgar algo que no me corresponde con relación a la constancia y/o éxito del taller a través de todos estos años. Esas glorias le corresponden al que lo ha trabajado. Sin embargo, comento todo lo anterior porque en el tiempo y en el espacio me tocó a mí ser ese primer eslabón para su creación, gracias a mis gestiones y a la buena voluntad del director de ese entonces (Aguilar Meza) fue posible que existiera ese taller. No es mi estilo apropiarme de algo, no me gusta colgarme de algo que no realicé, como hoy sabemos lo han hecho o lo hacen algunos profesores o funcionarios de la Universidad de Guadalajara, que se cuelgan de creaciones ajenas o personajes, y si no me creen pregúntenselo a los familiares de Juan Rulfo.

Finalmente, todo el éxito, constancia y felicitaciones se le deben al profesor y a las autoridades que han sostenido de forma ininterrumpida este foro literario de formación de inquietos y talentosos jóvenes de la localidad. Por mi parte, en estos primeros 25 años de la creación de este taller, felicito al maestro Ricardo por su constancia y tenacidad al frente de la dirección de forma interrumpida, y si acaso como a todos, este año de la pandemia no le ha permitido sostener ese ritmo que

ha mantenido por todos los anteriores años. Enhorabuena a Zapotlán el Grande por ser la ciudad beneficiada con esta clase de foros como lo es el taller literario de la Casa de la Cultura.

Publicado el 23 de septiembre de 2020  
por Héctor Alfonso Rodríguez Aguilar  
en el blog Zapotlán y cultura.